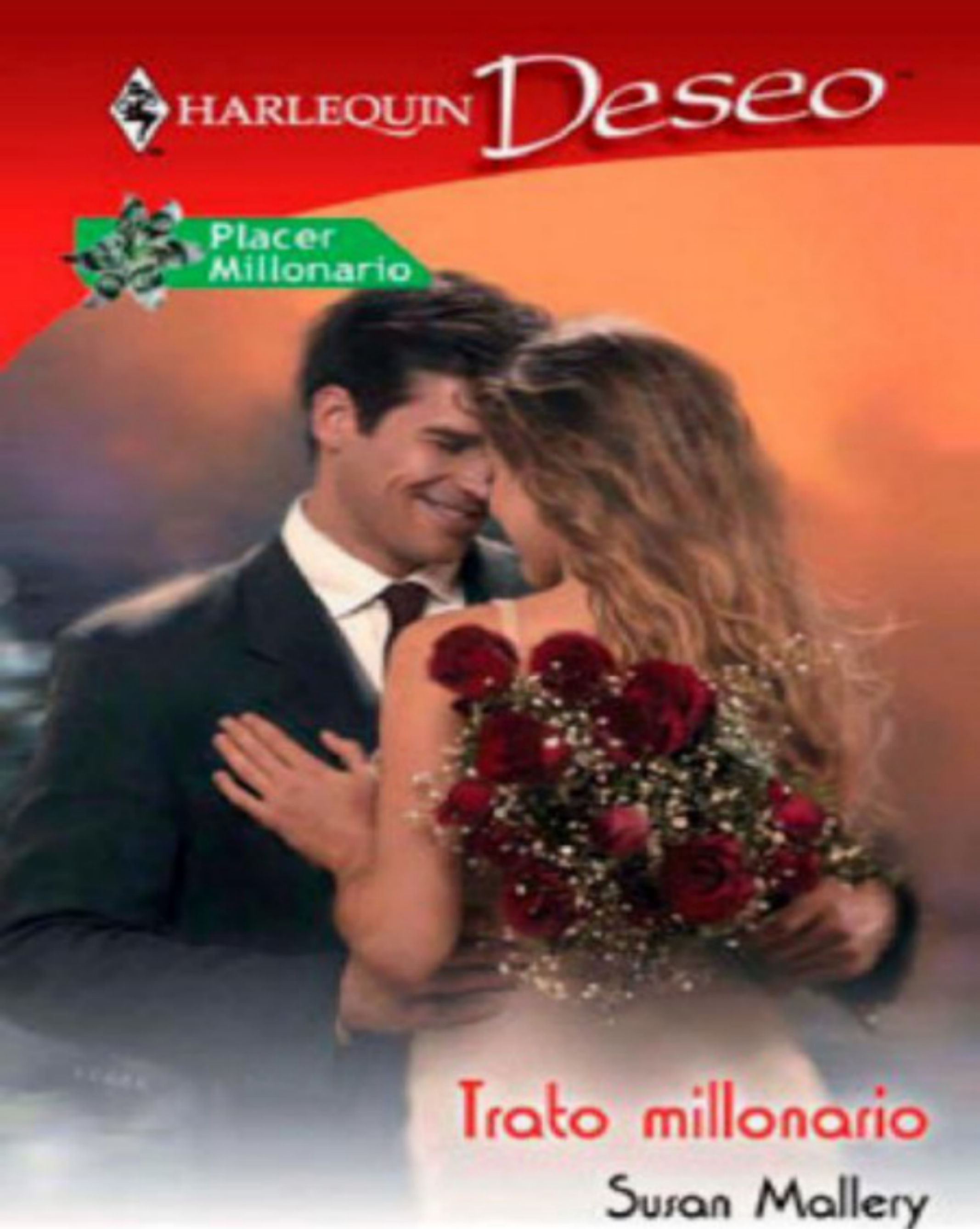
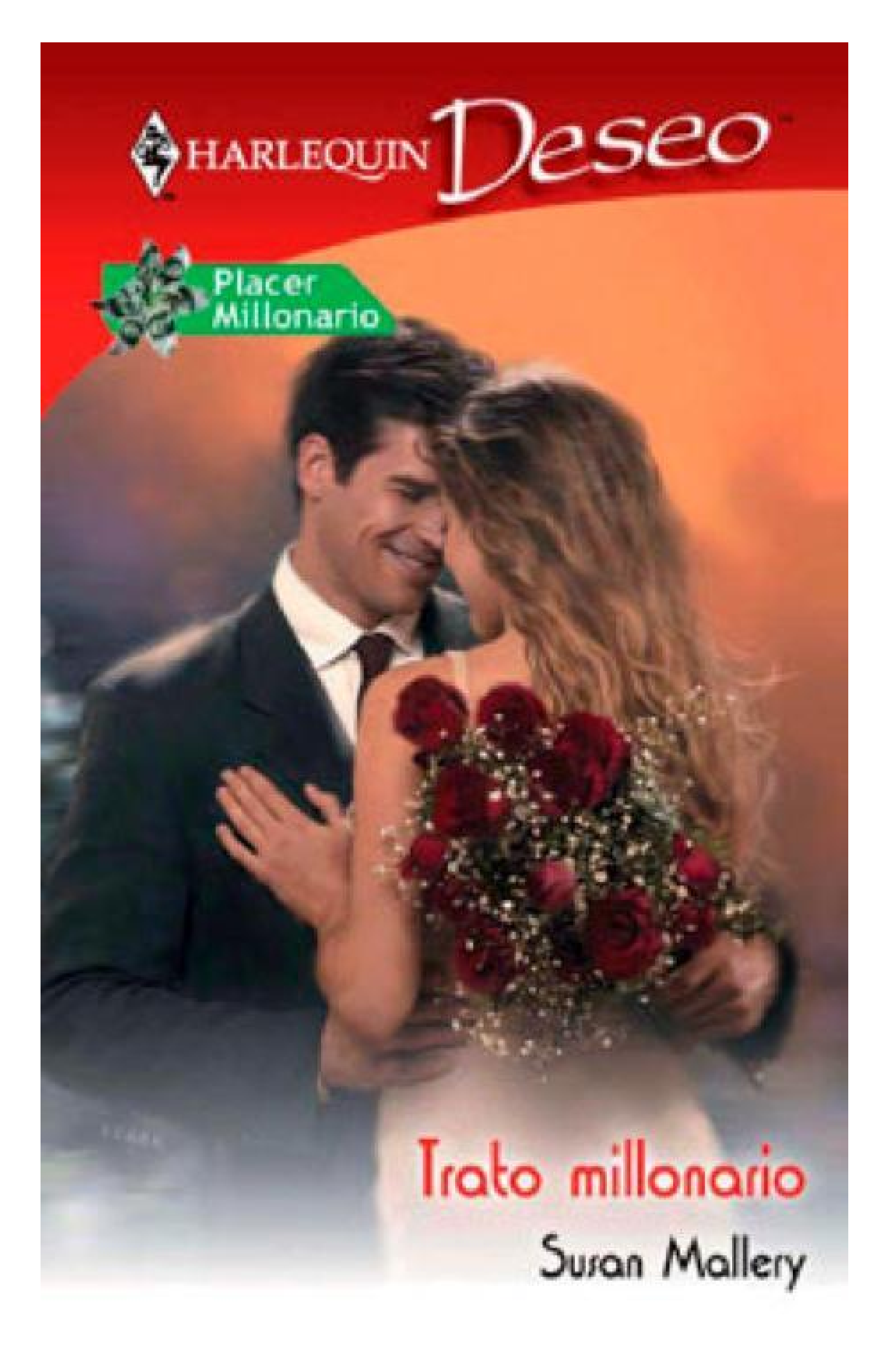

HARLEQUIN
Deseo
Placer Millonario
Trato millonario
Susan Mallery


HARLEQUIN
Deseo
Placer
Millonario
Trato millonario
Susan Mallery

Capítulo Uno

-¿Lo harás si te lo suplico?

Marina Nelson tuvo cuidado de no sonreír ante la dramática petición de Julie. Por supuesto que iba a ayudar a su hermana, pero se haría de rogar. Tras llevar veinticuatro años siendo la bebé de la familia, era agradable tener un poco de poder.

-Sabes que estoy ocupada-dijo lentamente-. Empieza el trimestre y tengo el horario completo.

-Sí, y tu trabajo es muy importante -Julie suspiró-. Pero esto también. No te lo pediría si no lo fuese. Necesito que alguien se quede al mando mientras estoy en ese viaje de negocios. Tenemos gustos similares y eres organizada, pensé... -Julie se colocó el pelo rubio detrás de las orejas con tristeza-. ¿Es pedir demasiado? Sí. Sé que es una locura. Soy yo quien va a casarse, no tú. Yo debería ocuparme de los preparativos. Pero este viaje a China es una oportunidad única. Ryan y yo trabajando juntos seis semanas antes de convertirnos en matrimonio y padres.

Marina echó un vistazo al vientre de su hermana. Julie sólo estaba de tres meses y no se le notaba nada. Pensó, con humor, que una de las ventajas de ser alta era que el bulto se disimulaba más tiempo.

-Entiendo que un viaje a China sea más interesan te que el jaleo de elegir el menú y las flores dijo, aún sin permitirse sonreír-. Por no hablar del vestido de novia. ¿Y si no te gusta lo que elija?

Tenían la misma talla, así que eso no sería problema. Harían cualquier arreglo necesario antes de la boda, cuando Julie regresara.

-Me gustará, te lo juro -prometió Julie-. Además, me enviarás fotos, ¿no? Ya hemos hablado de eso. Puedes enviarlas por correo electrónico y yo te daré mi opinión -sus ojos azules se ensancharon-. Marina, por favor, di que sí.

Marina soltó un largo suspiro.

-No. No puedo. Pero gracias por pedírmelo.

Julie la miró boquiabierta. Después, agarró un cojín del sofá y la golpeó con él.

-¡Eres horrible! ¿Cómo has podido dejar que siguiera y siguiera? Estaba casi suplicando.

Marina soltó una risa y agarró el cojín.

-Nada de «casi», Julie. Suplicaste. Gemiste. La verdad, casi he sentido vergüenza ajena.

-Entonces, ¿lo harás?

-Claro que sí. Eres mi hermana. Dame una lista y me encargaré de todo.

-No tienes ni idea de la gran ayuda que es. Entre la boda, el viaje y preparar la nueva casa, mi vida es una pesadilla.

Estaban en el estudio de Ryan, un moderno apartamento situado en la zona oeste de Los Tenía una vista fantástica y todo era electrónico, pero carecía de color y alma, excepto por los cojines de colores que Julie había aportado. En vez de intentar que pareciera hogareño, Julie y Ryan habían decidido comprar algo que les gustara a los dos. Marina sabía que Willow, su hermana mediana, iba a supervisar las reformas que necesitaba la casa; por eso la boda quedaba en sus manos.

-Me tomaré el proyecto como prácticas -dijo Marina con una sonrisa-. Así sabré lo que quiero y lo que no si alguna vez decido dar el gran paso.

-Claro que te casarás -aseguró Julie-. El tipo adecuado está ahí fuera, en algún sitio. Lo encontrarás.

Marina no estaba buscando, pero sería fantástico si ocurría. Suponiendo que fuera capaz de enamorarse sin perder el alma en el proceso.

-Hasta entonces, seré la planificadora de bodas -dijo Marina-. A ver, ¿dónde está esa lista?

julie metió la mano en el bolso y luego se estiró, sin sacar nada de él.

-Sólo hay una cosa más.

-¿Yes...?

-Verás, también es la boda de Ryan y le pone nervioso que sea demasiado femenina -Julie tragó aireQuiere poder dar su voto.

-Bien -Marina no veía el problema-. Vosotros podéis discutir hasta hartaros, después enviadme la decisión conjunta. A mí me da igual.

-Bueno, ése no es el plan exactamente. Ryan quiere que un representante suyo te acompañe en todas las decisiones importantes. La comida, la tarta, la música, la decoración y los planes.

-¿Un representante? ¿Alguien como su madre?

Marina no la conocía. Seguro que era encantadora, pero otra opinión ralentizaría todo el proceso.

-La verdad es que no -Julie intentó sonreír, sin éxito-. Alguien más bien como Todd.

-¿Todd? ¿Te refieres a Todd Aston Tercero, un ti po rico e imbécil? -Marina no podía creerlo-. Cualquiera menos él -masculló.

-Es el primo de Ryan y se quieren como hermanos. Ya lo sabes. Todd es el padrino y se ha ofrecido a ayudar. ¿Me odias ahora?

-No, pero debería -suspiró-. ¿Todd? ¡Puaj!

Hacía casi seis meses, las tres hermanas habían sido presentadas a su abuela materna por primera vez en su vida. La abuela Ruth se había distanciado de su única hija, Naomi, cuando se escapó para

casarse.

Ruth había vuelto a reincorporarse a la familia y quería mantener una relación con su hija y sus nietas. Además, deseaba vincular a su familia con la de su segundo esposo mediante una alianza matrimonial.

En una cena, que Marina estaba segura quedaría registrada en los anales de la historia familiar, había ofrecido un millón de dólares a cada una de sus nietas si alguna de ellas se casaba con Todd Aston Tercero, su sobrino político.

Julie se había enamorado de Ryan y Willow de Kane Dennison, y eso sólo dejaba a Marina para el sapo Todd. Pura mala suerte.

Por razones que aún no conseguía entender, tal vez un colapso cerebral momentáneo, Marina había accedido a tener una cita con el horroroso Todd.

No se trataba de que el tipo no fuera guapo, la gente decía que lo era, pero ella aún no lo había visto. Además era rico y había alcanzado el éxito por méritos propios, en vez de limitarse a heredar de sus papás. Era amigo de Ryan y a Marina le caía bien Ryan; sobre todo desde que había tenido el buen gusto de colarse por su hermana. Pero... ¿Todd?

Su idea de una relación seria era verse con la mis ma mujer dos veces en una semana. Salía con modelos. Ella se preguntaba si podría mantener una conversación seria con un hombre que salía con mujeres que recibían dinero por matarse de hambre. Iba en contra del código de ética femenino.

Además, inicialmente había intentado que Julie y Ryan rompieran. A Marina eso le parecía fatal.

-No te estoy pidiendo que tengas un hijo suyo -dijo Julie-. Sólo que organices la boda con él. Además, no será tan terrible. Es un hombre. Se aburrirá después de la primera reunión con la florista y desaparecerá del mapa. Sólo tendrás que verlo una vez. Dos como mucho.

-No quiero tratar con él en absoluto -gimió Marina-. Representa todo lo que no me gusta en un hombre -suponía que él era emocionalmente inútil.

Se oyó un sonido en el umbral. Alguien aclarándose la garganta. Cuando Marina alzó la vista vio a un tipo bastante guapo apoyado en la jamba.

Parecía más divertido que enfadado, pero el gritito y el súbito rubor de Julie indicaron a Marina que debía de ser el infame Todd Aston.

-Señoras -saludó con la cabeza-. Ryan me dejó entrar y me dijo que estabais aquí. He venido a cumplir con mi función de organizador de boda. También voy a recibir un premio humanitario a final de mes.

Quizá vosotras podríais escribir mi biografía para el evento. No dudo que resultaría muy entretenida.

-Oh, cielos -masculló Julie-. Lo siento. Eso ha debido de sonar mucho peor de lo que pretendía.

Marina lo estudió. Era la viva definición de alto, moreno y guapo. Un rostro interesante con ojos in tensos y la clase de boca que hacía a una mujer soñar con que la sedujeran en contra de su voluntad. Espalda ancha, pecho musculoso, vaqueros ajustados a caderas estrechas y muslos de muerte. En conjunto, un fenómeno. Una pena que acogiera la personalidad de Todd en su interior.

-Tú debes de ser Marina -sonrió él.

-Sí. Encantada de conocerte, Todd.

-¿Encantada? -alzó una ceja-. Eso no es lo que he oído. Tienes claro que soy un asno. ¿O un idiota?

Ella se removió en el sofá, un poco incómoda.

-Sales con modelos. Su perfección física en las revistas hace que las mujeres normales se sientan mal respecto a sí mismas.

-¿Y, por eso, las modelos no pueden tener citas?

Por lo visto él quería utilizar la lógica en una discusión sobre la cosificación de las mujeres jóvenes y delgadas en la sociedad contemporánea.

-Claro que pueden tener citas -contestó con serenidad-. Sencillamente no me interesa la gente que se interesa en ellas.

-Entiendo -cruzó las manos sobre el pecho-. Asumes que si son bellas deben de ser tontas. En consecuencia, me gustan las mujeres tontas.

-No he dicho eso, pero gracias por aclararlo.

-No salgo con mujeres tontas -dijo él. Su boca tembló, como si intentara controlar una sonrisa.

-Creo que deberías aclararte al respecto.

-Lo convertiré en mi prioridad.

-Si habéis terminado... -Julie señaló el sillón que había frente al sofá-. Bien. Deberíamos empezar con esto. Planificación de la boda.

Todd cruzó la habitación, se sentó en el sillón y sacó una agenda electrónica del bolsillo de la camisa.

-Estoy listo.

-¿Vas a participar en serio? -preguntó Marina.

-Hasta en la elección de las semillas orgánicas que lanzaremos a la feliz pareja cuando se marchen de luna de miel -se inclinó hacia delante y bajó la voz-. No podemos usar arroz. Los pájaros se lo comen y les sienta mal.

-Alguien ha pasado demasiado tiempo navegando por Internet -dijo ella, irritada.

-Internet, revistas de novias, lo que sea. Si tiene que ver con

planificación de bodas, soy tu hombre -sus ojos oscuros le lanzaron un reto-. Yo pienso entregarme a conciencia. ¿Y tú?

-Yo también -si creía que podía asustarla, iba a llevarse una sorpresa-. Y, por cierto, soy la definición de testaruda.

-Yyo.

Marina sonrió para sí. Podía creer que lo era, pero ella ganaría la partida. Sin duda.

-Temí que no os llevarais bien, pero nunca pensé que esto fuera a convertirse en una competición -Julie suspiró-. Escuchadme. Hablamos de una boda. La de Ryan y la mía. Necesitamos ayuda, no un espectáculo estilo Las Vegas. Más no implica mejor. No seáis demasiado creativos. Queremos algo discreto y elegante, ¿de acuerdo?

Marina notó que Todd la miraba. Clavó los ojos en los de él y se negó a ser la primera en parpadear.

Julie, ¿te he fallado alguna vez?

-No -dijo Julie, como si no quisiera admitirlo.

-Entonces, confia en mí.

***

Julie les dio a cada uno una copia de su lista. Todd echó un vistazo a la suya y luego volvió a concentrarse en Marina Nelson.

Era rubia, como el resto de las hermanas, pero de un tono más oscuro, más parecido a la miel. Era un par de centímetros más alta que Julie y lucía las mismas curvas. Era obvio que eran hermanas, podrían haber pasado por gemelas. La diferencia fundamental, aparte del color de pelo, era su actitud de «No me asustas, tipo grande». Julie era mucho más amable.

Todd tenía una norma en lo referente a las mujeres, ¿por qué esforzarse? Había muchas féminas atractivas deseosas de perseguirlo a él. En parte por su éxito como hombre de negocios, en parte por su físico. Pero, sobre todo, por la fortuna familiar.

Fuera por lo que fuera, no solía tener que buscar compañía. Su vida romántica era una sucesión de relaciones cortas con el mínimo de compromiso y esfuerzo de su parte. Así le gustaban las cosas.

Marina no iba a ser fácil y eso que ni siquiera pretendía llevársela a la cama. Pero Ryan le había pedido ayuda y estaba dispuesto a soportar a la descarada hermana de Julie por hacer un favor a su primo.

Incluso estaba dispuesto a admitir, pero sólo a sí mismo, que le apetecía enfrentarse a ella. Hacía mucho que una mujer no intentaba impedir que se saliera con la suya. Trabajar con ella sería bueno para su carácter, pero aun así pretendía ganar al final.

-Básicamente, lo único que está listo son las invitaciones -dio Julie, mirando su copia de la lista-. La abuela Ruth ha ofrecido su casa para la boda y Ryan y yo estamos de acuerdo en que es un sitio fantástico. Pero hay que tomar decisiones. Es una boda de invierno. ¿Podemos arriesgarnos a celebrarla afuera? Lo mismo podría haber una temperatura de 25° que estar diluviando.

-Mencionó un salón de baile -dijo Marina-. En la tercera planta. ¿Quieres que le echemos un vistazo?

-Lo he visto -Todd miró a Julie-. Cabrían trescientas o cuatrocientas personas. Algo menos si queréis que la cena se sirva en mesas.

-Sí que queremos -dijo Julie, tomando nota.

-Pero la lista de invitados no es tan grande -le dijo Marina a Todd-. Hay unos cien.

-Ryan dice que son casi doscientos.

-¿Tantos? -Marina se volvió hacia su hermana.

-Sigue creciendo.

-Eso implica un montón de mesas.

-Lo sé. Así que necesito que veas el salón de baile y cómo quedaría. ¿Quedará sitio para bailar sin mover las mesas? ¿Dónde se pondrían los músicos? Tengo dudas. Sería fantástico celebrarlo fuera, pero no me fío del tiempo y no necesito otra cosa más que me estrese.

-Eso será lo primero que decidamos -dijo Marina, tomando nota-. Afectará a todo lo demás. Sigue.

-Flores, regalos, pero, por favor, nada ridículo; comida, distracción, un fotógrafo y mi vestido. Ah, y Willow y tú tendréis que elegir los vestidos de las damas de honor.

Todd pensó para sí que Ryan le iba a deber un favor bien gordo.

-Esmóquines -colaboró.

-Ay, Dios -Julie lo miró-. Tienes razón. Los hombres necesitan esmoquin.

Yo me ocuparé del vestido -dijo Marina, sonriendo a Todd-. Eso es cosa de chicas.

-¿Pretendes opinar sobre los esmóquines? -preguntó él.

-Desde luego que sí.

Él esperó a que ella captara la insinuación.

-Espera un momento -dijo Marina-. El vestido de novia es algo muy especial. Sólo se casa una vez.

-Podría decir lo mismo de Ryan. Él querrá estar guapo. Si no te fías de mi elección, ¿por qué iba yo a fiarme de la tuya? -no tenía ningún

interés en el vestido de la novia, pero lo justo era lo justo.

-A mí me da igual quién lo elija -Julie agitó la mano-. Simplemente encontrad un vestido maravilloso. Que no se ajuste a la cintura, por supuesto.

Cierto,Julie estaba embarazada. Todd sabía que a Ryan lo emocionaba la idea de ser padre. Aunque él no tenía intención de casarse, le gustaba la idea de tener hijos. La ausencia de esposa complicaría las cosas, pero no era imposible.

-No puedo creer que quieras opinar sobre el vestido -protestó Marina.

-Piensa en todas las modelos con las que he salido -dijo él-. Debe de habérseme pegado algo de su sentido de la moda.

-¿Hablabas mucho de moda con ellas?

-No, no hablábamos nada -dijo. Oyó que Marina rechinaba los dientes y estuvo a punto de reírse.

-Willow trabaja para ese vivero -dijo Marina, ignorándolo-. Le pediré que nos recomiende floristas.

-Buena idea -aceptó Julie.

-Yo conozco a una fotógrafa -apuntó Todd.

-¿Saca fotos de gente con o sin ropa? -preguntó Marina con los ojos muy abiertos.

-De las dos formas. Te gustará su trabajo.

-Los desnudos no me interesan -dijo Julie-. ¿Hace bodas?

-Son una de sus cosas favoritas.

-Bien. Ponla en la lista. Marina, nada demasiado artístico. Sólo fotos normales.

-Entendido.

Revisaron algunas cosas más y Julie fue a buscar las fotos de vestidos que había recortado de revistas.

-Creo que esto será divertido -comentó Todd.

-Sí, yo también.

-No te caigo muy bien.

-No te conozco.

-No quieres conocerme.

-Pues la verdad es que no lo he decidido. Por extraño que te parezca, no he pensado en ti en absoluto.

Un punto para ella, pensó Todd.

-Antes no dijiste nada bueno de mí. Os oí.

-Tienes una reputación de la que, personalmente, creo que disfrutas. Pero la gente se crea una impresión de ti, basada en tu

notoriedad.

-Crees que soy superficial.

-No creo que hayas tenido que trabajar mucho por nada, excepto por tu empresa.

-Aun así, accediste a salir conmigo. Una cita. Lo prometiste. La tía Ruth me lo dijo.

-Me pareció buena idea en ese momento.

A ella podía incomodarla la idea de la cita, pero era él quien tenía que soportar que su tía ofreciera un millón de dólares a cada nieta, si alguna se casaba con él. Como si él fuera un perdedor. No era tan malo como para tener que sobornar a una mujer.

No quería casarse, pero era cuestión de principios.

Por suerte, Julie y Willow no estaban libres. Él no quería una cita con Marina, pero a tía Ruth le hacía muy feliz la idea. Aunque no lo habría reconocido ni bajo tortura, era incapaz de negarle nada a tía Ruth.

-Sólo es una cita -dijo él-. ¿Qué es lo peor que podría pasar?

-¿Que tres horas parezcan toda una vida? -contestó ella, con un destello de humor en los ojos.

-La boda -sugirió él-. Los dos tenemos que participar, así que no sería divertido para nuestros acompañantes.

-Habremos pasado tiempo organizando el evento y tendremos de qué hablar -ella asintió lentamente.

-Podemos beber montones de champán.

-Buen plan -sonrió ella-. De acuerdo, Todd Aston Tercero, iré contigo a la boda de mi hermana.

Capítulo Dos

La mansión de tres plantas de la abuela Ruth, en Bel Air, impresionó a Marina tanto como la primera vez. Era enorme y estaba fuera de lugar; estaban en Los Ángeles, no en la Inglaterra del siglo XVIII. Pero los ricos vivían de otra manera. Tenían servicio interno. Para Marina, la ayuda en casa equivalía a un paquete de toallitas húmedas especiales para cristales.

Miró la puerta doble que accedía a la casa y decidió esperar a Todd antes de entrar. Sabía que no debería intimidarla la doncella de su abuela, pero lo hacía. Le daba igual, tenía otros atributos positivos.

Un minuto después, un reluciente Mercedes plateado entró en la parcela. Era un deportivo de dos plazas, de ésos que costaban tanto como la deuda nacional de un pequeño país del tercer mundo.

El tipo que bajó del coche era igual de impresionante. Alto, bien vestido y lo bastante sexy como para que mujeres inteligentes hicieran estupideces por él. Tendría que asegurarse de no caer en esa categoría. Por suerte, no era su tipo.

-Marina -saludó Todd con una sonrisa-. Esperaba que ya hubieras recorrido la casa y tomado una decisión.

-Somos un equipo, Todd. Respeto eso -al menos lo haría mientras le conviniera hacerlo.

Todd llevaba puesto un traje gris oscuro. La camisa azul claro contrastaba con la corbata borgoña. Aunque ella prefería un estilo más informal, él lucía su poderío de maravilla. Ella, por otro lado, parecía una universitaria escasa de recursos. Pero había podido subirse la cremallera de los vaqueros sin problemas, y eso ya era un buen principio.

Preparó la cámara digital y una libreta y lo siguió.

-Tengo una hora -dijo, mirando su reloj-. Después tengo que volver a la universidad para una clase.

-¿Qué estudias?

-No estudio -lo miró-. Soy intérprete para alumnos sordos. Estoy especializada en clases avanzadas de química y física, sobre todo.

-Impresionante -dijo él, enarcando las cejas.

-No me resulta dificil. He estudiado todas las asignaturas, así que entiendo la materia. Tengo tres diplomatura en ciencias avanzadas. Haré el doctorado, pero aún no estoy lista. Como conocía el lenguaje de señas, decidí dedicarme a eso un par de años.

-¿Tres diplomaturas en ciencias? -la miró atónito.

-Bueno -le encantaba que la gente la subestimara-. No es tan

impresionante si consideras que entré en la universidad con quince años.

-Ya. Es casi normal. Eres bastante lista.

-Más que tú, chico grande -sonrió ella.

-Me acordaré de eso -se rió él.

Llamó a la puerta y saludó por su nombre a la doncella que la abrió.

-Hemos venido a ver el salón de baile, Katie -le dijo-. Y el jardín trasero.

-Bien, señor -asintió la mujer uniformada-. Su tía me dijo que vendrían. ¿Quiere que les lleve?

-Iremos solos. Gracias.

Marina sonrió a la mujer y siguió a Todd a través de un enorme vestíbulo y una escalera curva y ancha.

-¿Cuántas empleadas tienes tú? -preguntó cuando llegaron a la segunda planta y tomaron un largo pasillo alfombrado. Había docenas de cuadros en las paredes y muebles que debían de ser valiosas antigüedades, aunque ella no entendía de eso.

-Cinco internas y seis externas.

-¿Qué? -había visto su casa de lejos. Era más grande que la de la abuela Ruth, pero...-. ¿Qué hacen?

El se volvió, le tocó la punta de la nariz y sonrió.

-Te engañé. Tengo un ama de llaves que contrata a gente para que limpie la casa y se ocupe del jardín. Viene tres días a la semana. Preferiría no tener a nadie, pero la casa es grande y vieja y no me gusta que me dé dolores de cabeza.

Ella reconoció para sí que un ama de llaves era mejor que cinco internas.

Subieron otra escalera que daba a un vestíbulo más grande que el apartamento de Marina. Unas puertas talladas daban paso a un salón de baile del tamaño de un campo de fútbol.

Ella fue al centro de la habitación y giró lentamente. Había espejos en las paredes y docenas de lámparas de araña colgando del techo. El suelo de madera reflejaba el sol que entraba por las ventanas.

La paredes eran de un beige neutro, que permitía cualquier combinación de colores.

-Deberíamos pensar en mesas para ocho o diez -dijo Todd, sacó su agenda electrónica y pulsó unas teclas-. Aquí cabrían unas treinta mesas y aún habría sitio para moverse.

-Con veintiocho mesas, ¿habría sitio para bailar y para el grupo? -preguntó Marina, haciendo cálculos.

-Para la orquesta, no el grupo -Todd la miró-. Julia dijo elegante y los grupos no son elegantes.

Tal vez no lo fueran, pero Marina nunca había ido a una boda en la que hubiera una orquesta.

-¿Crees que la Filarmónica de Los estará disponible?

-Tendría que consultar su agenda -sonrió él-. Pero pensaba en algo más pequeño. Tengo en mente a una que he oído tocar en otros eventos.

¿Eventos? Mientras el resto de Estados Unidos iba a centros comerciales, los ricos iban a eventos.

-¿A qué tipo de eventos te refieres?

-Sobre todo a actos benéficos. Un par de bodas. Me enteraré de dónde tocan esta quincena e iremos a verlos. Son muy buenos. Confía en mí.

Ella no estaba dispuesta a confiar en él todavía. Dejó la libreta y empezó a sacar fotos.

-Me gusta mucho esta habitación, le enviaré las fotos ajulie en cuanto acabe con mi clase.

-Hay más -dijo él. La llevó a un grupo de puertas de cristal. Abrió la primera y le hizo un gesto para que tomara la delantera.

Ella salió a un amplio balcón con vistas a la finca. No se veía ninguna valla, pero supuso que podía considerarse una finca. La vista era impresionante. Se veía el porche, la piscina y los jardines.

-Esto nos daría algo de espacio adicional -dijo él, saliendo-. Un sitio para que la gente se diera un respiro. Podríamos iluminar el jardín con farolas.

-Me gusta -dijo ella, casi para sí-. Cualquiera puede casarse en un jardín trasero, pero esto es increíble. Una ocasión única en la vida.

Miró el salón de baile, imaginándose mesas, flores e invitados. Sería un recuerdo inolvidable.

-Entonces, ¿tú preferirías el salón de baile?

-Sí, pero la elección es de Julie. Bajemos a sacar unas fotos del jardín y que decidan Ryan y ella. Cuando sepamos eso, podremos empezar a organizar otras cosas.

Bajaron y salieron al porche y la terraza. Mientras sacaba fotos, ella pensó que aquello parecía un hotel de cinco estrellas, no una casa; no sabía qué pensar de que su abuela viviera allí.

-¿Qué ocurre? -preguntó Todd. Ella pensó que su confusión debía de haberse reflejado en su rostro.

-No dejo de pensar en lo raro que es esto -guardó la cámara en un bolsillo y se puso la libreta bajo el brazo-. Que una abuela desconocida para mí, viviera a veinte kilómetros de donde crecí. Que éste sea su mundo y que yo recuerde momentos en los que no había dinero para poner carne en la mesa -movió la cabeza-. No me quejo.

Mi madre era fantástica y nunca nos faltó de nada. El dinero escaseaba, pero igual les pasaba a nuestros vecinos, era normal. Pero es extraño descubrir que hay otra forma de ver las cosas -lo miró-. No me estoy explicando bien y te estoy dando más información de la que querías.

-Claro que esto es distinto. Si te sirve de algo, Ruth lamenta todos los años que estuvo alejada de tu familia. Su marido, mi tío, era un hombre duro. No creía en el perdón. Ruth no tenía la fuerza necesaria para enfrentarse a él.

-Eso es lo que dijo.

-Es verdad.-

Fantástico. Por lo visto, Marina provenía de un linaje de mujeres que rendían su corazón y su mente a sus hombres. Mayor razón para no involucrarse.

-Deberías intentar entender por lo que pasó Ruth.

-Vaya, ahora estoy desconcertada en dos niveles -le costaba creer que Todd Aston Tercero fuera sensible-. El contraste entre mi vida normal y esto, y, encima, tu percepción emocional.

-Soy un hombre de mucho misterio.

-Claro que sí -se rió ella-. Riqueza, poder y misterio. Deberías poner eso en tus tarjetas de visita.

-Te saco ventaja, Marina -dijo él, emprendiendo el camino de vuelta-. Lo llevo tatuado en la espalda.

-Yo había pensado que sería como llevar un palo en el culo -dijo ella, antes de poder controlarse.

-Ahora saben arreglar eso. La medicina moderna es milagrosa, ¿no crees?

-Sabes a qué me refería -suspiró ella-. Pensé que serías... distinto.

-¿Desagradable?

-Imperioso.

-Puedo serlo, si eso te hace feliz.

-No, gracias -abrió su libreta-. Examen del territorio, completado. Faltan la comida, la tarta, las flores, fotógrafo y otro montón de detalles complicados.

-El vestido -le recordó él-. Tendremos que verlos ya hechos. No hay tiempo para diseñar uno a medida.

Ella lo miró, sorprendida de que supiera tanto.

-Deja que adivine. ¿Has estudiado más revistas de bodas? El caso es que no te imagino tomando un café con leche y leyendo una de esas revistas.

-En momentos así no puedo tomar café con leche. Tiene que ser café solo, para combatir toda esa feminidad. Es una cuestión de equilibrio.

Hasta ese momento ella no había pensado en Todd como persona. Al principio sólo había sido un nombre, luego el tipo que había intentado separar a Ryan y a su hermana. Después un incordio que se interpondría en la organización de la boda. Pero...

-¿Por qué escondes quién eres tras tu reputación? -le preguntó-. El dinero. Las modelos.

-He salido con unas tres modelos en mi vida, Marina -dijo él, abriendo su coche-. Relájate.

-Tienes razón. Lo haré.

-Bien -entró en el coche y sonrió-. Claro que dos de ellas no hablaban inglés.

Si no hablaban... Entonces, ¿cómo...?

-Más vale que estés bromeando -lo miró fijamente-. ¿No hablaban inglés?

-No. Pero hice cuanto pude para mejorar las relaciones internacionales -esbozó una sonrisa angelical-. Conozco una empresa de catering excelente. Organizaré algo y te llamaré con los detalles.

Y con eso, se marchó.

Tres días después, ante la empresa de catering, Todd observó la llegada de Marina. Llevaba vaqueros, una sudadera y el pelo recogido en una cola de caballo. No vestía para impresionar, estaba claro.

Pero la rodeaba un aura de determinación que lo hacía predecir chispas. Planificar una boda no era lo que él habría elegido hacer en su tiempo libre, pero Marina había sido una agradable sorpresa. Era lista y sexy. Había estado deseando verla de nuevo.

Se detuvo ante él, se puso las manos en las caderas y lo miró con ira.

-Te he buscado en Internet -dijo-. Las modelos en cuestión hablaban perfecto inglés, si bien lo hacían con acento.

-»Si bien» -él alzó las cejas-. ¿Estamos en una novela de Jane Austen?

-¿Qué sabes tú de Jane Austen?

-Cualquier macho inútil que sólo salga con modelos lo sabe todo sobre las películas para chicas y Jane Austen. Es requisito imprescindible. No sólo he visto El diario de Bridget Eones dos veces, también he leído el libro. Pregunta lo que quieras.

Ella se echó a reír. El sonido fue tan burbujeante y sexy que deseó tocarla. De arriba abajo. Un inesperado golpe de calor lo sorprendió por su intensidad.

Dio un paso atrás, tanto física como mentalmente. Marina y él tenían una misión. Estaba allí para proteger los intereses de Ryan y no morir de aburrimiento mientras lo hacía. Si hacer que Marina cambiara de opinión sobre él lo ayudaba a pasar el día, bien. Pero disfrutar de su compañía, mal. No sería inteligente liarse con la nieta menor de su tía política.

-Esta empresa tiene muy buena fama -dijo, mientras iban hacia la puerta-. Se supone que es comida buena que no se limita a ternera o pollo. Si la elegimos, podremos escoger el menú. O, en nuestro caso, discutir sobre él.

-¿Crees que vamos a discutir? -preguntó ella.

-Cuento con ello.

-Soy una persona muy condescendiente, pero estoy segura de que tú eres dificil -le dijo, mientras él le abría la puerta-. Seré flexible con los platos, pero no con lo del postre.

-¿Qué del postre?

-Con el que haya postre -le sonrió-. Es lo mejor de las bodas. Hay postre y tarta. ¿Cuántas veces ocurre eso en la vida?

-No seré yo quien se interponga entre una mujer y su ansia de azúcar.

-Guapo y listo -murmuró ella-. Impresionante.

-Lo sé -dijo él. Se presentó ala recepcionista.

-Soy Zoe -dijo la mujer, sonriente-. Os esperábamos. Seguidme, por favor.

Los condujo a una pequeña habitación organizada como comedor. La mesa para seis tenía dos cubiertos en uno de sus extremos.

Zoe esperó a que se sentaran y después señaló las cartas que había junto a los platos.

-Iremos por orden -dijo-. Empezaremos con las sopas, luego las ensaladas, etcétera. Por favor, tomad notas y apuntad cualquier pregunta que tengáis.

Se marchó y volvió unos segundos después con tres cuencos para cada uno.

-Bonita presentación -dijo Marina, alzando un decorativo brote verde de uno de los cuencos-. ¿Por qué tienen que poner una hierba sobre un plato? ¿Qué es? ¿Cómo sabemos de dónde sale?

-No saberlo incrementa la emoción del momento.

-;Estás emocionado? -lo miró con los ojos azules abiertos de par en par.

Ella estaba lo bastante cerca para que pudiera ver un par de pecas en su nariz e intuir un hoyuelo en su mejilla. Volvió a pensar en tocarla... y no lo hizo.

-Me faltan las palabras.

-Mentiroso -murmuró ella, probando la primera sopa-. Guisantes y

algo más. No está mal.

la probó y movió la cabeza negativamente.

-No, gracias.

Los dos rechazaron la cremosa sopa misterio y ambos apreciaron la de pollo y verduras, aunque Marina se quejó de que era demasiado saludable.

-Es una boda. ¿Es necesario tomar cinco raciones de fruta y verdura en el primer plato?

-No veo mucha fruta -arguyó él, removiendo la cuchara en el cuenco.

-Sabes lo que quiero decir -dejó la cuchara-. ¿Qué me dices de una sopa con tortillas de maíz? ¿O una quesadilla? ¿No te suena bien?

-¿Quieres comida mexicana en la boda?

-En realidad no -Marina dejó caer los hombros-, pero me encantaría ahora. Debería haber comido antes de venir. Tengo hambre.

-Así que te gusta comer.

-Sí. Algunas mujeres comen -estrechó los ojos-. Yo como. Asombroso pero cierto. También voy a correr todos los días, así que puedo comer lo que me gusta y disfrutarlo. ¿Tienes algún problema con eso?

-Correr con tanta preocupación a la espalda debe de ayudarte a quemar calorías. Debe de ser más intenso.

-¿Estás diciendo que me preocupa en exceso el tema de la comida?

-¿Diría yo algo así?

-Piensas que mi reacción es desmesurada por que tú sales con modelos y yo no me siento a su altura.

-Eres tú quien habla.

-No me siento intimidada. En general. Aveces un poco. Pero me gustaría dejar claro que éstos son mis vaqueros estrechos. Llevan cabiéndome toda la semana y me quedan de fábula.

-Es verdad -él había admirado la curva de sus caderas y sus largas piernas. Estaba dispuesto a admirarlas de nuevo, si eso le hacía feliz.

-No busco aprobación más que de mí misma.

-¿Por qué ibas a buscarla?

-Me estás siguiendo la corriente.

-Parece lo más seguro. Tienes mucho genio.

-Lo sé. No lo entiendo, porque suelo ser una persona muy tranquila. Hay algo en ti que me enerva.

-Te entiendo. Es porque soy guapo y amable -dijo él. Zoe llegó con distintos platos de ensaladas y una cesta de panecillos-. Te sientes

incómoda.

Marina esperó hasta que estuvieron solos para contestar. Zoe se llevó los cuencos de sopa.

-No estoy incómoda. Tienes un ego del tamaño de la Antártica. No eres tan especial.

-Claro que lo soy. Hasta me buscaste en Internet. ¿Cuál fue el último tipo al que investigaste?

-Los hombres a los que conozco son muy normales. No hace falta investigarlos. Me enfermas.

-Entonces he cumplido con mi labor.

-Prueba las ensaladas -ordenó ella.

Él probó la primera. Tenía varias clases de lechugas y trocitos de cosas que no reconocía. En su opinión, las ensaladas tenían una fama inmerecida.

-Piensa en los tipos con los que sueles salir -dijo él-. Estudiantes pobres y desaliñados. Comparados conmigo, no tienen posibilidades.

-Ya -ella lo taladró con los ojos-. ¿Por qué iba a ser interesante salir con el siguiente hombre inteligente que podría cambiar el curso de la historia?

-Son aburridos -dijo él, eligiendo un panecillo-. Aún no son interesantes y no son buenos en la cama. Admítelo.

La ira oscureció sus ojos. Abrió la boca, sin duda para insultarlo. Él le puso el panecillo en los labios.

-No está mal -dijo, señalando la segunda ensalada-. Me gusta el queso azul. ¿Qué opinas?

-Creo que eres un asno egocéntrico y pomposo -replicó ella, quitándose el panecillo de la boca.

-Así que te gusta -probó la tercera ensalada e hizo una mueca de disgusto.

-Ni en broma.

-Claro que sí. Pero me refería a las ensaladas. ¿Qué opinas?

-Ésa está bien -dijo ella, señalando la tercera.

-No es buena idea -movió la cabeza-. Demasiado ajo en el aliño.

-¿Desde cuándo sabes algo de cocina?

-No sé nada -no era culpa suya que ella le pusiera todo tan fácil. Tenía que aprovecharse-. Pero sé de bodas -se inclinó hacia ella-. Besos. La gente se besa mucho en las bodas. Es mejor que no huelan a ajo.

Una corriente eléctrica tensó la atmósfera. El pensó que Marina cambiaría de tema o se pondría nerviosa. Pero ella le sostuvo la mirada.

Él se preguntó cómo sería besarla. Sentir su boca en la suya.

¿Hasta qué punto sería suave, apasionada o sexy?

Se preguntó si era el tipo de mujer que tomaba las riendas o necesitaba que la convencieran. Las posibilidades eran infinitas y comprendió que quería explorarlas todas.

-Creo que estás exagerando el problema -dijo ella-. No me parece que el ajo sea tan importante. Si lo es, sólo tenemos que pedir que cambien el aliño.

-Sólo hay una forma de comprobarlo -se inclinó hacia ella y rozó sus labios con la boca.

Sintió calor y anhelo en clara competencia. Marina no se movió, pero notó que su respiración se aceleraba. Antes de que pudiera ir a más, llegó Zoe.

-¿Qué os ha parecido...? Perdón. ¿Vuelvo luego?

-No -dijo Todd, irguiéndose-. Ya sabemos lo que tenemos que hacer.

Capítulo Tres

Marina se sentía como si la hubiera atropellado un camión. Bueno, no exactamente. No había ocurrido nada así, pero le faltaba el aliento y se sentía un poco plana, bidimensional, en cierto sentido.

1 1 ' Guau. El calor, el cosquilleo, el deseo de saltar sobre Todd y hacer que la sedujera. Y todo por un diminuto e inocente beso. Se preguntó qué ocurriría si la besaba en serio.

Se dijo que era una pregunta peligrosa. Todd no era en absoluto como había imaginado. Era divertido y encantador. Demasiado encantador. Se recordó que para él las relaciones con mujeres no eran más que un juego. Que tenía menos profundidad emocional que una placa para hornear galletas. Ella tendría que limitarse a disfrutar de la atracción superficial y olvidar lo demás. no quería relaciones serias y ella no las quería de otro tipo.

Técnicamente, lo cierto era que no tenía relaciones. Por miedo. No quería perderse en un hombre.

Probaron varios platos, todos buenos, y los postres, que eran fantásticos.

-¿Vas a terminarte eso? -le preguntó, mirando la mousse de chocolate que él apenas había probado.

-Tómala -Todd empujó el bol hacia ella.

Ella metió la cuchara en la deliciosa y cremosa espuma y saboreó el estallido de chocolate en la lengua. El la contemplaba con expresión inescrutable.

Marina deseó pensar que a él le parecía fascinante su pasión por el chocolate, pero sin duda estaba comparando su apetito con la desgana de sus citas habituales y pensando que era un poco rara.

-¿Has terminado? -preguntó, cuando ella dejó el cuenco reluciente. Ella asintió y salieron juntos a la zona de recepción.

Zoe les entregó un folleto con descripciones y precios, le prometieron ponerse en contacto con ella en un par de semanas y se marcharon.

-¿Qué te ha parecido? -preguntó Todd.

-Bueno, pero no deslumbrante. Quiero sentirme deslumbrada. Creo que la comida debería ser espectacular, no simplemente buena.

-Considerando lo que cobran -él echó un vistazo a los precios-, estoy de acuerdo contigo. Así que aún nos falta el catering. ¿Tienes alguna sugerencia?

-No soy experta, pero puedo preguntar por ahí.

-Yo haré lo mismo. También hablaré con Ruth.

-Es verdad. Acude a muchos actos benéficos. Debería ser una

buena fuente de información -Marina arrugó la frente-. Me pregunto por qué no nos ha ofrecido consejo.

-Prometió no inmiscuirse -explicó Todd-. Pero no te emociones, no durará. Es entrometida por naturaleza -su voz sonó cariñosa.

-Entonces, ¿la has perdonado por ofrecernos un millón de dólares a mis hermanas y a mí si alguna de nosotras se casaba contigo?

-Estoy trabajando en ello.

-¿Por qué?

-Siempre tuvo tiempo para Ryan y para mí -se encogió de hombros-. Nuestros padres se marchaban de viaje durante meses y nos dejaban atrás. Tía Ruth ocupaba el vacío. Cuando estábamos con ella éramos una familia.

Marina no supo qué decir a eso. Por un lado, explicaba que Todd quisiera tanto a su tía. Pero por otro, era la misma mujer que había dado la espalda a su propia hija.

-Estás pensando en tu madre -adivinó él, sorprendiéndola.

-Sí. Mi madre tenía diecisiete años cuando se enamoró de mi padre. Era muy joven. Entiendo que a sus padres les disgustara su elección, pero hay muchas opciones intermedias entre darle la bendición y echarla de casa para siempre. ¿Cómo no intentaron ninguna de ellas? -tomó aire y lo soltó con fuerza-. Vas a decirme que fue por el marido de Ruth, Fraser. Lo he oído antes. Era un hombre difícil que regía su casa con mano férrea y no daba segundas oportunidades a nadie.

También era el único padre que había conocido la madre de Marina. Su padre biológico, el primer marido de Ruth, había fallecido antes de que Ruth supiera que estaba embarazada.

-Mi madre era la única hija de Ruth. Debería haberse esforzado más. Debería haber comprobado que su hija estaba bien.

Todd le apretó el hombro con suavidad, sorprendiéndola por tercera vez en menos de dos horas.

-Tienes razón -dijo-. Apoyó a su esposo en vez de a su hija. Pero pasó los treinta años siguientes arre pintiéndose de su decisión y con demasiado miedo para hacer algo al respecto. Eso es una forma muy dura de vivir. Ella nunca recuperará lo que perdió, y vosotras tampoco.

-Lo que has dicho es compasivo y muy comprensivo -parpadeó ella.

-Soy capaz de tener pensamientos racionales y emocionales -dijo él con una mueca.

-Ya. Pero no pensé que te molestaras en hacerlo.

-Eso es muy halagador.

-Perdona. Me he expresado mal -le agarró la mano y se la apretó-. Es por la imagen que da la prensa local y por lo que la gente dice de ti.

Pensó que quizá no fuera una placa para galletas, sino un molde para bizcochos. La imagen le provocó una sonrisa y él frunció el ceño aún más.

-Estás empezando a irritarme -rezongó.

-Creí que habías dicho que tenías un sentido del humor muy desarrollado.

-Y lo tengo. Pero no eres graciosa. Sea lo que sea lo que piensas de mí, te equivocas.

Ella ya empezaba a plantearse esa posibilidad.

-Aún necesitamos catering, fotógrafo, flores, tarta, vestido y esmóquines. Es una lista larga -dijo él, tras pulsar unas teclas en su agenda electrónica.

-Lo conseguiremos. Le mandaré ajulie la información de este sitio. Al menos sabemos que la boda y la recepción serán en el salón de baile. Eso es algo.

-Sí, es una suerte.

-Gracias por ser tan comprensivo con lo de mi abuela -ella miró sus ojos oscuros y sonrió-. Ayuda bastante hablar de ello.

-Ya, ya. Te llamaré para organizar la próxima degustación.

Después la dejó atónita inclinándose y besándola. Y el beso no tuvo que ver con el ajo ni con demostrar nada. Al menos a ella no se lo pareció. Fue rápido, ardiente y devastador.

Había puesto las manos en sus hombros, para sujetarla. Su boca reclamó la suya con tanta destreza que ella se dejó llevar. Se perdió en el placer del contacto, de sus labios y su necesidad.

Todd no era lo que había esperado. Ni su beso. Se descubrió respondiendo de forma inesperada.

Él le acarició el labio inferior con la lengua y ella le cedió la entrada. Jugueteó con su lengua, excitándola, después se apartó y enderezó.

-Hasta pronto -dijo.

Iba a marcharse. La besaba y huía.

-Pero tú... ¿Por qué has...?

-Antes nos interrumpieron -sonrió él-. Me gusta acabar lo que empiezo.

Para: Man*na-Nelson@mynetworh.LA.com

De:

No sé ni cómo agradecértelo. De verdad, te debo muchísimo. Gracias por la degustación y siento que no funcionara. Pero tienes

razón. Quiero comida fabulosa en la boda, y Ryan también.

Interesante el tema del ajo/beso. No se me había ocurrido que demasiado ajo pudiera ser un problema, pero ¿en una boda? Tienes toda la razón. demostró Todd los peligros de los besos con ajo? © Es en broma. Sé que no es tu tipo. Poco serio y le falta carácter, pero no está tan mal. Por lo menos es guapo. Recuérdalo cuando te ponga de mal humor.

Lo estamos pasando de maravilla. Estoy deseando recibir más fotos y correos electrónicos tuyos. Lo repito, ¡eres un ángel por ocuparte de esto!

Besos y abrazos, fulie

Marina abrió la caja de cartón y agarró el dispensador de cinta de embalar. Selló la parte de abajo de la caja, le dio la vuelta y miró las estanterías.

-¿De verdad crees que julie necesita quedarse con todos? -preguntó, aunque sabía la respuesta.

Willow sacó la cabeza del dormitorio, donde había ido a ocuparse de la ropa.

-Claro. Son libros. Los guardará para siempre.

-¿Sabe Ryan en lo que se está metiendo? ¿Su manía de guardarlo todo como una hormiga?

-No lo guarda todo -Willow sonrió-. Y sí, Ryan sabe muy bien en qué se está metiendo.

-Pues yo no tenía ni idea -gruñó Marina-. Entre tú ayudándola a vaciar su casa y ocupándote de las reformas en la nueva, y yo planificando su boda, Julie nos va a deber un favor de los grandes. Las dos tendremos que rompernos las piernas o algo, y obligarles a que sean nuestros criados.

-Ella estaría allí cada segundo hasta que nos recuperásemos -aseguró Willow. Estiró la mano izquierda y señaló algo-. ¿Podrías pasarme eso?

Marina no se dio la vuelta para ver qué señalaba. Se quedó mirando el dedo de su hermana o, más bien, el espectacular diamante que brillaba en él.

-¡Estás comprometida! -gritó Marina-. Me alegro mucho por ti.

Willow se echó a reír y ambas se abrazaron y empezaron a dar saltos.

-Es una belleza -Marina agarró la mano de su hermana y estudió la impresionante piedra redonda, rodeada de otras pequeñas y cuadradas-. ¿Cuándo ha ocurrido? No has dicho nada. ¿Cómo no lo has soltado en cuanto me has visto?

-Me costó -admitió Willow-, pero quería una gran reacción y la he

conseguido -miró el anillo-. Fue anoche. Kane y yo habíamos considerado casarnos, cuando por fin aceptó que me quería. Pero no habíamos vuelto a hablar del tema. Yo estaba dispuesta a darle tiempo a que se hiciera a la idea de estar en una relación seria.

Fueron al salón y se sentaron en el sofá. Marina sonrió al ver la expresión feliz de Willow.

-¿Quién habría pensado que un tipo silencioso y duro pudiera ser tan fantástico? -comentó, contenta de que Kane fuese el hombre entre un millón que Willow se merecía.

-Lo sé -su hermana suspiró-. Es un milagro. Es increíble. Anoche estábamos cenando juntos. Una cena romántica, con música. De repente lo vi con una rodilla en el suelo, ofreciéndome el anillo y diciendo que quería casarse conmigo y estar a mi lado para siempre -se le llenaron los ojos de lágrimas- Nunca creí que mi vida pudiera ser tan maravillosa.

-Me alegro por ti -Marina la abrazó de nuevo-. Estoy encantada, desbordante de felicidad.

-Yo también -dijo Willow.

-Mis dos hermanas van a casarse -Marina se recostó en un cojín-. Seré la tía soltera, la favorita de los niños, pero a los adultos os preocupará que me vaya volviendo loca poco a poco.

-¡Por favor! -Willow puso los ojos en blanco-. Eres demasiado lista para eso. Pero ten cuidado. El amor está en el aire y todo eso.

-Soy inmune -Marina movió la cabeza-. Yme parece bien. No quiero casarme en un futuro cercano.

-¿Y qué me dices de enamorarte?

-Puede que el año que viene.

En realidad, le gustaba la idea de enamorarse. Pero el deseo de estar enamorada iba unido a una buena dosis de miedo. Entregar su corazón se parecía demasiado a perder el sentido de sí misma. Primero la abuela Ruth y luego su madre. Marina no estaba dispuesta a ser como ninguna de ellas.

-Bueno, otra boda -dijo-. ¿Habéis elegido fecha?

-Estamos pensando en la primavera. Después de la boda de Julie, pero antes de que nazca el bebé.

-Ayudaré con la planificación. Seré una experta.

-Eso me encantaría -dijo Willow-. No sabría por dónde empezar.

-Puedes preguntarme lo que quieras. O a Todd. La verdad es que se le da bastante bien el tema. Pero no se te ocurra comentarle que lo he dicho yo.

-¿En serio? -Willow se volvió hacia ella-. ¿No es horrible?

-No -aceptó Marina, aún sorprendida por ello-. Es agradable. Divertido, encantador... me gusta. No lo esperaba. Pensé que sería un imbécil. No quería organizar la boda con él pero, aunque no estamos

de acuerdo en todo, me gusta tener su ayuda. Es una gran responsabilidad y está bien compartir el proceso con alguien. Además, es bastante guapo. Cuando no he tenido un buen día, está bien pensar que luego tendré un caramelito para la vista.

-No creo que sea el tipo de hombre al que le guste que lo llamen «caramelito para la vista».

-Probablemente no, pero a él no se lo diremos.

-¿Así que todo va bien? -Willow la estudió-. Cuando julie y Ryan se casen, Todd casi será parte de la familia. ¿Seremos todos amigos?

-Creo que sí. Nos reiremos de su gusto en mujeres cuando traiga a sus citas, pero eso será divertido.

-Seguro que sí. Todd no es el tipo de hombre que suela estar solo mucho tiempo.

Marina asintió, pero se descubrió preguntándose por las otras mujeres de la vida de Todd. Sin duda estaba saliendo con alguien en ese momento. ¿Quién sería? Una heredera o personaje de la alta sociedad? ¿Una ejecutiva de éxito? Marina adivinó que, fuera quien fuera, su fondo de armario no se limitaba a vaqueros y sudaderas universitarias.

Ella, desde luego, no pretendía impresionarlo. Estaban organizando la boda juntos, nada más. Excepto que la había besado. Yno podía olvidar el destello de calor, deseo y necesidad que le había provocado. Y eso con un beso de nada. Se preguntaba qué ocurriría si la besaba en serio.

-Es mi cita para la boda -confesó Marina-. Ambos le prometimos a la abuela Ruth que tendríamos una cita y la boda parecía lo más fácil.

-Una vez más, te animo a que te cases con él para conseguir mi millón de dólares -sonrió Willow.

-Kane tiene dinero.

-Sí, pero es su dinero. Sería más divertido tener una fortuna propia.

-Lo siento -Marina movió la cabeza-. No planeo casarme con Todd. Ni por un millón de dólares.

-¿Y por cinco millones? Apuesto a que la abuela Ruth estaría encantada de soltar algo más de pasta.

-No me interesa.

-Pensaba que nuestro amor fraterno era incondicional -Willow suspiró-. Odio que tenga límites.

-La vida puede ser muy trágica.

-Pero tiene sus momentos brillantes -Willow miró su anillo-. Tengo a Kane.

-Sí que lo tienes.

-Tú eres la siguiente. Las cosas ocurren de tres en tres. Primero Julie, luego yo, ahora te toca a ti.

-No creo que funcione así.

Ella no se oponía al «felices para siempre», pero había complicaciones. Enamorarse de un hombre implicaba confiar en él plenamente. Eso podía imaginarlo, pero también implicaba creer en sí misma, y no se sentía tan segura a ese respecto.

Capítulo Cuatro

Marina estaba sentada en las escaleras delanteras de su apartamento, esperando a Todd. Cuando las manecillas llegaron al minuto exacto, su elegante y caro descapotable plateado dobló la esquina y se detuvo ante su edificio.

-Bonito -ella se puso en pie y suspiró-. Un coche muy bonito -pensó que él tampoco estaba nada mal. Sabía lucir un traje. Pero eso no lo dijo.

-¿Quieres conducir? -le ofreció las llaves.

-¿Disculpa? -ella parpadeó.

-Conducir. El coche. Se supone que tú eres la lista aquí. No debería ser un concepto tan dificil. Te he visto conducir. Sabes hacerlo.

Ella lo miró, miró el Mercedes y de nuevo a él.

-Pero es tu coche. Eres un tipo. Los hombres no prestan sus coches. Y menos los caros, como éste.

-Sólo es un coche, Marina. Compro lo que me gusta, pero no es mi vida -agitó las llaves-. Ahora contesta a la pregunta. ¿Quieres conducir?

-Desde luego -le quitó las llaves antes de que cambiara de opinión.

Mientras iba hacia el lado del conductor, lo miró de reojo. Era cierto que Todd tenía dinero y si le ocurría algo al coche podía comprar otro, pero era cues tión de principios. No era un comportamiento normal. Se preguntó si realmente estaba tan seguro de sí mismo como para ofrecerle las llaves sin dudar.

Acomodándose en el asiento de cuero, miró el interior del coche. Tenía las cosas básicas a las que estaba acostumbrada y además GPS, aire acondicionado por zonas y un sistema de sonido tan complicado que parecía digno de una nave espacial.

-Hace buen día -dijo él- ¿Quieres descapotarlo?

-Oh, sí.

Miró los controles y descubrió el que se ocupaba del techo. Metió la llave en el contacto, lo pulsó y se dio la vuelta para ver el espectáculo.

Pensó que era una maravilla de la ingeniería alemana al ver cómo el techo se doblaba automáticamente y una funda protectora se deslizaba sobre él. Después miró al frente, ajustó los espejos y arrancó, segura de que iba a quedarse impresionada.

-¿Cómo de rápido puede ir? -preguntó.

-¿Cuánto estás dispuesta a pagar de multa?

-Buena respuesta. ¿Dónde vamos?

El sacó un papel del bolsillo de la camisa.

-Hoy nos ocuparemos de manteles, indicadores de asiento, mesas, sillas, regalos para los invitados y esmóquines -miró su reloj-. Tenemos hora en el sitio de los manteles, así que vayamos allí primero.

Le dio la dirección y ella se incorporó a la carretera. El coche respondía de maravilla, el motor ronroneaba suavemente y sentía la fuerza que esperaba agazapada a sólo una presión de su pie. Era un día cálido, el aire le revolvía el cabello y se sentía feliz.

-Podría acostumbrarme a esto -dijo.

-¿Te tienta el lado oscuro?

-Es más que una tentación -sonrió ella.

Era obvio que no podía permitirse un coche como ése, pero quizá sí un descapotable de segunda mano. También sería divertido.

-Gracias -le dijo, entregándole las llaves cuando aparcó ante la tienda de alquiler de manteles y bajaron del coche-. Ha sido fantástico.

-Cuando quieras.

-No lo dices en serio. Aun así, me impresiona que me hayas dejado conducir. Estás muy seguro de ti mismo.

-Soy uno de esos hombres tipo macho.

Ella soltó una carcajada.

-Por no hablar de modesto. Eres muy modesto.

Entraron en la sala de exposición.

-He llamado antes -le dijo Todd-. Han preparado mesas para nosotros. Podemos hacernos una idea de qué colores van bien juntos y de cómo de formal o informal queremos que sea el conjunto.

-Haré fotos -ella sacó la cámara del bolso.

Entraron en la sala y vieron casi una docena de mesas puestas para una cena. De distintos colores, con vajilla y un centro de mesa a juego.

Se presentaron al empleado y él los invitó a pasear y hacerse una idea de lo que querían.

Marina fue directa hacia una mesa redonda con mantel rosa pálido y elegantes servilletas amarillo claro. Los platos eran color crema, con borde plateado. El centro de mesa era una composición de flores rosas y amarillas que caían sobre la mesa. Incluso sentdos, los invitados podrían verse unos a otros y los colores eran cálidos y alegres.

-Me gusta ésta -dijo. Comprendió que hablaba sola. Todd estaba al otro lado de la habitación, ante una mesa de tonos rojo oscuro y

morado.

Ella hizo una mueca cuando se acercó. La vajilla era negra, las servilletas oscuras y las flores parecían dignas de una pesadilla, en vez de una boda.

-Es elegante -dijo él, cuando ella se acercó.

-Da miedo. No creo que haya muchos niños, pero ¿y si los que vengan tienen un ataque de pánico?

Él echó un vistazo a la que le había gustado a ella.

-¿Qué te parecería no elegir una mesa digna de la comida del Domingo de Resurrección? Julie dijo elegante pero discreta. Los conejitos de Pascua y los huevos de colores no entran en esa categoría.

Marina miró la mesa que le había encantado.

-Bueno, tal vez sea un poco pálida, pero ésta es horrible. No me gusta el centro de flores tan alto. Nadie verá a quien tenga enfrente.

-Eso estaría bien si no te gustara la persona.

-No podemos garantizar que ése vaya a ser el caso -sonrió ella-. ¿Qué te parece ésa?

Señaló una mesa en rosa oscuro, con matices verdes. La vajilla de porcelana color crema proporcionaba un fondo neutro para los platos de ensalada y postre, que tenían dibujos verdes. El centro de mesa era más botánico que floral, y lo bastante bajo para no interponerse a la vista.

-No es recargada. Está bien -dijo Todd tras estudiarlo-. Los colores son un poco femeninos, pero el verde está bien. Me gusta el centro de mesa.

-Es distinto a lo normal -murmuró Marina, empezando a hacer fotos-. Rosa y verde serían buenos colores, y el crema conjunta muy bien.

Sacó fotos de las demás mesas, pero se concentró en la que les había gustado a los dos. Después fueron al empleado y le pidieron la lista de precios.

Todd la sujetó de modo que ambos la vieran. Los precios estaban desglosados por tipo de alquiler y por número. Cuantas más unidades, menor el precio.

-No hemos pensado en las copas -dijo ella.

-La verdad, no creo que a Ryan le importe. Si dentro hay vino y champán, estará contento.

-¿No vas a discutir por principio?

-No, sólo para mantener el interés.

Estaban muy cerca el uno del otro. Tanto que sus brazos se rozaban. Marina era consciente de cuánto más alto era Todd que ella y de cómo el calor de su cuerpo le provocaba un cosquilleo interno.

Se recordó que no quería sentirse atraída por Todd. Era culpa de

ese estúpido beso. Si no hubiera ocurrido, nunca lo habría visto como otra cosa que el amigo de Ryan y alguien a quien tendría que aprender a soportar en las siguientes semanas. El no se habría convertido en... un hombre.

-Mira, pueden recomendar una floristería -dijo ella, obligándose a centrar la mente en lo que tenían entre manos-. Eso está bien. Necesitamos más recomendaciones. El alquiler de las sillas no está mal. Pero vamos a necesitar fundas.

-Cuestan cuatro dólares cada una -rezongó él-. Si pedimos doscientas sillas, son ochocientos dólares por echarles un trozo de tela por encima. ¿No pueden ser sillas desnudas?

-No -le dio un golpecito en el brazo-. Quedan mejor con funda.

-Ryan y yo nos hemos equivocado de negocio. Si alquilan esas fundas dos veces por semana, incluso te niendo en cuenta la compra inicial y la lavandería, ganan dinero a montones.

-Pues invierte en el negocio de las bodas.

-Es demasiado emocional -él miró a su alrededor y movió la cabeza-. Prefiero lanzar una empresa de alta tecnología, sin dudarlo.

-Pero podrías expandirte. Diversificar.

-Puede -dijo él, dubitativo.

-¿Cómo empezaste tu empresa? ¿Te despertaste una mañana y dijiste «Eh, voy a ser inversor»?

-No exactamente. Ryan y yo teníamos un amigo en la universidad. Tenía una gran idea para desarrollar un programa informático, pero no tenía dinero para producirlo ni hacer la campaña de ventas. Decidimos financiar su negocio.

-¿Utilizasteis vuestra paga semanal?

-No, el dinero de nuestro fideicomiso.

-Ah, claro -ella asintió comprensiva-. Eso es lo que hago yo cuando me quedo sin fondos. Es muy útil tener ese billón extra cuando hace falta.

-Disfrutas burlándote de mí, ¿verdad?

-Es bastante divertido.

-La empresa fue un éxito -dobló la hoja de la lista de precios y se la dio-. Para cuando nos graduamos, Ryan y yo habíamos ganado nuestro primer millón de dólares.

A ella le pareció impresionante, pero no estaba dispuesta a admitirlo ante él.

-¿No sientes a veces que haber nacido con la cuchara de plata en la boca te asfixia un poco?

Él ignoró el comentario sarcástico.

-Los dos devolvimos el dinero a nuestro fideicomiso con intereses y no hemos tenido que volver a echar mano de él. Nuestra empresa

nunca ha dejado de tener beneficios desde entonces.

Así que, obviando el capital inicial, había ganado su fortuna del modo tradicional. Marina nunca lo habría adivinado.

-¿Cometiste algún error?

-Unos cuantos. Por suerte, no demasiado caros. No todas las empresas nuevas triunfan, y todos los expertos del mundo pueden equivocarse. Pero tenemos buenos instintos, que no suelen fallar.

Ella pensó que además tenían dinero.

-No me extraña que te consideren un soltero de oro. ¿Cómo has sobrevivido todo este tiempo sin que te atrape una jovencita con empeño?

-Me he quemado las veces suficientes como para no confiar en nadie -sonrió, pero su mirada se mantuvo fría y distante.

-Eso no puede ser divertido -dijo ella, preguntándose si los dos tenían el mismo problema, pero por razones distintas-. ¿Cómo puedes acercarte a alguien si no confías?

-No necesito acercarme para conseguir lo que quiero.

-Pero debe de ser muy solitario -dijo ella, pensando que tenía sentido, pero también era triste.

-En tu vida no hay ningún hombre. ¿Te sientes sola?

-No -no exactamente. A veces quería más, pero el precio que había que pagar siempre la asustaba.

-Entonces no somos tan distintos -apuntó él.

-Excepto por los millones y porque tú sales con modelos, somos casi gemelos separados al nacer.

-Nunca vas a dejar de restregarme lo de las modelos, ¿verdad?

-Hum... creo que no.

La tienda de los esmóquines era elegante y estaba bien iluminada. No se parecía nada a una tienda de un centro comercial. Marina se sintió mal vestida para la ocasión, sobre todo cuando una despampanante morena de veintitantos años salió de detrás del mostrador con un modelito que debía de costar tanto como el alquiler mensual que pagaba Marina.

-¿Puedo ayudarle? -preguntó, mirando a Todd.

-Venimos a ver esmóquines -dijo él-. Para una boda.

-¿La tuya? -la mujer, Roxanne, según rezaba la tarjeta que llevaba en el pecho, soltó un suspiro.

-No. Soy el padrino. El novio está fuera del país. Se supone que debo elegir por él.

-Entiendo -Roxanne clavó sus ojos verdes en Marina-. ¿Y tú?

-Soy la hermana de la novia. Tengo voto.

-Fantástico.

Roxanne volvió a centrar su atención en Todd. Marina tuvo la sensación de que a ella no volvería a mirarla.

-Tenemos una fantástica colección de esmóquines -dijo Roxanne, con voz sedosa-. En venta o alquiler. ¿El novio tiene tu talla?

-Creo que sí, ¿no? -Todd miró a Marina.

-Casi igual -asintió Marina-. Queremos algo sencillo, pero elegante. Por desgracia aún no han elegido los colores, así que no podemos encargarlos ahora.

-No importa -Roxanne siguió mirando a Todd-. Puedes probarte lo que quieras, elegir y volver.

Marina tuvo la sensación de que a Roxanne no le importaría que Todd volviera a diario.

Los tres fueron hacia los percheros de exposición de esmóquines. Roxanne miró a Todd de arriba abajo y eligió varios modelos.

-Hay distintos colores, claro -dijo-. Negro, varios tonos de gris y algunos de otros colores, como azul oscuro.

-Negro o gris. Buscamos esmóquines normales. Con pajarita y faja.

-Yo prefiero chaleco -opinó Marina. Todd la miró, pero Roxanne no.

-¿Chaleco? -sonó dubitativo-. Nunca me pongo chaleco.

-¿Cuántas veces te pones esmoquin? Las fajas me recuerdan a un baile de fin de curso. Un chaleco puede ser muy elegante.

-Vale, pero entonces corbata normal. Un chaleco y pajarita me haría sentirme como un abuelo.

-Y desde luego no lo eres -Roxanne pasó una mano por su brazo.

-Pruébate las dos cosas -sugirió Marina, controlando un sonido de disgusto.

-Deja que te mida -Roxanne se interpuso entre ellos y sacó un metro del bolsillo de su ajustada chaqueta-. Deja los brazos a los costados y relájate.

Marina se apoyó en el mostrador mientras Roxanne se concentraba en medir a Todd. Hubo tanto toqueteo que hasta Todd empezó a parecer incómodo.

-Muy bien -dijo ella cuando acabó por fin-. Vamos a un probador a ver cómo van las cosas.

-Espero que no haga ruido -dijo Marina cuando ella se fue a por las prendas-, porque me avergüenzo fácilmente. Si los dos empezáis a gemir, me voy. Dame las llaves del coche para que pueda huir.

-No vas a ir a ningún sitio -Todd la agarró del brazo-. Esa mujer me asusta.

-Vamos -se rió ella-. ¿El millonario grande y malo asustado por la chica de la boutique? Pobrecito Todd.

-Esto te parece divertido -él achicó los ojos.

-Lo es.

Sería distinto si tuviera una relación con él. Entonces la actuación de Roxanne la desconcertaría. Tal y como estaban las cosas, podía divertirse un montón.

Sentía un leve pinchazo en el estómago, pero no iba a preocuparse. No eran celos. No podían serlo. Se trataba de Todd. Alguien que no la interesaría ni en un millón de años.

Él la agarró del brazo y la metió dentro del probador. Enorme y con una silla de madera.

-Siéntate -ordenó-. A ver quién se ríe ahora.

-¿Perdona? -ella se cruzó de brazos-. No puedo sentarme aquí y ver cómo te desvistes -se sonrojó sólo de pensarlo. Bajó la voz-. Apenas te conozco.

-Llevo ropa interior -dijo él-. ¿Qué problema hay? Imagina que estamos en la playa. No pienso quedarme solo con esa mujer.

-¿Quieres que te proteja? -comprendió que lo decía en serio y no supo si lanzar una risa histérica o quedarse anonadada.

-Desde luego que sí.

Ella controló una sonrisa a duras penas.

-De acuerdo. Si es tan importante para ti, me sentaré ahí mientras te cambias. Pero me siento decep cionada. Pensé que se te darían mejor las mujeres. Otra esperanza rota. Más desilusiones como ésta y necesitaré terapia.

-Conozco a ese tipo de mujer -la miró airadoNo aceptará un no como respuesta.

-Y el millonario grande y malo no quiere herir sus sentimientos -se burló ella, con voz infantil.

Él frunció el ceño, pero antes de que pudiera contestar llegó Roxanne con varios esmóquines. Se detuvo al ver a Marina en el probador.

-¿Vas a ayudar? -preguntó con una voz que sugería que eso era imposible.

-Por supuesto -dijo Todd-. Marina tiene un gusto impecable.

-Es incapaz de hacer nada sin mí -apuntó Marina con una sonrisa-. Se siente desvalido.

Todd la fulminó con la mirada y ella tuvo la sensación de que tendría que pagar por sus palabras después, pero le daba igual. Estaba viendo un aspecto de él que nunca habría imaginado y pensaba disfrutar de cada segundo.

No sólo verlo como alguien con faltas y debilidades, sino como alguien mucho más interesante de lo que había pensado al principio. Roxanne colgó las prendas de un gancho y salió del vestuario.

Hasta que él se quitó la corbata y empezó a desabrocharse la

camisa, ella no fue consciente del detalle que se le había escapado. El probador era enorme, pero pequeño si se tenía en cuenta que Todd y ella apenas se conocían y que él estaba a punto de desvestirse delante de sus narices.

Él había dicho que imaginara que estaban en la playa. En teoría, sus calzoncillos no iban a desvelar más que un bañador, pero no estaban en la playa y un tipo guapo se estaba desnudando. No sabía si debía mirar, o no mirar.

Él se quitó la camisa. Tenía el pecho ancho, musculoso y bien definido. Le gustó el vello que descendía hasta el ombligo. Pero cuando él se llevó la mano a la cinturilla del pantalón, bajó la vista al suelo.

-Ryan ya puede darme las gracias por esto -masculló Todd.

-Ya encontrarás la manera de que te pague el favor -dijo ella. Llevaba calcetines oscuros, nuevos. Oyó un crujido de tela y él se subió los pantalones del primer esmoquin. Por fin estaba a salvo.

Decidió distraerse ocupando las manos. Le dio la camisa, descolgó la chaqueta de la percha y estudió la trama del tejido.

-¿Chaleco o faja? -dijo Roxanne desde el umbral y ofreciéndole ambas prendas.

-Chaleco -dijo Marina, aceptándolo y dándoselo a Todd-. Has dicho que probarías.

Él gruñó, pero se lo puso. Marina admiró cómo el corte enfatizaba la anchura de sus hombros y sus caderas estrechas. Sintió un cosquilleo en el ombligo.

Roxanne le dio una corbata y él se la anudó al cuello. Después se puso la chaqueta.

-Aquí fuera hay un espejo de tres cuerpos -dijo Roxanne.

El la siguió a la zona central de los probadores. Se situó ante el espejo y estudió su imagen.

-¿Qué te parece? -preguntó.

-Magnífico -ronroneó Roxanne, situándose detrás de él y empezando a estirar los hombros y el bajo de la chaqueta.

Marina estaba de acuerdo, aunque empezaba a enfermarla que la otra mujer tocara a Todd por todos lados. Era una boutique, no un salón de masaje. Determinada a mostrar su madurez y dejar que Todd solucionara el problema, ignoró a Roxanne.

-Me gusta el chaleco -dijo.

-A mí también -afirmó Todd-. Entiendo tu idea. Es menos tradicional que la faja, pero muy elegante. No podemos encargar nada

hasta que Julie y Ryan elijan los colores, pero podemos darles ideas.

-Tenemos una página web -dijo Roxanne, inclinándose hacia él y clavando los pechos en su espalda-. Apuntaré el número de la prenda para que tu amigo pueda ver el modelo en Internet. Si le queda la mitad de bien que a ti, va a ser una boda espectacular.

Marina se tragó un gruñido.

-Fantástico -Todd se apartó de Roxanne-. ¿Por qué no vas a buscar esa información ahora?

Ella aceptó a desgana. Cuando se marchó, él se volvió hacia Marina.

-Se supone que estás protegiéndome.

-Eres lo bastante grande para protegerte solito.

-Se supone que somos un equipo. Yo correría a ayudarte a ti.

Ella no sabía qué quería que hiciera. Tal vez que aparentase celos. Podía ser todo cuestión de ego. Igual necesitaba que todas las mujeres del planeta babearan por él para dormir por la noche. Y cabía la posibilidad de que realmente se sintiera incómodo.

Aunque quería creer lo mejor de él, su reputación lo impedía. Debía de estar burlándose de ella. Pero ella también podía jugar. Haría que se arrepintiera de haberla arrastrado a ese juego.

Fue hacia él, agarró su chaqueta y tiró de él. Se puso de puntillas, le rodeó el cuello con un brazo y puso la boca sobre la suya.

Estaba empeñada en que fuera mucho más que el breve beso que habían compartido antes. Quería darle una lección. Así que entreabrió los labios y se apretó contra él como si fuera en serio.

Tras un segundo de inmovilidad atónita, Todd la rodeó con los brazos y le devolvió el beso. Rozó sus labios y luego se introdujo en su boca.

Lo hizo con determinación, como un hombre con un objetivo. Sabía a café y a menta, y sabía besar.

En cuanto la lengua de él tocó la suya, la pasión se desató. Fue una sensación tan intensa que pensó que el edificio iba a temblar. La mezcla de calor, necesidad y placer en cómo exploraba su boca, en el baile de caricias, avances y retiradas la cegó. No podía pensar, así que se concentró en reaccionar.

Echó la cabeza hacia atrás y le devolvió el beso. Cuando él deslizó las manos por su espalda, ella exploró sus hombros y después sus brazos. Era puro músculo y calidez. El enredó una mano en su cabello y tiró, echando su cabeza hacia atrás. Ella le dejó hacer y él la recompensó besando su cuello.

Los besos hambrientos y húmedos le dieron ganas de gemir. Todo su cuerpo se tensó y sus senos se hincharon. Deseó estar tumbada de espaldas, en cualquier sitio. Lo quería entre sus piernas, tomándola con fuerza y rapidez, sin pensar en las consecuencias.

Ese pensamiento, que nunca había tenido antes, la anonadó. Se apartó justo cuando oía a una persona muy irritada aclararse la garganta. Se dio la vuelta y vio a Roxanne en la entrada de los probadores.

-Vosotros dos deberíais buscar una habitación -dijo la dependienta, con voz gélida.

-Es una idea interesante -dijo Todd.

Roxanne se dio la vuelta y se marchó.

Marina se quedó parada, sin saber qué pensar y, menos aún, qué decir. Eso sí que había sido pasión inesperada. Y embarazosa.

Se le ocurrieron varios comentarios, pero todos le parecieron estúpidos. Incluso si no lo hubieran sido, no estaba segura de poder hablar. Tenía la garganta seca y tensa, y temía que su voz sonara jadeante.

-Marina... -empezó Todd.

Ella alzó una mano para silenciarlo, tragó saliva y se obligó a mirarlo. Comprendió que había sido un error al ver su deseo en los ojos oscuros. Miró su boca... una boca que obviamente podía volver loca a una mujer, besara donde besara.

-Te estaba dando una lección -dijo ella, con voz temblorosa-. Al menos eso pretendía.

-Tú tampoco eres lo que yo esperaba.

-No eres mi tipo -siguió ella, preguntándose si lo que había dicho él era bueno o malo-. Quiero planificar la boda de mi hermana. Nada más.

Sus miradas se encontraron. Parte del deseo había desaparecido, pero seguía habiendo suficiente como para desear lanzarse contra él y empezar de nuevo.

-Estoy de acuerdo -dijo él.

Ella tardó un segundo en comprender que respondía a lo que había dicho, no a lo que estaba pensando.

-Así que esto no ha ocurrido -le dijo-. Nada.

-Ha ocurrido algo. Pero podemos ignorarlo..., si es lo que quieres.

Marina pensó que era la mejor respuesta que iba a sacarle. Lo dejó solo para que volviera a vestirse y salió a esperarlo junto al coche.

Lo que la preocupaba no era haber disfrutado del beso. Era saber que había estado dispuesta a entregarse sin conocerlo. Sin sentimientos. El nivel de pasión que había sentido la asustaba.

Todd era mucho más interesante de lo que había imaginado. La sorprendía que le gustara. Desearlo era aún más sorprendente. Pero juntos? Imposible.

No podía permitirse enamorarse de alguien como él. Eso la destruiría. Lo había visto y conocía el precio.

Para: Marina-Nelson@mynetwork. LA. com

De:

¿ Qué quieres decir con que besaste a Todd? No puedes escribir «por cierto, hoy besé a Todd» y enviarlo sin más. ¿Lo besaste? ¿En la boca?

¿Por qué? Tú no eres así. ¿No será por lo del millón de dólares? Por favor, di que no. Tampoco eres así. ¿En fue? Espera, no estoy segura de querer saberlo.

No es tu tipo. Siempre te enamoras de tipos dulces y atolondrados que quieren salvar el mundo. El sale con modelos. ¿Lo recuerdas? ¿Estás bien?

Hablando de otro tema, nos encanta la combinación verde/rosa para la boda. Id a por ésa, pero que no sea todo demasiado conjuntado, por favor.

Para: Julie_Nelson@SGC.usa

De: Man*na-Nelson@mynetworh.LA.com

Estoy perfectamente. El beso ocurrió sin más. Es una larga historia; creí que estaba jugando conmigo y lo besé. No lo habría mencionado, pero pensé que si él se lo decía a Ryan y él a ti, te enfadarías porque no lo había hecho yo. Nada más. Aunque, ahora que lo pienso, Todd no es del tipo que alardea de esas cosas.

En cuanto al beso, no fue más que un beso. Agradable. Sé que no es mi tipo. No te preocupes.

Me alegro de que hayas elegido los colores. Eso facilitará la planificación. A mí también me encanta el rosa/verde. Te juro que no será todo demasiado conjuntado. Utilizaremos distintos tonos y variaciones del tema. Será fabuloso.

Para: Man*na-Nelson@mynetwork.LA.com

De:

¡OH DIOS ¿ Ya sabes a qué tipo pertenece Todd? ¿ Qué más sabes y no me estás diciendo? ¿ Qué más está ocurriendo? Más te vale no enamorarte de él, Marina. Lo digo en serio. Estoy a miles de kilómetros y me lo perdería todo.

Para:

De: Man*na-Nelson@mynetworh.LA.com

Besitos. No sufras. No me estoy enamorando de Todd en absoluto. No tienes de qué preocuparte.

Capítulo Cinco

Todd sorteó lentamente el tráfico de la zona universitaria y aparcó junto a la acera. Echó un vistazo a la multitud de estudiantes y vio a Marina hablar con una joven. No hablando, sino haciendo señas.

Las dos mujeres estaban una frente a otra y sus manos se movían con un grácil baile indescifrable para él. Marina echó un vistazo por encima del hombro, lo vio y saludó con la mano. Después señaló el coche e hizo unas señas a su amiga. La mujer asintió, se dieron un abrazo y Marina fine hacia él.

La observó caminar. Con sus vaqueros y su camiseta de manga larga, encajaba con los estudiantes que la rodeaban. Admiró el movimiento de sus caderas y después el de su largo cabello dorado. Parecía un anuncio de algún producto sexy. «Compra lo que sea y conseguirás una chica como ésta».

-Hola -saludó ella, abriendo la puerta del acompañante y sentándose-. ¿Vas a volver a dejarme conducir?

-No. Demasiado poder se te subiría a la cabeza.

-Típico -farfulló ella, abrochándose el cinturón de seguridad-. ¿Por qué todos los hombres son así? No des a las pobres féminas demasiado poder o responsabilidad. No sabrían manejarse.

-Las mujeres controlan la mayor parte de la riqueza en este país.

-Ese dato me hace sonreír cada vez que lo oigo. Sé que no quieres que conduzca porque mi destreza supone una amenaza para tu virilidad.

-No por mucho tiempo. Estoy en terapia.

Ella se echó a reír y él la imitó. Su último encuentro había sido en la tienda de esmóquines, donde ella lo había besado, dejándolo con ganas de más. Aún no había decidido qué haría, si hacía algo, sobre ese deseo. Por el momento le bastaba con disfrutar de la compañía de Marina.

Mientras se incorporaba al tráfico intentó recordar la última vez que había deseado estar con una mujer. Sólo estar con ella, charlar y bromear, sin contar los minutos que faltaban para llevarla a la cama.

No era que no quisiera acostarse con Marina, claro que quería. Pero también le gustaba.

Y eso sí que no le ocurría hacía mucho tiempo. Casi había olvidado la sensación. No confiaba en ella, ni en ninguna mujer. Pero había estado deseando pasar el día con ella desde la última vez que la vio.

-¿Cómo te interesaste por el lenguaje de señas?

-Me avergüenza admitir que al principio aprendí porque una de mis amigas tenía un hermano guapo y sordo. Yo tenía unos catorce

años. era mayor y muy serio, y pensé que por dentro sería profundo y fascinante y que se enamoraría locamente de mí si podíamos comunicarnos. Tomé una clase de lenguaje de señas y me gustó, así que seguí.

-¿Qué pasó con el tipo?

-Resultó ser un auténtico imbécil que, por desgracia, era sordo. Aun así, me alegro de que me hiciera dar el paso. Me hice intérprete homologada. Fue un buen trabajo temporal mientras estudiaba -miró su reloj-. Siento tener que partir el día por la mitad.

-No es problema.

-Es una clase importante. Te agradezco que seas flexible.

-No seré yo quien se interponga en la educación de alguien.

-Dicho como un auténtico miembro de la elite.

Iban hacia otra empresa de catering a hacer una degustación, y después a casa de él a entrevistarse con una florista.

-Ahora que Ryan y Julie han elegido los colores, podemos tomar algunas decisiones -dijo-. Se lo comuniqué ala florista y traerá algunas muestras.

-Bien. Creo que la combinación verde rosa dará mucho juego. Las cosas para chicos pueden ser verdes y las de las chicas rosa.

-Y todo el mundo estará contento.

-Exacto -sonrió ella.

El frenó en un semáforo y le devolvió la sonrisa.

-Lo del otro día fue todo un beso -dijo él, mientras se estaban mirando.

Los ojos de ella se ensancharon y el color tiñó sus mejillas. Desvió la vista y miró por la ventanilla.

-Sí, bueno, dijiste que necesitabas protección.

Él se había preguntado qué había pensado del beso y si le había parecido tan intensamente erótico como a él. Supo que la respuesta era que sí. También que se sentía algo avergonzada; se preguntó por qué.

-No es que necesitaras protección -dijo ella, aún sin mirarlo-. Eres capaz de manejar a mujeres como ésa hasta dormido.

-Soy más interesante despierto -arrancó de nuevo-. No esperaba tanta pasión.

-Que sea inteligente y de ciencias no significa que no sea como el resto de la gente.

-No eres como el resto de la gente, pero eso está bien. No me quejo, Marina. Me gusta cómo eres.

-Ah. Bien. Aunque no es que me importe tu opinión.
-Claro que no.
-Sí que fine un beso apasionado -admitió ella.
-Estoy de acuerdo. Puede que necesite que me rescates más tarde.

-No lo creo. Puedes salvarte sin mi ayuda.

-Eso es un poco frío de tu parte.

-Aguántate.

Él soltó una risita y ella sonrió. Después empezó a hablar de lo que había dicho Julie sobre cómo situar a los invitados. Pero él estaba pensando en otro tema más interesante. En llevarse a Marina a la cama.

La deseaba. Eso era indudable. Sabía que estarían muy bien juntos. Había descubierto que el primer beso decía mucho sobre química, compatibilidad y deseo. Marina y él puntuaban más de diez. Pero acostarse juntos no sería muy inteligente.

Para empezar, estarían vinculados el resto de su vida. Entre que su tía política era abuela de ella y que su hermana iba a casarse con su primo, iban a verse a menudo. Practicar el sexo haría más incómoda una situación ya complicada en sí misma.

Por otro lado, ella no era su tipo. No jugaba con los hombres y él no creía en ir en serio con las mujeres. Era mejor dejar las cosas como estaban.

Pero había sido un gran beso. Pensar en él lo había desvelado las dos últimas noches y eso no le había ocurrido... nunca.

Marina miró el pequeño plato de pasta que tenía ante sí. Aunque apreciaba la presentación artística, empezaba a ponerse algo paranoica.

-¿Es cosa mía o todos los platos llevan alguna salsa de nata por encima? -le susurró a Todd.

-No eres tú -contestó él-. El aliño de la ensalada, la sopa cremosa, el pollo, el pastel de cangrejo.

-Y ahora la pasta -murmuró ella-. Si elegimos este sitio, habrá que usar el blanco como pincelada de color.

Pasó el tenedor por los perfectos fetuccini. No podía quejarse de la comida en sí. Las gambas eran finas, las verduras estaban en su punto y la salsa era una decadente mezcla de nata, queso y especias, pero aun así...

-Podemos irnos -dijo él.

-¿Odias la comida?

-No. Está buena. Es sólo...

-;Excesiva?

-Exactamente -asintió él.

Unos minutos después llegaron las muestras de postres. Marina consiguió contenerse mientras la anfitriona explicaba cada plato, pero se echó a reír en cuanto la mujer volvió a la cocina.

-¿Qué va a ser? -Todd alzó las cejas-. ¿La tarta de chocolate fundido con crema? ¿Las frutas del bosque con nata? ¿El pudin con crema de chocolate? ¿O la selección de sorbetes con nata y jengibre?

-Está delicioso -dijo ella, probando el pudin-. Fabuloso de verdad.

-Me gusta la comida -dijo él, dubitativo.

-A mí también. Pero es demasiado pesada. Mi estómago empieza a sentirse raro. Quizá la dueña fue una vaca en otra vida y toda esta nata sea su forma de volver a sus raíces.

-Lo que has dicho es raro, incluso para ti -dijo Todd.

-Sólo buscaba una explicación. Escribiré ajulie, le diré que la comida es fantástica, pero que todo tiene nata en cantidad. Que decidan ellos.

Se pusieron en pie. Ella se puso una mano en el estómago.

-¿Podemos parar en un supermercado? Me muero por un refresco para quitarme el sabor a salsa de nata.

-Estoy contigo.

Después de su clase, Marina fue a casa de Todd para reunirse con la florista. Aunque había estado ante la verja unos meses antes, no había visto la casa principal de cerca hasta ese momento.

Cruzó la verja de hierro forjado y miró la gigantesca mansión de cuatro plantas. Había docenas de ventanas con tejadillos a dos aguas.

-Y yo creía que la casa de la abuela Ruth era impresionante -farfulló para sí.

Los jardines estaban muy cuidados y parecían interminables. Cuando aparcó ante la casa, su coche pareció un juguete que un niño hubiera dejado fuera por descuido.

Sabía que los ricos eran diferentes, y que Todd era rico, pero hasta ese momento no había comprendido hasta qué punto lo era. Debían de ser billones.

Fue hacia la enorme puerta y se miró los vaqueros. Quizá debería haberse vestido para la ocasión. Justo entonces la puerta se abrió y

apareció Todd.

-¿Ya lo has visto todo? -preguntó.

-Aún no. ¿Haces visitas guiadas los miércoles?

-Sólo para algunos elegidos. Entra.

Se había quitado el traje y también llevaba vaqueros y una camisa de manga larga. Eso debería haber hecho que se sintiera más cómoda. Pero estaba demasiado guapo, todo músculo y virilidad. No sabía qué admirar, si su trasero o la elegante casa.

Entró en el vestíbulo de suelos de mármol y resistió el impulso de quitarse los zapatos. Era grande, de forma ovalada y había un piano de cola junto a la escalera. Sin duda, cualquier vestíbulo que mereciera ese nombre debía tener sitio para un piano. Había muebles increíbles, que debían de ser antigüedades, y cuadros que parecían auténticos e importantes.

-¿Qué estás pensando? -preguntó Todd, cerrando la puerta.

-Me preguntaba cuántos dormitorios tiene la casa.

-Más de diez.

-Vale. Bien. Entonces, ¿alquilas parte a familias numerosas o simplemente invitas a países pequeños a instalarse aquí?

-Depende de cómo ande de dinero para el mes.

Él bromeaba, pero había algo raro en su expresión.

-¿Estoy reaccionando mal? -preguntó ella-. ¿De hería fingir que no estoy impresionada e incluso un poco intimidada?

-Sólo es una casa.

-Es una casa muy grande y vives aquí solo. Eso es un poco raro.

-Crecí aquí. Es grande y cara de mantener, pero ha pertenecido a mi familia durante tres generaciones y ahora es mi responsabilidad.

-Es casi como un gran hotel -miró las enormes lámparas de araña y los jarrones de flores frescasEnséñame el albornoz de lujo y el servicio de habitaciones y me mudaré aquí.

-No tenemos servicio de habitaciones.

-Entonces olvídalo -suspiró ella-. El servicio de habitaciones es esencial -lo miró-. ¿Cómo suelen reaccionar? ¿Las demás mujeres?

-Empiezan calculando qué compensación se llevaran cuando se acabe el matrimonio.

-Ay. No todas habrán salido contigo por el dinero. A algunas debes de haberles gustado.

-No eres nada buena para mi ego -se rió él-. Les gusto a muchas de las mujeres con las que salgo. El dinero es sólo un gran plus -puso un brazo sobre sus hombros y la condujo hacia un arco-. No suelo

enseñarles la casa.

-Yo tampoco lo haría. No hasta ir en serio. Las que te quieran por tu dinero no serán capaces de seguir disimulándolo y las demás se asustarán.

-Tú no estás asustada.

Estaban lo bastante cerca para que ella sintiera el calor de su cuerpo y eso le hizo recordar cómo se había sentido en sus brazos. Cómo la había besado y provocado un cosquilleo en todo el cuerpo.

-No estamos saliendo juntos -le recordó. Y si dependía de ella, no lo harían nunca. Todd era demasiado peligroso para su paz mental. Nunca había creído que un tipo la asustaría, pero él la aterrorizaba.

Deseó que no la atrajera tanto. A desgana, se liberó de su brazo.

Llegaron a una enorme sala de estar. Aunque había dos sofás de módulos, un par de aparadores, mesitas auxiliares y un escritorio, la habitación parecía despejada.

-Bonito -dijo ella, admirando los colores cálidos y el ambiente acogedor-. Tienes decoradores.

-Por supuesto. Soy un hombre típico. Si dependiera de mí, el mundo entero sería de color beige.

Se oyeron unas campanillas en la distancia.

-El timbre -dijo él-. Debe de ser la florista. Siéntate y la traeré aquí.

Ella fue hacia uno de los sofás y se sentó. A la derecha había un carrito de bebidas de madera tallada. En vez de licores, contenía una selección de refrescos, hielo, agua y algunos aperitivos.

-Debe de haber un ama de llaves o cocinera en algún sitio -murmuró ella, poniendo hielo en un vaso y abriendo una lata de su refresco favorito. Todd no podía haber organizado eso.

No podía ni empezar a imaginarse cómo habría sido crecer en un lugar así. Aunque era una casa de película, tenía la sensación de que no debía de haber sido cómoda para un niño. Todd era hijo único. Ese tipo de casa pedía a gritos un montón de niños. Se preguntó si se habría sentido solo.

Todd regresó con una mujer diminuta de edad indefinida. Tenía los brazos cargados de libros y carpetas y ella llevaba dos cestas con docenas de flores.

-Marina, ésta es Beatrice. Beatrice, Marina es la hermana de la novia.

-Es encantador que estéis planificando la bodajuntos -dijo la mujer con una sonrisa. Miró a su alrededor y se volvió hacia Todd-. Quizá sería mejor instalarnos en un comedor o algo así.

-Desde luego. Por aquí.

-¿Quieres beber algo? -preguntó Marina.

-Agua, por favor -dijo Beatrice tras echarle un vistazo al carrito-. Mineral, si hay.

Marina puso hielo en otro vaso, agarró una botella de agua y los siguió. Mientras pasaban de la sala al comedor, se preparó para sentirse intimidada.

Hizo bien, porque el comedor podía acomodar a unas treinta personas, aunque en ese momento sólo había doce sillas alrededor de la mesa. Sin embargo, por su situación en el centro de la habitación y el número de patas agrupadas, adivinó que tenía al menos ocho extensiones.

Todd colocó los libros en la mesa y Beatrice empezó a sacar docenas de flores.

-Tengo entendido que los novios ya han elegido los colores -dijo, agrupando capullos-. Eso ayudará. Rosa y verde es una buena combinación. Tengo algunas ideas para algo distinto de lo habitual. Por ejemplo, aquí tenemos tulipanes rosas con gladiolos verdes. No es tradicional, pero son bellísimos.

Marina no entendía de plantas ni de flores, pero admiró los gladiolos. Los pétalos verdes eran exuberantes y el color quedaba perfecto con el rosa profundo de los tulipanes.

-Son increíbles -murmuró. Miró a Todd-. ¿Qué opinas?

-Bonito.

-¿Demasiado femenino? -sonrió ella.

-No entiendo de flores. Están bien.

Beatrice sacó un ramo más puntiagudo.

-Aquí tenemos bromelias, jengibre y anturio. Tampoco es tradicional, pero los colores son perfectos y quedan muy bien sobre una mesa -le dio a Marina una bola de flores de un tono verde amarillento-. Bolas de crisantemos. Muy elegantes. Pueden colgarse del respaldo de las sillas -dio a Todd un manojo de bayas verdes-. Bayas de hipérico. Un verde perfecto.

Sacó más y más flores, hasta que a Marina y a Todd no les cupieron más en los brazos. Después se centró en los libros.

-Tengo fotos de varias bodas. Os las enseñaré.

Les mostró docenas de fotos, explicando las distintas posibilidades.

-¿La ceremonia va a celebrarse en otra habitación? -preguntó Beatrice.

-Sí -asintió Marina-. Hay una habitación perfecta a un lado del salón de baile. Pondremos filas de asientos y allí también harán falta flores.

Beatrice empezó a hablar de lo que podían hacer, pero Marina no conseguía concentrarse. Se sentía acalorada y al mismo tiempo tenía escalofríos. Empezaba a molestarle el estómago. Sentía unos

retortijones extraños y náuseas. Dejó las flores en la mesa. Nunca había sido alérgica a nada, pero quizá el polen le estuviera afectando.

-¿Te encuentras bien? -preguntó Todd.

Su estómago se contrajo de nuevo y ella tuvo la sensación de que estaba a punto de vomitar.

-En realidad no. ¿Hay algún baño cerca?

-Desde luego -él también dejó las flores y guió a Marina fuera de la habitación-. Volveré enseguida -le dijo a la florista.

Al final de un corredor había un espacioso cuarto de baño de invitados.

-Es el estómago -dijo ella-. No sé qué me ocurre.

-No te preocupes. Yo manejaré a Beatrice.

-No creo que nadie pueda manejar a Beatrice -dijo ella, consiguiendo esbozar una sonrisa-, pero puedes intentarlo.

-Sal cuando te encuentres mejor.

-Seguro. Sólo tardaré un minuto.

Cerró la puerta y dos segundos después corrió hacia el retrete.

Marina no tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado. Ya había vomitado dos veces y tenía la desagradable sospecha de que volvería a hacerlo. Se sentía temblorosa y débil, tenía escalofríos y no recordaba haberse sentido tan mal en su vida.

Estaba sentada en el suelo de mármol con los ojos cerrados, preguntándose si tendría fuerzas para conducir de vuelta a casa. La tarea le parecía imposible en dos sentidos. Primero, dudaba poder llegar sin vomitar de nuevo; segundo, no parecía capaz de concentrarse en otra cosa que su malestar.

Oyó un golpecito en la puerta.

-¿Marina?

Reconoció la voz de Todd y se preguntó por qué tenía que haberle pasado eso precisamente allí. Con él presente.

-¿Sí?

-¿Cómo está tu estómago?

-Fatal. No entiendo qué me ocurre.

Yo sí. Intoxicación alimentaria. Todas esas salsas con nata.

Ella recordó lo que habían comido y gimió.

-¿Tú también?

-Puedes apostar. Me he librado de Beatrice. Vamos. Te llevaré a una de las habitaciones de invitados de arriba. Los baños son más cómodos y puedes tumbarte en una cama, entre episodios.

Ella dudó un segundo y _después se levantó. Tumbarse en una cama le parecía muy buena idea en ese momento. Abrió la puerta del baño y comprobó que Todd tenía un aspecto horrible. Estaba pálido, verdoso y tenía sombras bajo los ojos.

-Hacemos una pareja muy atractiva -murmuró, mientras él la agarraba de la mano y la llevaba hacia la escalera.

-Sacaremos una foto. Tenemos que darnos prisa. No sé cuánto tiempo aguantaré.

A pesar de lo mal que se sentía, ella se echó a reír.

-Tú sí que sabes hacer que una chica lo pase bien.

-No me digas. Por lo menos es viernes. No tienes clases durante el fin de semana, ¿no?

-No.

-Bien. Entonces puedes quedarte aquí el tiempo que quieras. Hay un teléfono en tu habitación si quieres llamar a alguien. Un albornoz en el armario. He puesto un par de camisetas mías sobre tu cama, para que puedas dormir más cómoda que con tu ropa.

Llegaron al descansillo de la segunda planta. Ella lo miró. Si había pensado en todo eso mientras se sentía tan mal como ella, era un tipo extraordinario.

-Gracias. Eso es más de lo que exige la cortesía.

-Van a ser unas cuantas horas horribles -se llevó la mano al estómago-. Nuestro cuerpo va a deshacerse de toda esa comida.

-Deberíamos...

Todd la cortó con un movimiento de cabeza.

-Tercera puerta a la derecha. Camisetas en la cama. Agua en la mesilla.

Después se dio la vuelta y corrió en dirección opuesta, hasta la puerta que había al final del pasillo.

Marina lo vio marchar y sintió el principio de una oleada en el estómago. Tampoco tenía mucho tiempo.

Fue a la habitación de invitados y lo encontró todo como él había descrito. Corrió al baño preguntándose si sobreviviría a ese día.

Capítulo Seis

Marina se despertó alrededor de las seis de la mañana del sábado. Había pasado un montón de tiempo en el cuarto de baño hasta medianoche, después se había metido en la cama y dormido como un tronco. Después de utilizar el cepillo de dientes nuevo que encontró en el baño, se puso un esponjoso albornoz que había en el armario y salió a buscar la cocina.

Pasó por el comedor, aún lleno de flores, y fue hacia la parte trasera de la casa. Entró en una cocina que habría satisfecho al chef más exigente.

Todd estaba allí. Llevaba un pantalón de chándal y una camiseta y no se había afeitado. Ella notó un movimiento en el estómago, pero ése no tuvo nada que ver con la comida y sí con el delicioso hombre que tenía delante.

-Buenos días -dijo, intentando actuar con normalidad. No entendía qué le estaba ocurriendo. Se trataba de Todd, un tipo al que casi despreciaba. Excepto que no podía hacerlo. El día anterior, estando tan mal como ella, se había preocupado de acomodarla antes de ir a encerrarse en su cuarto de baño.

-Hola. ¿Cómo te encuentras?

-Mejor. Tengo el estómago tan vacío que casi oigo coyotes aullar. ¿Y tú?

-Estuve vomitando hasta la una de la mañana. Luego me derrumbé. Voy a tomar una decisión ejecutiva y decir que no al catering de ayer.

-No pienso discutirla -se rió ella-. Nunca me había sentido tan mal.

-A riesgo de parecerte un pelele, ¿te apetece té y una tostada? Creo que es lo más que puedo soportar esta mañana.

-Suena genial. Seguramente necesitamos hidratarnos.

-Ayer nos libramos de mucho líquido.

-Y que lo digas -tocó el albornoz-. Me gusta. ¿Soy la primera mujer de habla inglesa que lo utiliza?

-Ibas a dejar en paz el tema de las modelos -él se apoyó en la encimera y se cruzó de brazos.

-No recuerdo haber dicho eso.

-Deberías -la miró de arriba abajo-. Es para invitados, no para citas. No suelo traer a mujeres aquí, ¿recuerdas?

-Pues tu coche es un poco pequeño para hacer esas cosas.

-Pareces sentir mucha curiosidad por mi vida personal -él enarcó una ceja.

-A los hombres les encanta hablar de sí mismos.

-Solemos ir a casa de ella.

-Entiendo. Así te resulta más fácil escapar cuando quieres y no les restriegas tu dinero por las narices.

-Exacto.

El hervidor de agua empezó a silbar y al mismo tiempo dos rebanadas de pan saltaron del tostador.

-¿Platos? -preguntó ella.

El señaló una hilera de armarios. Sólo le costó dos intentos encontrar platos pequeños. Dejó las tostadas en un plato y puso dos rebanadas más en el tostador, mientras Todd echaba el agua en la tetera. Ella miró por encima de su hombro y vio hojas de té frescas en una cestita.

-Muy mona. ¿Tuya?

-Por lo visto. Anoche le puse un correo electrónico a mi ama de llaves para preguntarle si teníamos té. Me dijo que sí y dónde encontrarlo.

Era increíble tener tantas cosas que uno no sabía dónde estaban. Marina pensó que pertenecían a mundos distintos. Muy distintos.

Se sentaron a la mesa redonda que había junto al ventanal. Ella mordisqueó una tostada y aceptó el tazón de té que él le ofreció.

-Es una casa interesante -dijo, tras beber un sorbo-. Un poco intimidante.

-Es verdad que no se olvida.

Ella miró su rostro, la sombra de barba en sus mejillas y mandíbula.

-¿Cómo sabes si les interesas tú? -preguntó-. Nada en tu vida es normal. ¿Cómo puedes estar seguro?

-No lo estoy. Hasta tú accediste a salir conmigo cuando tu abuela te ofreció un millón de dólares.

-¡Por favor! -ella puso lo ojos en blanco-. Sabes que eso es en broma. Aunque es fascinante que piense que tiene que pagar a alguien para que se case contigo. ¿Qué sabe ella que yo no sé?

-Voy a ignorar esa pregunta -afirmó él.

Marina tomó otro bocado de tostada y lo masticó lentamente. Por el momento, su estómago parecía estable, pero no quería arriesgarse a otro episodio.

-Tienes que haber estado seguro alguna vez -insistió-. Debe de haber mujeres en las que confíes.

-No quieres escuchar esto.

-¿Me-lo preguntas o lo afirmas?

-Estudié secundaria en un internado para chicos -clavó en ella su mirada oscura-. Ryan y yo. Mi primera novia fue una becaria de la escuela femenina que había al lado. Nos conocimos en un baile y me

enamoré de ella en segundos. Era lista, divertida y estaba loca por mí.

Marina no lo dudó un segundo. Tenía la sensación de que debía de haber sido el típico chico por el que todas se colaban.

-Su madre apenas podía pagar los gastos, trabajaba en una oficina. Jenny le habló de mí. Juntos, practicamos el sexo por primera vez -su rostro se tensó-. La madre de Jenny fue a ver a mis padres y les dijo que si no le pagaban doscientos cincuenta mil dólares, me denunciaría por violación. Jenny sólo tenía dieciséis años, así que tenía posibilidades de ganar.

Marina volvió a sentirse enferma, pero esa vez no tuvo nada que ver con una intoxicación alimentaria.

-No puedo creerlo. Es horrible. ¿Cuántos años tenías tú?

-Dieciséis. Pero eso daba igual. Mis padres pagaron y yo aprendí una importante lección.

Ella deseó decirle que había aprendido algo erróneo, que la gente no era así, pero pensó que tal vez sí lo fueran con él.

-¿Qué dijo Jenny? -preguntó.

-Lo sintió mucho, o eso dijo. Pero una semana después de que rompiéramos su madre le compró un coche. Eso pareció ayudarla bastante.

El sonaba aburrido y cínico, pero hablar del pa sado debía de estar doliéndole. Una experiencia como ésa debía de dejar cicatriz.

-Otra mujer con la que salí vino a decirme que estaba embarazada. Yo siempre tenía cuidado, pero no tenía razón para pensar que mentía. Hice lo correcto y le pedí que se casara conmigo. Ella siempre había hablado de una gran boda, así que sugerí que esperásemos hasta después del nacimiento del bebé, para planificar la boda con tiempo. Eso la asustó.

Marina se dejó caer en el asiento y cerró los ojos.

-Deja que adivine. ¿No estaba embarazada?

-No. Pero tenía una amiga que sí y fue ella quien le dio la prueba de embarazo que me enseñó a mí. Por lo visto su plan era quedarse embarazada cuanto antes o, si eso no funcionaba, «perder» el bebé antes de la boda. Los dos quedaríamos tan devastados por la tragedia que nos casaríamos de todas formas.

-Odio que haya gente como ella en el mundo -dijo Marina-. Aunque el dinero dificulte las cosas, debes de haber tenido buenas experiencias con mujeres.

-Algunas. Pocas. Pero nunca estoy seguro. De una manera u otra, siempre espero que al final admitan que todo es cuestión de dinero.

-Todd, eres un gran tipo -se inclinó hacia él-. Eres listo, divertido, encantador y no eres nada feo.

-Espera -él sonrió-. Necesito un momento para sentirme halagado

con lo de «nada feo».

-Sabes lo que quiero decir -ella soltó una risa-. No siempre es cuestión de dinero. Es imposible. No hay tanta gente horrible en el mundo.

-Antes de que Ryan se enamorase de tu hermana, salía con una madre soltera que tenía una niña adorable. Ryan estaba convencido de haber encontrado a la mujer perfecta. Estaba encantado con la niña y quería que ambas formasen parte de su vida, así que se declaró. Entonces un día la oí decirle a una amiga que había odiado tener una hija hasta que comprendió que la mayoría de los jóvenes ricos se chiflaban por ellas. Su plan era aguantar con Ryan un par de años, divorciarse y vivir de la manutención que él se ofrecería a pagarle.

-Entonces, ¿qué haces? -a Marina le dolió el corazón por Todd-. ¿Nunca confías? ;Nunca te encariñas? ¿Nunca te entregas?

-De momento, eso funciona.

-Pero es muy solitario. ¿No quieres enamorarte?

-No lo bastante para dejarme atrapar. Puedo tener una mujer siempre que quiera. Si necesito el latido de otro corazón en la casa, me compraré un perro.

A ella le invadió una oleada de tristeza. A primera vista, Todd lo tenía todo, pero en realidad había grandes vacíos en su vida. Era poderoso y activo, el tipo de hombre que disfrutaba haciendo cosas. Y también amable y cariñoso. Pero nunca confiaría en una mujer lo bastante como para entregarle su corazón.

-;Qué estás pensando? -preguntó él.

-Que los dos somos un desastre. Tú no puedes confiar en nadie y yo no confío en mí misma.

-Eso no lo creo -dijo él-. Tú lo tienes todo claro. ¿No sales con tipos que quieren cambiar el mundo?

-En general sí. Son inteligentes, interesantes y... -se mordió el labio inferior. Se suponía que estaban hablando de él, no de ella.

-¿Y seguros? -preguntó él con voz grave.

-Puede. A veces. Es sólo que... -tomó un sorbo de té-. Mi madre se enamoró de mi padre en el segundo en que lo vio. Tenía diecisiete años y hoy en día sigue adorándolo. Mi padre no es mala persona, pero no es el mejor padre y marido. Se marcha. Un día se levanta y desaparece durante unos meses. Nunca sabemos dónde va ni cuándo volverá. Cada vez que se marcha, a mi madre le rompe el corazón, pero no le dice que no vuelva. No se permite enamorarse de otra persona. Vive a medias, sólo es realmente feliz cuando está con ella.

-Tú no eres así -afirmó él-. Eres dura.

-Eso no lo sabes, y yo tampoco. Me aterroriza ser como ella. Que un día me enamore de un tipo que me rompa el corazón y permitírselo. Lo justificaré. Enamorarse de verdad se parece

demasiado a entregar el control de mi vida. No está en mi lista de prioridades.

-Así que, en vez de arriesgarte, sales con tipos de los que sabes que no te vas a enamorar. ¿Tengo razón?

-Es posible.

-Siempre eres el objeto de cariño, nunca quien se arriesga emocionalmente.

-Haces que parezca mezquina y no lo soy. Simplemente no quiero enamorarme de nadie hasta estar segura de que eso no me destruirá.

-Nunca se puede estar seguro.

-Me niego a creerlo. Un día me arriesgaré.

-¿Estás segura? -insistió él.

Ella deseaba pensar que sí. Que algún hombre la llevaría a dar el paso.

-Es obvio que ambos necesitamos terapia -respondió Marina-. Podríamos pedir tarifa de grupo.

El se rió y ella se sintió mejor. Después, bostezó.

-Perdona -dijo, tapándose la boca-. Anoche no dormí suficiente.

Yo tampoco -él se levantó-. Venga. Vamos a la cama.

Ella lo miró fijamente. Un centenar de pensamientos taladraron su mente. ¿Cama? ¿Con él? ¿Sexo? Deseó sentirse molesta e insultada. Deseó darle un bofetón. Pero al imaginarse juntos, desnudos, tocándose, también se descubrió deseando decir que sí.

-Perdona -Todd alzó las dos manos-. Mala elección de palabras. Empezaré de nuevo. Vamos arriba a dormir, cada uno en su cama. ¿Mejor?

Ella asintió, porque era lo que él esperaba, pero sintió un pinchazo de decepción que la sorprendió.

Todd esperó a que se levantara, puso una mano en su espalda y la guió fuera de la cocina.

-Nos veremos después -dijo alegremente-, y decidiremos si queremos arriesgarnos a comer.

-Parece un buen plan.

Se separaron al final de la escalera. Marina, mientras cerraba la puerta de su habitación, no pudo evitar pensar cuánto le habría gustado irse con él.

Bastante más tarde, Marina salió de la ducha y agarró una toalla. Tal vez Todd no invitara a muchas mujeres a su casa, pero su habitación de invitados estaba bien provista. Además del cepillo de

dientes y el dentífrico que había encontrado antes, había champú, acondicionador, gel y loción hidratante.

Después de ponerse una loción con un delicioso aroma cítrico, se secó el pelo y bajó la escalera.

Estaba muerta de hambre y quería algo más que té y tostadas. Podría comprar algo de camino a casa. Pero antes tenía que encontrar a su anfitrión y darle las gracias por todo.

La cocina y la sala estaban vacías. Oyó un ruido, como de alguien tecleando y fue en esa dirección. Encontró a Todd en un elegante despacho forrado con paneles de madera. Estaba vestido y tan guapo como a primera hora de la mañana.

Sintió un cosquilleo por todo el cuerpo. Después calor y otras muchas reacciones indeseadas.

-¿Cómo te encuentras? -preguntó él al verla.

-Bien. He dormido y ahora me muero de hambre.

-Yo también. Por lo visto, los dos hemos sobrevivido a la intoxicación.

-Eso parece.

-¿Estás lista para irte a casa?

Ella asintió, aunque en realidad quería tirarse a sus brazos y suplicarle que la sedujera. Era obvio que seguía sufriendo los efectos de la intoxicación.

-¿Una gran cita esta noche? -preguntó él.

-En realidad no.

Él levantó una hoja del escritorio y se la dio.

-Porque dijiste que te encanta la comida mexicana y cerca hay un restaurante que hace entregas a domicilio. ¿Quieres comer algo antes de irte?

Ella titubeó. Su cabeza le decía que se fuera mientras seguía emocionalmente entera. El resto de su cuerpo, en especial ciertas zonas femeninas, sugerían que se quedara por allí a ver qué ocurría.

-Podríamos ver una película -dijo él-. Incluso dejaré que la escojas tú.

-¿Cómo iba a resistirme a una invitación como ésa? -ella sonrió-. ¿Qué posibilidades hay de que nos pongamos de acuerdo en una película?

-Debe de haber al menos una. Algo divertido.

-Pero inteligente, no estúpida.

-Acepto.

-No creía que fuera a volver a comer nunca -admitió Marina tres horas después, estirada en el sofá de la sala de televisión-. Pero tengo hambre.

Todd estaba recostado con las piernas sobre el reposapiés de ante que había ante el sofá.

La tapicería y la alfombra eran lo único suave de la habitación de alta tecnología. Había una pantalla casi digna de un cine, innumerables altavoces y una colección de películas que había asombrado a Marina. Era un paraíso de tecnología.

-¿Un taco, dos enchiladas, tortitas de maíz, salsa y ensalada no han sido bastante? -preguntó él.

-Por lo visto no. Tengo ganas de un postre.

-Vamos a ver qué hay en la cocina.

1 Él se puso en pie y se estiró. Los dos llevaban ropa informal. Ella la del día anterior; él vaqueros y una camiseta suelta. Cuando estiró los brazos, la camiseta subió, exponiendo un trozo de piel y su ombligo.

No debería haber resultado erótico. Se habían pasado toda la noche vomitando a una docena de metros el uno del otro. Pero ella se estremeció de deseo.

-Tú también has comido mucho -protestó ella-. Más que yo.

-¿Estás a la defensiva por ese apetito tan poco femenino?

-Puede. Tenía hambre.

-No se lo diré a nadie -bromeó él.

Al llegar a la escalera, ella pensó que la cocina estaba a la derecha y giró. giró hacia la izquierda. Chocaron.

-Perdona -se excusó ella, dando un paso atrás.

-¿Estás bien? -preguntó él, agarrándola de los brazos para equilibrarla.

-Sí. Pero tengo mal sentido de la orientación.

Los ojos de él taladraron los suyos. Se sintió vulnerable e increíblemente viva. Deseó que moviera las manos y la tocara en todas partes. Aunque su mente le gritó que era peligroso, dio un paso hacia él.

Notó el momento en el que él sintió lo mismo. Sus rasgos se afilaron y su cuerpo se tensó. El deseo oscureció sus ojos. Dejó caer las manos.

-Postre -dijo-. Íbamos a buscar el postre.

-Sí. Cualquier cosa menos helado.

-Estamos marcados para siempre -gimió él.

-Lo dudo. Superaré mi miedo a las cosas cremosas por cualquier dulce. Soy así.

El la llevó a la cocina. Por lo visto, ninguno de los dos iba a actuar respecto a la atracción que sentían. Era lo inteligente, pero Marina sintió cierta decepción. Eran casi parientes y él no iba a desaparecer de su vida después de la boda. No estaba segura de querer pasar los siguientes cincuenta años de su vida sentándose a la mesa con Todd y recordando que habían disfrutado de una noche de pasión. Sería incómodo.

Así que se concentró en lo que él sacaba del congelador. Había porciones individuales de tarta que sólo había que descongelar y pasteles de chocolate. De la despensa sacó galletas y chocolate.

-¿Qué va a ser? -preguntó él.

-Pasteles de chocolate.

-Habrá que descongelarlos en el microondas.

-Soy experta en esas cosas.

Estiró la mano hacia la bandeja cubierta con plástico que él le ofrecía. Pero se deslizó entre sus dedos y cayó. Ambos se inclinaron al mismo tiempo y sus cabezas chocaron. Marina resbaló y dio con el trasero en el suelo.

-Somos un peligro juntos -dijo, empezando a reírse-. Un desastre. Pensé que intoxicarnos los dos era lo peor que podía pasar, pero por lo visto no.

El se echó a reír y se sentó en el suelo, a su lado.

-No eres como el resto de las mujeres.

-Podría ensayar un encantador acento europeo, si quieres.

-Déjalo ya -él achicó los ojos.

-Nunca -bromeó ella.

Él estiró la mano y le colocó un mechón de pelo suelto detrás de la oreja.

-No pensé que ponernos tan enfermos podría ser divertido, pero lo ha sido. No hace falta que te vayas a casa esta noche si no quieres. Puedes quedarte.

Ella sabía lo que quería decir. Podía quedarse en la habitación de invitados. Era una invitación cortés y bienintencionada.

-Una fiesta de pijamas -bromeó.

Lo miró, esperando ver una sonrisa. Pero en vez de eso se encontró con calor, deseo y pasión. parpadeó y la mirada desapareció. A ella se le contrajo el estómago y se le aceleró el pulso.

-¿Todd?

-Intento ser inteligente, Marina. Se me ocurren unas cien razones por las que esto no es buena idea.

-Cien -ella apretó los labios-. Vaya. A mí sólo se me ocurren unas ocho.

-Puede que haya exagerado -se puso en pie y le ofreció la mano-. Vamos. Descongelaremos los pasteles y nos daremos un atracón de azúcar.

-Parece buen plan -le dio la mano y dejó que la ayudara a levantarse. Ya de pie, comprendió que estaban muy juntos. Habría dado un paso atrás, pero él no la soltó.

Se perdió en el fuego de sus ojos. La atraía y quemaba y se inclinó hacia él.

-Maldición -masculló él, antes de agarrarla.

Capítulo Siete

La boca de él resultó cálida y suave cuando la besó. Marina notó que el calor le llegaba hasta los dedos de los pies. Le temblaron los muslos, se le tensó el vientre y sus pechos reclamaron atención.

La atrajo y ella lo permitió porque necesitaba sentir los planos duros de su cuerpo. Rodeó su cuello con los brazos y se apretó contra él.

Exploró su boca, besando con ligereza y suavidad, pero con bastante pasión como para dejarla sin aliento. En sus besos había la promesa de mucho más en un futuro cercano. Como la anticipación era casi tan excitante como lo que ya le estaba haciendo, estaba dispuesta a esperar.

Mientras él seguía frotando los labios con los suyos, mordisqueando y presionando, pero sin llegar a invadir su boca, ella exploró los duros músculos de sus hombros y su espalda. Pasó los dedos por su pelo y luego frotó las uñas en su nuca.

Sentía que el deseo se acumulaba en su bajo vientre y el centro de su feminidad anhelaba atención.

Finalmente, él ladeó la cabeza y tocó su labio inferior con la punta de la lengua. Ella le dio la bienvenida y se estremeció con el primer contacto. La pa Sión creció hasta que sintió la piel demasiado tensa, demasiado sensible y deseosa.

Se aferró a él y a esos besos profundos que tocaban su alma. acarició su espalda para acabar poniendo las manos en su trasero; instintivamente se arqueó hacia él y se encontró con la impresionante dureza que indicaba su deseo.

Gimió y se lo imaginó llenándola una y otra vez. Lo deseaba con tal desesperación que se restregó contra él como una gata en celo, frenética. Había estado cómoda sin involucrarse, sin tener un hombre en su vida y de repente se moría por el contacto, por sentir una piel desnuda en la suya. Pero no podía ser cualquiera, sólo Todd podría apagar esa sed.

Él debió de captar su necesidad, quizá por su respiración agitada o por cómo succionaba su lengua. Fuera por lo que fuera, recibió el mensaje. Llevó las manos a sus caderas, las introdujo bajo la camiseta y subió hasta sus senos.

La acarició con la destreza de un hombre que adora a las mujeres. Incluso a través del sujetador, sintió la presión suave pero con intención de sus dedos. Utilizó los pulgares e índices de ambas manos para frotar sus pezones y volverla loca.

Ella sintió una oleada de fuego entre las piernas. No podía pensar ni respirar, sólo seguir allí, perdida en el placer de sus caricias. Su único pensamiento consciente fue cuánto mejoraría la sensación si no llevara puesto sujetador.

Todd aprovechó su desconcierto para besar su mandíbula y su cuello. Le mordisqueó el lóbulo de la oreja y besó la sensible zona de debajo, para finalizar trazando espirales eróticas con la lengua.

La combinación de sensaciones era increíble. Ella notó que se tensaba anticipando una liberación sin duda precipitada. No podía ocurrir así. Había pasado mucho tiempo, sin duda, pero tenía algo de orgullo. Al menos debería esperar a que le quitase los vaqueros antes de rendirse a la pasión.

Pero mientras él seguía acariciando sus senos, jugando con ellos, notó que se acercaba más y más al clímax. Por lo visto él también lo notó, porque se acercó y le murmuró al oído.

-Necesitamos llevarte a una cama.

Antes de que pudiera decir nada, la agarró de la mano y la sacó de la cocina. Ella lo siguió, deseosa de estar arriba, desnuda y en el paraíso. Empezaron a subir la escalera.

-¿Es mejor el sexo en sábanas de algodón egipcio de máxima calidad? -preguntó. El se echó a reír.

-Claro -contestó, antes de sacarle la camiseta por la cabeza y besarla.

Ella lo abrazó, devolviéndole el beso, deseándolo más de lo que nunca había deseado a nadie.

Mientras sus lenguas se acariciaban, notó cómo le desabrochaba el sujetador. Segundos después la prenda se deslizó por sus brazos y cayó al suelo.

Él interrumpió el beso e inclinó la cabeza para tomar uno de sus senos con la boca. Succionó y rodeó el pezón con la lengua.

Marina se tambaleó y apoyó las manos en sus hombros para estabilizarse. La fuerte succión de su boca hacía que todos los nervios de su cuerpo tintinearan de éxtasis. Sentía humedad y calor entre las piernas. Pensó, vagamente, que necesitaba más.

Él utilizó los dedos en el otro seno, duplicando los movimientos de su lengua y llevándola a un estado de excitación cada vez mayor, hasta que supo que estaba al límite.

-Todd jadeó, queriendo llegar al final y al mismo tiempo aguantar un poco más.

-Ya lo sé -masculló él. Agarró su mano hizo que subiera los últimos escalones.

Se apresuraron por el pasillo y entraron en un dormitorio del

tamaño de una sala de conferencias. Marina tuvo una vaga impresión de colores cálidos, enormes muebles oscuros y una cama grande, cómoda y acogedora. Por fin, pensó, cuando él la soltó y se quitó la camiseta.

Estaban descalzos y él no tardó mucho en acabar de desnudarla. Un segundo después de la camiseta, los vaqueros y las braguitas de ella caían al suelo, seguidos por los vaqueros y los calzoncillos. la tumbó en la cama y sus pieles se fundieron en una sensación gloriosa.

Él la miró con los ojos oscuros brillantes de pasión. Ella trazó su boca con el dedo y sonrió cuando él lo mordió.

-Te deseo -dijo él-. Eres endiabladamente sexy.

-Yo también te encuentro relativamente interesante -dijo ella.

-Relativamente, ¿eh? Entonces aún tengo que trabajar un poco.

-No lo dudes pensó, satisfecha, que eran palabras muy valientes de una mujer que ya estaba al borde del éxtasis.

-No me importa trabajar duro de vez en cuando -se movió para situarse a su lado, de costado-. ¿Dónde empiezo? ¿Aquí? -puso la mano en su vientre.

-Hum, no -dijo ella. Aunque la sensación era agradable, quería otra cosa.

-¿Aquí? -deslizó los dedos desde su muñeca hasta su codo.

-No es en lo que estaba pensando.

-¿Qué te parece esto? -preguntó él en voz baja y grave, deslizando los dedos entre sus piernas y frotando la carne hinchada.

A ella le costó toda su fuerza de voluntad mantener los ojos abiertos. Deseaba con desesperación caer en un trance y perderse en su orgasmo.

-Eso funciona jadeó, mientras él la exploraba hasta encontrar el punto más sensible y frotaba.

La tensión se disparó. Sus músculos se tensaron y abrió las piernas, invitándolo.

-Bien. ¿Y esto? -se inclinó hacia ella y acarició un pezón con la punta de la lengua.

Era una combinación perfecta. Exquisita, mágica, más que suficiente para hacerle perder el control.

Ella hizo lo posible para aguantar, para tardar al menos tres minutos. Pero él empezó a mover los dedos más y más rápido, con la presión perfecta. Después succionó su pecho.

Era increíble. Ella alzó las rodillas y clavó los talones en la cama. Aún no, se dijo. Aún no. No...

Era demasiado tarde.

Se dejó llevar por las oleadas de placer que la zarandeaban. Todo su cuerpo suspiró de alivio mientras él seguía tocándola, empujándola

hasta que sus músculos se rindieron de puro agotamiento.

Un delicioso letargo se apoderó de ella. Se obligó a abrir los ojos y encontró a Todd contemplándola.

Había esperado una sonrisa viril de autosatisfac ción, una que apuntara a su experiencia y a lo bien que le había hecho sentirse gracias a su talento en la cama. En vez de eso, su expresión era seria e intensa, y en vez de sonreír se inclinó para besarla.

Ella abrió los labios y notó que su letargo se disolvía. Mientras sus lenguas se encontraban volvió la pasión y deseó sentirlo en su interior.

Estaba duro..., sentía la presión en la pierna. Introdujo una mano entre sus cuerpos y acarició su erección. Pero en vez de buscar un preservativo y penetrarla, él descendió por su cuerpo, besando primero su cuello, luego entre sus senos, bajando hasta el ombligo y deteniéndose en la parte superior de su muslo derecho. Entreabrió la carne turgente con los dedos.

Aunque ella agradeció el gesto, era innecesario.

-Yo ya...

-Lo sé -sonrió él-. Estaba aquí.

-Ha sido fantástico -dijo ella.

-Me alegro. Ahora lo haremos así.

Ella pensó que estaba ante un hombre con una misión y cerró los ojos lentamente. No sería ella quien rechazara sus atenciones.

Se le contrajo el estómago mientras esperaba el contacto. Percibió un suave soplo de aire y después una lengua caliente empezó a explorarla.

Gimió al sentirlo trazar círculos alrededor de su punto más sensible. Aún hinchado. Un par de caricias y se alejó, lamiendo alrededor, muy cerca, pero sin tocar exactamente ahí. Era una tortura exquisita.

Abrió las piernas aún más y levantó las rodillas. El calor la abrasó mientras él lamía y chupaba en todas partes menos donde más lo deseaba ella.

Volvió a hacerlo. Un breve momento de contacto exquisito y luego nada. Sólo la dejaba hacerse a la idea de lo que podía llegar a sentir.

Empezó a retorcerse, se acercaba más y más pero sabía que no llegaría al final hasta que él se centrase en ese punto. Por fin...

Su lengua la rozó otra vez. Casi gritó de placer, y se preparó para que se retirara. Era una mujer adulta y no gemiría de frustración. Pero esa vez no paró. Siguió en ese punto, lamiendo y rodeando, excitando y presionando hasta que llegó el inevitable clímax.

Se perdió en los espasmos que empezaban en el centro de su vientre y seguían hacia fuera. Le temblaron las manos y los muslos cuando saltó hacia una liberación tan poderosa que pensó que nunca volvería a experimentar algo igual.

El continuó besándola, haciéndola seguir y seguir. Ella se entregó por completo, hasta que toda la tensión desapareció.

Todd se sentó y miró a Marina. El rubor tiñó su pecho y subió hasta sus mejillas. Estaba relajada y, a juzgar por su sonrisa, increíblemente satisfecha.

Su cabello rubio dorado se desparramaba sobre la almohada y cuando abrió los ojos tenía las pupilas tan dilatadas que apenas se veía el azul.

-Vaya -gimió con voz ronca y grave-. No sé ni qué decir.

Lo habían felicitado antes. La mayoría de las mujeres se empeñaban en hacerlo y, aunque apreciaba sus elogios, a veces se preguntaba cuánto era merecido y cuánto tenía que ver con su cuenta bancaria.

Marina no era así. En algún momento del proce so de la planificación de la boda se habían hecho amigos. Le gustaba. La consideraba divertida, lista y sincera. Rara vez podía decir eso de las mujeres que compartían su cama.

Eso convertía la experiencia en algo distinto. No recordaba la última vez que había hecho el amor con una amiga.

-De momento, esto ha sido bastante unidimensional -dijo ella, poniendo la mano en su brazo y atrayéndolo.

Al oírla, volvió a ser consciente de la presión de su erección. Abrió el cajón de la mesilla y sacó un preservativo. Tras ponérselo, se arrodilló entre sus muslos. Ella lo agarró y lo guió a su interior.

Inmediatamente se perdió en la sensación de calor prieto y húmedo. El cuerpo de ella lo rodeaba y atraía, permitiendo que la llenara.

Su olor lo embrujaba. Oía su respiración y sentía las caricias de sus manos en la espalda y los costados. Por una vez no pensaba en lo rápido que tendría que irse en cuanto acabara. Por una vez podía disfrutar de la experiencia sin pensar en más.

Empezó a embestir más rápido, más fuerte, entrando y saliendo, incrementando la tensión. Ella rodeó sus caderas con las piernas, atrayéndolo aún más. Su cuerpo se tensó alrededor de él y se dejó ir.

-Esto no es buena idea -murmuró Marina, extendiendo su copa-. Hace veinticuatro horas estaba tirada en el suelo del cuarto de baño como un perro. Debería dar a mi estómago tiempo para recuperarse.

-Ya lo ha hecho -afirmó Todd-. Además, sé que vas a atiborrarte de pasteles de chocolate. ¿No es mejor esto?

El «esto» en cuestión era una botella de vino tinto. Era más de medianoche. Todd y ella habían hecho el amor una segunda vez y luego se habían dormido para despertarse muertos de hambre. se había puesto unos vaqueros, le había dado a ella una camiseta y habían ido a la cocina, donde habían encontrado los pasteles descongelados sobre la encimera.

Marina inhaló el aroma del vino y tomó un sorbo. Era un sabor rico y profundo.

-No está mal. Deja que adivine. Tienes una bodega en el sótano.

-La casa no tiene sótano, pero sí hay una cámara de temperatura y humedad controlada para el vino.

-Entendido -pensó en la botella solitaria de chardonnay que había en su nevera... para ocasiones especiales-. ¿Y si quisiera una botella de Dom Pérignon?

-¿Tú qué crees? -él se encogió de hombros.

Ella creía que él no era lo que había esperado. Que era mucho mejor y eso lo hacía peligroso.

Tomó el pastel que le ofrecía y lo siguió al sofá de la sala de estar. En algún momento debía de haber puesto el equipo de música en marcha, porque se oía una suave melodía de fondo.

Se sentaron uno frente al otro, rodeados de oscuridad. Ella tenía sensación de intimidad y conexión, y pensó que no habían actuado con inteligencia.

-Todd -empezó, sin saber exactamente qué quería decir.

-Lo sé.

-¿Cómo? Ni siquiera yo sé lo que iba a decir.

Él dejó la copa de vino y el pastel sobre la mesita de café y se inclinó hacia ella para besarla.

-Vas a decir que esto es una complicación que ninguno de los dos necesitamos. Que tenemos que planificar una boda y que estamos a punto de emparentarnos políticamente, en un nivel más. Que seguir como amigos en vez de amantes es más sensato.

-Vale, vale, probablemente sí iba a decir eso -admitió ella, perdiéndose en sus ojos oscuros-. Y no es que esta noche no haya sido fantástica.

-Estoy de acuerdo.

Y no eres tan sapo como esperaba que fueras.

-¿Sapo? -él alzó una ceja.

-Ya sabes a qué me refiero -sonrió ella.

-Quieres decir que soy sofisticado y encantador. Un hombre de mundo, a diferencia de esos chicos sosos con los que sueles salir.

-Algo así. Yyo soy refrescantemente inteligente y formada, con un toque de descaro y un fabuloso control de la lengua inglesa, a diferencia de esos palillos con los que sueles salir tú.

-Sí que eres todas esas cosas -aceptó él, besándola de nuevo. Después la rodeó con sus brazos y la tumbó de espaldas sobre el sofá.

-Hemos acordado que era mala idea seguir con esto -protestó ella, mirándolo.

-Lo dejaremos mañana -prometió él, besándole la mandíbula.

-Es mañana.

-No hasta que salga el sol. Eso significa que tenemos toda la noche.

Ella lo abrazó y se rindió a su seducción. Toda la noche sonaba perfecto.

***

-Están discutiendo por el color de las contraventanas -dijo Willow, sacando una planta diminuta de la tierra y dejándola cuidadosamente sobre un plástico-. Me arrepiento de haber mencionado las contraventanas. No me importa ocuparme de las reformas, pero lo odio cuando empiezan a enviarme correos electrónicos cada uno por su lado.

Marina estaba hechizada por los movimientos rápidos y expertos de los dedos de su hermana. Willow echó tierra en un tiesto, la aplastó, hizo un agujero y colocó a la plantita en su nuevo hogar.

-Yo estoy pensando en morado -dijo Willow-. Ya sabes, para que vaya con los elefantes.

-¿Qué elefantes? -Marina parpadeó.

-Sabía que no me estabas escuchando -suspiró su hermana-. ¿Te encuentras bien?

Ella pensó que, si ignoraba la leve protesta dolorida de algunos músculos, estaba de maravilla. Todd y ella habían hecho el amor hasta después del amanecer. Aunque estaba impresionada por la increíble capacidad de él de seguir y seguir, también estaba contenta de su propia actuación. Debía de haber tenido más orgasmos en las últimas veinticuatro horas que en toda su vida.

-Estoy bien -dijo-. Sólo un poco cansada.

-Ya -Willow no parecía convencida. Fue hacia la puerta trasera del invernadero y la cerró. Después apoyó las manos en las caderas y miró a su hermana-. Empieza por el principio y habla despacio. No quiero perderme nada.

-No hay nada que contar -eso era una mentira descomunal-. Bueno, no demasiado.

-Voy a seguir aquí, mirándote con ira hasta que hables.

-No me miras con ira -sonrió Marina-. Lo tuyo es más bien una mueca.

-¡Marina!

-Vale, vale. Estoy bien. Todo va bien. Es sólo... -su boca se curvó en una sonrisa muy satisfecha-. El viernes Todd y yo hicimos una degustación de catering. Cuando fui a su casa a hablar con la florista empecé a sentirme fatal. Los dos teníamos una intoxicación alimentaria. Acabé pasando la noche allí, casi encadenada al retrete.

-¿Y por eso sonríes así?

-No. Pero Todd estuvo genial. Ayer nos sentíamos mejor. Me pidió que me quedara, en la habitación de invitados. Así que cenamos, vimos una película y después, bueno...

-¡Oh, Dios mío! -Willow abrió los ojos de par en par-. Practicaste el sexo con Todd Aston Tercero. ¡Voy a recibir un millón de dólares!

Marina levantó las dos manos para acallarla.

-Número uno, no voy a casarme con él, así que puedes dejar de soñar con el millón de dólares. Si tanto deseas abrir un vivero, habla con Kane. haría cualquier cosa por ti.

-No, gracias -Willow movió la cabeza-. Reuniré el dinero yo sola. Si no estás dispuesta a casarte por mí, pediré un préstamo. Pero no hablemos de eso. ¿Te acostaste con Todd?

-Sí, y fue fantástico. No es para nada como había imaginado. Me gusta.

-Eso es genial -Willow se acercó y la abrazó-. Me alegro por ti.

-No, no es genial. Es extraño e incómodo y no volveremos a hacerlo.

-;Perdona? -Willow dio un paso atrás y la estudió-. Estás resplandeciente. Nunca te había visto así. Nadie huye del sexo que produce resplandor.

-Yo lo haré. Los dos lo haremos. Hemos hablado de eso y es lo más sensato. Mira, ya somos parientes políticos por el matrimonio de la abuela Ruth. El vínculo se reforzará cuando Julie y Ryan se casen. Todd estará en nuestra vida para siempre. Una relación con él no llevaría a ningún sitio.

-;Por qué no? -Willow volvió a sus plantas-. Está soltero y tú soltera. Es un principio excelente.

-No tenemos nada en común. Somos de mundos diferentes. A un nivel más básico, él no confía en las mujeres. Por lo que he oído de su pasado, no lo culpo. Yyo tampoco soy muy sana en ese sentido. Tengo mis dudas.

-No eres como mamá. No te perderás por un hombre.

-Eso no lo sabes.

-Ni tú tampoco. Sé que tienes demasiado miedo para probar. Siempre has elegido a tipos seguros. Tipos que te adoran pero que ni en un millón de años llenarían tu corazón. Nunca te has arriesgado a enamorarte, así que no sabes qué ocurriría. Ninguna de nosotras queremos ser como mamá. No queremos renunciar a todo por un hombre. Así que no lo hagas. Sé fuerte. Sé tú misma. Pero arriésgate.

Era un buen consejo. Una persona sensata lo ten dría en cuenta. Pero Marina se negaba a hacerlo. Tenía demasiado que perder.

-Incluso si me enamorase de él, no sería correspondida. El se niega a involucrarse en serio.

-Siempre hay una primera vez.

-Para él no.

-Te equivocas -dijo Willow-. Hay una primera vez para todo el mundo. Mira a Kane. Pero tienes que estar dispuesta a arriesgarte. No se puede encontrar la felicidad perfecta sin arriesgarse a sufrir. ¿Crees que vivir segura pero a medias compensa el no encontrar a tu alma gemela?

Marina pensó en su madre. Naomi sólo había amado a un hombre en su vida y él le había roto el corazón una y otra vez.

-Eso del alma gemela siempre se exagera -murmuró.

-No es verdad -insistió Willow-. Pero el amor sí requiere fe. Si no la tienes, nunca lo sabrás. ¿Y si Todd es tu hombre? ¿Estás dispuesta a dejarlo marchar? Al menos mamá pasa parte de su vida feliz. Cuando papá está con ella, el mundo le parece perfecto. Si no tuviera esos momentos de alegría, el resto no merecería la pena.

Marina no estaba convencida de que esas breves etapas tuvieran valor. No cuando el dolor que seguía era tan fuerte e inevitable. Llevaba toda la vida viviendo sin su alma gemela y le había ido muy bien. Sería mucho más fácil olvidarse de lo que nunca había tenido que arriesgarse a ser destrozada por un hombre empeñado en no entregar su corazón.

Capítulo Ocho

Todd miró su reloj. Había llegado un par de minutos antes a la tienda de vestidos de novia, pero no lo preocupaba que Marina lo hiciera esperar. No era ese tipo de mujer.

Se había preguntado si resultaría incómodo verla de nuevo tras la larga noche que habían pasado juntos, pero ya que estaba allí, sólo sentía expectación. Eso no era bueno. Marina no era de las que tenían aventuras y él no estaba dispuesto a aceptar más. Ni siquiera por ella.

Así que olvidaría lo ocurrido y la vería sólo como a la hermana de la prometida de su primo. Un pariente lejano. Alguien que le gustaba pero no le interesaba. Alguien con quien no tendría una relación seria.

Sus buenas intenciones duraron hasta que ella entró en la tienda como un torbellino, agitada y espectacularmente guapa.

-Lo sé, lo sé -le dijo, sonriente-. Llego un minuto tarde. Debes de odiarme mucho por tratarte tan mal. Antes de que te des cuenta, haré que sujetes mi bolso mientras me pruebo ropa y te llamaré cariñín.

Él se rió con ella -y sus miradas se encontraron. En un instante el resto del mundo dejó de importar. Sólo existían ese momento y la mujer que tenía delante.

El deseo hizo que se excitara y la necesidad lo obligó a dar un paso hacia ella. La parte sensata de su cerebro perdió la votación. Lo único que tenía sentido era tener a Marina entre sus brazos.

Pero antes de que pudiera alcanzarla, una dependienta cuarentona se acercó a ellos y suspiró.

-Qué maravilla -dijo-. Siempre noto cuándo una pareja está enamorada de verdad. Me habéis alegrado el día.

Fue como si los tirasen de cabeza a la piscina helada de la realidad. dio un paso atrás. Marina también, y ambos evitaron mirarse.

«Fantástico», pensó él con amargura. Empezarían a sentirse incómodos y él no había pretendido eso. Hacer el amor con Marina había sido de lo más divertido. No sólo el sexo, aunque en ese sentido habían batido un récord. También pasar tiempo juntos, charlando, relajados y cómodos.

-Nosotros, ejem, no vamos a casarnos -dijo Marina con una sonrisa más forzada que feliz-. Soy Marina Nelson. Usted ha hablado con mi hermana julie. Es la novia que está en China, dejando que los demás hagamos el trabajo sucio por ella.

-Ah, claro -la mujer miró de uno a otro-. Perdón por el error. Soy Christie.

Todd se presentó e intercambiaron apretones de mano.

-Tengo algunas ideas de lo que podría gustarle a tu hermana -dijo Christie-. Ha sido muy específica respecto a lo que no quiere, y eso facilita las cosas. Por lo que tengo entendido, tú te probarás y ella te enviará sus opiniones, ¿no?

Marina asintió.

-Bien. Normalmente no permitimos que las novias saquen fotos hasta que dan una señal por el vestido, pero Julie ha llegado a un acuerdo con la dueña, así que está bien. ¿Tenéis cámara?

-Aquí mismo -Todd se tocó la chaqueta.

-Muy bien. Marina, vamos a vestirte de novia. Tu hermana y tú tenéis la misma talla y altura, ¿verdad?

Las dos mujeres desaparecieron pasillo abajo. Todd encontró un sillón cómodo y una mesa llena de revistas financieras y deportivas. Unos minutos después, Christie volvió a ofrecerle algo de beber.

Aceptó un café y se puso a leer. Pero no podía concentrarse en el artículo. No hacía más que pensar en la expresión juguetona de Marina cuando entró en la tienda y el placer que había sentido al verla.

Que ella le gustase iba en contra de sus reglas. Y querer más era aún peor. Conocía el peligro inherente a la situación... la traición que seguiría. Siempre había sido así. No se podía confiar en las mujeres.

Pero por primera vez en años quería romper sus propias reglas. Ver si, tal vez, Marina era distinta, aunque sabía que era imposible.

Marina tocó la suave tela del vestido de boda. Aparte de lo básico, como la diferencia entre algodón y cuero, no sabía nada de tejidos. ¡Sólo que lo que quiera que fuera ése, lo quería en su vida!

-Estás guapísima -dijo Christie, entrando.

-Sé que eso se lo dices a todas las novias -Marina sonrió-, pero me da igual. Me siento fantástica. Me encanta el tacto de este vestido y cómo se mueve.

Christie abrochó los botones que Marina no alcanzaba y después abrió la puerta del probador.

-Ven a mirarte -le dijo.

Marina había llegado con vaqueros y camiseta, con prisa, agitada y nerviosa por ver a Todd de nuevo. Pero con ese vestido fluido y suave se sentía bella y femenina como una princesa. Incluso los zapatos de tacón, cortesía de la boutique, le valían.

Se acercó al espejo de tres cuerpos y soltó el aire de golpe. El vestido era perfecto. El corpiño sin tirantes se pegaba a su cuerpo y realzaba su pecho. Al llegar a la cintura, la falda caía al suelo en una cascada de capas de material, cada una silueteada como un pétalo de flor, incluida la cola de tres metros.

El tejido tenía un brillo perlado que hacía que su piel resplandeciera. El corte escondería el embarazo de Julie, pero era elegante y precioso.
-Vaya.
Ella se encontró con la mirada de Todd en el espejo. Sonrió y dio una vuelta completa.
-¿Te gusta? -preguntó.
No sabía lo que él pensaba, pero le gustó que tuviera que tragar saliva antes de contestar.
-Increíble. Tanto la mujer como el vestido.
Ella pensó que se sabía todas las frases hechas al dedillo, pero su cuerpo reaccionó a las palabras y a su presencia. Christie se acercó y tironeó del vestido.
-El estilo es muy favorecedor, pero si tu hermana es como tú, será perfecto. Necesita uno hecho y éste está disponible. Lo limpiaremos y ajustaremos antes de la boda. ¿Te resulta cómodo para moverte?
Ella dio unos pasos. El vestido fluía con gracia.
-Es fabuloso -dijo.
-Bien -dijo Christie-. Deja que levante la cola y veremos si puedes bailar con él.

-¿Sabes bailar? -Marina miró a Todd.

-Soy casi un profesional.

-Mentiroso.

-Pruébame.

Christie recogió la cola en la parte de atrás, con botones y corchetes. Después, Todd se acercó y tomó a Marina en sus brazos.
Ella se dijo que nada de eso importaba, no era real. Estaba ayudando a su hermana y nada más. Sin embargo, mientras bailaban una melodía imaginaria, algo se removió en su interior. Algo peligroso, bonito y que le dio bastante miedo.
Cometió el error de mirarlo a los ojos y deseó perderse en ellos. apretó los dedos sobre los suyos y se acercó. Las capas de vestido la impedían sentir su cuerpo y lo lamentó intensamente.
-Maravilloso.
El comentario llegó de una voz familiar. Marina alzó los ojos y vio a su abuela Ruth en la entrada de la boutique nupcial.
-Hola, queridos -saludó la anciana, acercándoseLo sé, lo sé, no debo entrometerme. Pero cuando julie me dijo que los dos estaríais aquí esta tarde, no pude resistirme.
Todd soltó a Marina y fue hacia su tía.
-Ruth -se inclinó y la besó con afecto-. Ver a Marina probarse

vestidos de boda no es entrometerse.

-Estoy segura de que a Julie le encantará tener una opinión más -dijo Marina. Después abrazó y besó a su abuela intentando no sentirse, ni parecer, culpable. Dio un giro completo-. ¿Qué te parece?

-Que eres preciosa, y el vestido también -Ruth sonrió a Todd-. ¿Has sacado fotos?

-Aún no. Estábamos comprobando sijulie podría bailar con el vestido.

Marina no supo si lo había imaginado, pero le pareció que había enarcado una ceja.

-Una idea excelente -aprobó la anciana-. Estoy segura de que Julie apreciará vuestra profesionalidad.

Marina tuvo la súbita intuición de que su abuela había adivinado que Todd y ella habían dormido juntos. Le ardieron las mejillas mientras intentaba convencerse de que no era posible. Nadie lo sabía. Bueno, Willow, y quizá pronto Julie y Ryan, pero nadie más.

Marina posó mientras Todd sacaba fotos y después huyó al probador. Se probó un segundo vestido, también sin tirantes pero con un corpiño de encaje y fruncido en la cintura. La falda, de seda con bordados y encaje, caía en forma de A y se perdía en una cola.

-Otro vestido ganador -dijo Ruth, entrando al probador-. Ajulie le costará elegir, pero eso está bien. Deja que te ayude con los botones.

-Gracias. Hay un montón.

-Todd y tú os veíais muy bien bailando -Ruth se colocó a su espalda y empezó a abrochar botones- Aunque siempre tuve la esperanza de que una de vosotras se enamorase de él, admito que no creía que fueran más que sueños de vieja.

-Tú no eres vieja -dijo Marina, sintiendo una oleada de pánico.

-Gracias, querida, pero no se trata de eso. Os ofre cí el dinero a tus hermanas y a ti para crear competencia, pero ahora veo que sólo necesitaba dejar que la naturaleza siguiera su curso.

Marina abrió y cerró la boca. Se le paralizó el cerebro y no supo qué decir.

-No somos una pareja -consiguió balbucir-. En serio. Apenas somos amigos. Conocidos, más bien. Estamos ayudando con la boda, nada más. Ni siquiera hemos tenido nuestra primera cita. Será en la boda.

-Por lo visto la cita no hacía falta -Ruth acabó con los botones y se colocó ante Marina-. Estás guapísima.

Marina mascculló algo ininteligible y salió del probador tan rápido como pudo. En vez de ir ante el espejo, fue hacia Todd y lo agarró del brazo.

-Lo sabe. Mi abuela, tu tía, lo sabe. Sabe que hemos practicado el sexo y, para que lo sepas, no lo soporto. Me siento humillada y tú deberías sentirte igual.

-No lo sabe -dijo Todd con despreocupaciónNo puede saberlo.
-¿Apuestas algo?
Ruth salió del probador y Marina se situó ante el espejo. Comentaron el vestido como adultos racionales e hizo lo posible por no sonrojarse. Incluso consiguió sonreír mientras Todd sacaba fotos.
-Se las enviaré ajulie -dijo él.
-Muy bien. Seguro que le encantarán.
Su voz sonaba normal, pero ella sólo podía pensar «Sácame de aquí».
Todd no debía de haberla creído, porque siguió bromeando con su tía hasta que ella hizo un comentario.
-Supongo que una doble boda sería imposible.
-¿Te refieres a Willow y a Kane? -preguntó Todd, tras mirar a Marina y luego a su tía.
-No, cielo. A Marina y a ti. Es obvio que hay química. Ya sé que una relación requiere más que eso, pero la pasión es maravillosa. Yo la tuve con tu tío cada día de nuestro matrimonio -soltó una risita-. Bueno, no todos, pero sí la mayoría.
Marina se resistió al deseo de taparse las orejas y tararear para no oír más. Todd tragó saliva.
-No creo que pueda olvidar esa imagen -gruñó.
-Vosotros los jóvenes -Ruth suspiró-, no queréis saber nada de las generaciones anteriores. Debería hacerte feliz saber que tu tío y yo tuvimos un matrimonio maravilloso durante tantos años.
-Me encanta -dijo Todd-. No necesito detalles.
-No importa -Ruth sonrió-. Llevo mucho tiempo esperando que encuentres a la chica adecuada y lo has hecho.
Marina fue hacia el probador y él la siguió.
-Te lo dije -se quejó ella, dándole la espalda para que le desabrochara los botones-. Pero no quisiste escucharme. Tú lo sabes todo. Mi abuela sabe que nos hemos acostado. ¿Sabes lo humillante que es eso?
-Es peor para mí. Tú no conociste a mi tío, pero yo sí, toda mi vida. Ahora me los imagino a los dos...
-No te lo estás tomando en serio-Marina se enfrentó a él-. Ruth lo sabe. Habla de dobles bodas. Podría decírselo a mi madre. No quiero hablar de mi vida sexual con mi madre.

-Pues no lo hagas -él le tocó la mejilla-. Mira, no habría elegido decírselo a Ruth, pero lo ha adivina do. ¿Qué más da? Sabemos qué queremos y qué no el uno del otro. No es tan grave.
Por lo visto para él no lo era, pensó ella con amargura. Quizá ella se estaba excediendo en su reacción.
-Tengo que irme -dijo Ruth, entrando en el probador-, pasadlo

bien. Espero que funcione. En serio. No sólo porque lo deseo, sino porque todo ese dinero le iría muy bien a tu familia, Marina. La encantadora Willow podría abrir por fin su vivero.

Ruth se marchó, pero Marina ni lo notó. Su atención estaba en el rostro de Todd, en la tensión de sus rasgos y en la distancia que veía en sus ojos.

-Dejaré que te cambies -dijo él, alejándose.

Se quedó sola en el probador. Sola, airada y confesa.

¿Por qué había tenido Ruth que mencionar el dinero? Para ser una mujer tan empeñada en unirlos, había escogido la mejor manera de alejarlos. Para Todd, lo peor era que lo quisieran por su dinero.

Deseó patear el suelo de frustración. Era injusto. Ella no estaba interesada en sus millones, billones o lo que fuera. La oferta para que se casaran con él era una broma. tenía que saberlo.

O tal vez no. Dado su pasado pensaría lo peor, porque lo peor siempre había sido la verdad.

-No importa -se dijo, quitándose el vestido-. No tenemos una relación real. Sólo somos amigos.

Amigos que se acostaban juntos.

Pero el sexo no era amor y no iba a enamorarse de él, así que no debía importarle que pensara mal de ella. Sin embargo, cuando salió de la tienda unos minutos después, sentía una opresión en el pecho y desazón en el estómago.

Para:

De:

Quiero que sepas que estoy asombrada de que te acostaras con Todd Aston Tercero y no me lo dijeses. Peor aún, ¡me he enterado por mi ABUELA! acostaste con Todd? TODD? Yeso cuando estoy fuera del país y con tal diferencia de horario que nunca me enteraré de los detalles.

Sé que le estás contando todo a Willow. Odio sentirme apartada. Con el tiempo te perdonaré, pero en este momento nuestros vínculos fraternales están al límite de tensión.

Para:

De:

te convertiste en la reina del drama? ¿Los vínculos fraternales? A alguien se le está yendo la cabeza con todo esto.

Siento que te enterases por la abuela Ruth, iba a decírtelo yo, pero no quería escribir algo así en un correo electrónico. Es obvio que soy la única que se preocupa de ese tipo de cosas.

Fue una vez, o digamos una noche. Ocurrió por accidente. Te

explicaré los detalles más adelante. La verdad es que fue divertido. Pero no somos una pareja. Somos amigos y acabamos en la cama y no tenemos planes de que vuelva a ocurrir.

Para:

De:
¿Eso es todo? ¿Eso me cuentas? Es patético. Quiero detalles. Y la gente no se acuesta por accidente. Es un acto consciente. No me engañas. ¿ Qué es lo que está pasando en realidad?

Marina miró el correo antes de contestar y se preguntó qué estaba pasando entre Todd y ella.

Para:

De:
Sólo somos amigos, lo juro. Me gusta, cosa que no esperaba, pero gustar no implica más. Sí, nos acostamos juntos pero no repetiremos y cuando terminemos de planificar la boda nos veremos unas cuantas veces al año en las reuniones familiares, nada más. No es mi hombre. Es sólo un tipo.

Un tipo especial, admitió para sí mientras enviaba el correo. Pero un tipo, no más.

-Voy retrasada -gritó Belinda cuando Todd entró en su estudio fotográfico-. Siéntate, ahora iré.

Él sonrió a la recepcionista y fue al espacio abierto en el que realizaba la mayoría de su trabajo.

Belinda, una pelirroja de mediana edad que se vestía como una gitana, estaba fotografiando a dos gemelas idénticas sentadas en una bala de paja.
Las niñas llevaban vestidos rosa y blanco y tenían el pelo oscuro cuidadosamente rizado y peinado.
-Bien, las cabecitas juntas -dijo Belinda con una sonrisa-. Pero nada de golpes. Sólo juntadlas por arriba.
Las niñas obedecieron.
-Ahora pensad en la mañana de Navidad. Estáis despiertas, pero es demasiado pronto para bajar. Acor daos de los nervios. Hay un montón de regalos y pronto podréis abrir los paquetes. Es muy divertido, pero tenéis que esperar. Pensad en eso.
Las niñas sonrieron con los ojos brillantes y las caritas animadas.

Belinda sacó varias fotos.

-Es buena.

Todd se dio la vuelta y vio que Marina había entrado al estudio.

Su última reunión había acabado mal, gracias a su tía Ruth. Esperaba sentirse incómodo, desear estar en cualquier sitio menos allí. Sin embargo, sintió expectación y ganas de rodearla con sus brazos.

-La mejor -dijo él-. ¿Cómo estás?

-Bien. Ocupada con las clases, pero es divertido -miró a las gemelas-. Unas niñas adorables.

-Estoy de acuerdo.

-¿En serio? ¿Quieres tener hijos?

-Claro. Muchos. Siempre he querido montar mi propio equipo de baloncesto.

-Son demasiados -dijo ella-. Pero tres o cuatro sería un buen número. ¿Cómo piensas conseguirlos?

-No tengo problemas con tener una familia -contestó él-. Es a la esposa a lo que me opongo.

-Entonces, ¿adoptarás?

Los ojos de ella eran de un azul cielo perfecto. Le gustaba poder leer sus estados de ánimo y saber que no se sentía intimidada por él. Cuando acabaran con la boda quizá pudieran ser amigos..., suponiendo que él dejara de necesitar volver a hacer el amor con ella.

-La adopción es una posibilidad -dijo él-, pero me gustaría tener un par de hijos biológicos para que perpetuaran el nombre de la familia.

-Y heredaran el dinero familiar -bromeó ella.

-Eso también.

-¿Y qué harás? ¿Contratar a alguien para que tenga los hijos? ¿Un vientre de alquiler?

-Puede -él se encogió de hombros-. Es una opción.

-Bromeaba -Marina lo miró boquiabierta.

-Yo no. Todo está en venta.

-No quiero ofenderte, pero es terrible.

-¿Por qué? Las madres de alquiler no son tan raras. Tendría que tener cuidado.

-Claro. ¿En qué estaría pensando yo? se cruzó de brazos-. Es una elección complicada. Al fin y al cabo, la madre aporta el cincuenta por ciento de los genes. Y algunos estudios científicos sugieren que la inteligencia se hereda de la madre.

-Eso explica por qué muchos hombres de éxito que buscan mujeres bellas, en vez de inteligentes, acaban teniendo hijos decepcionantes.

Notó que ella irradiaba desaprobación. Lo rodeó como una niebla,

pero no se inmutó. Era su vida y haría de ella lo que quisiera. Si eso implicaba hijos sin esposa, buscaría la manera.

-Suenas frío como un témpano -lo acusó ella.

-Soy práctico.

-Dado tu pasado, entiendo que no quieras confiar en nadie, pero yo opino que puedes tenerlo todo. Puedes enamorarte, casarte y tener hijos a la antigua usanza. Sin contratos.

-¿Es eso lo que quieres tú? -preguntó él.

-Claro. Es maravilloso ser parte de una familia.

-No pareces tener prisa en buscar a Don Perfecto.

-Sé que tengo mis problemas, pero estoy dispuesta a tener fe -admitió Marina.

-Eso es palabrería.

-Lo conseguiré. Eventualmente.

El lo dudaba. Aunque fueran muy distintos, ambos tenían una gran falta de confianza en el amor. Ella tenía miedo de perderse, como había hecho su madre; él pretendía ser algo más que una pensión.

-Hace falta fe -dijo ella-. Un día encontraré a alguien que merezca la pena y daré el salto.

-Espero que él esté allí para recogerte -dijo Todd con expresión de escepticismo.

La fotógrafa terminó con las niñas y fue a abrazar a Todd y presentarse a Marina.

-Nunca me habían contratado desde China -dijo con una sonrisa-. Podría ser divertido.

-Les enviaremos a Julie y a Ryan algunas muestras, si te parece bien -dijo Todd-. Marina y yo elegiremos algunas.

-Desde luego. Tengo mis álbumes aquí. Os mostraré una selección y os diré cuáles están digitalizadas.

-¿Cómo os conocisteis? -preguntó Marina, viendo la amistad entre Belinda y Todd. Todd gruñó, pero Belinda se rió y le dio una palmada en la mejilla.

-Los padres de Todd me contrataron para que lo fotografiase en su decimosexto cumpleaños. Fue todo muy formal y solemne.

-Humillante -masculló Todd.

-¿No tendrás ese retrato en los álbumes de muestras, verdad? -preguntó Marina, sonriente.

-Él me mataría si hiciera algo así. Pero puedo escanear una de las

pruebas y enviarte una copia.

-Me encantaría -Marina se acercó a Todd y apoyó la cabeza en su hombro.

-Si se la envías nunca te lo perdonaré -dijo Todd.

Pasaron la siguiente media hora viendo las fotos de Belinda. Eran increíbles. Románticas sin ser sensibleras, claras, artísticas y perdurables.

-Capta la personalidad -dijo Marina, señalando una foto de boda-. Mira la sonrisa de la novia. Se nota que es alocada pero divertida.

-Sí, y él está loco por ella.

Ver a las felices parejas hizo que Marina se sintiera vacía. Quería eso mismo: amor y confianza. Alguien con quien contar siempre, pasara lo que pasara.

-Cualquiera de éstas valdrá -dijo-. Le diremos a Belinda que envíe las que quiera al correo electrónico de Julie y Ryan. Les va a encantar su trabajo.

Regresaron al estudio para decírselo.

-Muy bien, enviaré una selección -aceptó Belinda-. Pero dejad que os haga un par de fotos. A veces ver a gente conocida ayuda mucho.

Todd miró a Marina. Ella se encogió de hombros.

-Tengo unos minutos -dijo, sin entender bien el razonamiento de Belinda.

-Bien. Lo tengo todo listo para mi siguiente cita. Así que será rápido -Belinda señaló un fondo en tonos azules y grises. Había luces alrededor y una cámara delante-. Poneos en el centro. Juntos. Probemos una pose tradicional. Todd, rodea su cintura con los brazos. Marina, pon las manos sobre las de él.

Hicieron lo que les ordenaba. Marina intentó ignorar el calor del cuerpo de Todd y que su cercanía hacía que le temblaran los muslos.

-Sonreíd -dijo Belinda-. Vamos, no quiero repetir el rollo de la mañana de Navidad. Pensad en algo bueno, por ejemplo, vuestra última noche de sexo.

Ella lo miró y descubrió que él la miraba. Recordó todo lo ocurrido aquella noche. Sus caricias, su risa, cómo la había excitado una y otra vez.

-Perfecto -dijo Belinda-. Sigue mirándolo así. Vale, ahora piensa en algo divertido, por ejemplo, Todd vestido con un disfraz de pollo.

Marina notó que su boca se torcía al pensar en esa imagen. Luego se echó a reír.

-Vaya, gracias -protestó él.

-Serías un pollo genial.

-Ahora mi vida está completa.

Marina seguía riéndose cuando Belinda les dijo que ya había acabado.

-También enviaré estas fotos ajulie y a Ryan -dijo-. Reservaré la fecha, a espera de confirmación.

-Gracias por todo -le dijo Marina-. Eres fantástica -Marina y Todd salieron.

-¿Sigue en pie lo de la boda del sábado? -preguntó Todd, cuando llegaron al coche de ella.

-¿Te refieres a la boda en la que quieres que nos colemos? A mí me da vergüenza.

-Vamos a oír a la orquesta. Eso no es colarse. No comeremos nada. Todo irá bien.

-Nunca me he colado en una boda -dijo ella-. Será algo muy especial.

-Te gustará

Ella se despidió con la mano y subió al coche. Él se marchó al suyo. Antes de arrancar, Marina pensó en lo que había dicho él de tener hijos sin una mujer en su vida. Aunque admiraba su deseo de tener una familia, la entristecía que se limitara tanto negándose a confiar en nadie.

Irónicamente, eran dos lados opuestos del mismo problema. confiaba en sí mismo y en nadie más. Ella confiaba en todo el mundo, menos en sí misma. Los dos necesitaban tener fe y arriesgarse, pero no sabía si serían capaces. Y si no lo eran, quizá nunca encontrasen lo que deseaba su corazón.

Capítulo Nueve

El sábado por la tarde, Todd condujo hacia la universidad. Marina lo había llamado para que la recogiese allí, en vez de en su casa, para ir a escuchar a la orquesta. Le había dado indicaciones.

Encontró la calle, giró a la derecha y buscó el número. Vio a Marina antes de ver la casa. Estaba en el jardín con un tipo alto y guapo, y se hacían señas.

El tipo le dio un abrazo a Marina. Ella se rió y lo besó en la mejilla.

Él sintió un latigazo frío y oscuro en el vientre. Estrechó los ojos mirando las señas que hacía Marina. Era obvio que conocía bien al hombre. Se preguntó de qué demonios estarían hablando.

Siguieron haciendo gestos, luego Marina se dio la vuelta, lo vio y saludó con la mano. El tipo lo miró, la abrazó de nuevo y entró en la casa.

Mientras iba hacia el coche, Todd se debatió entre su irrazonable enfado y admirar cómo el vestido que llevaba puesto dibujaba sus curvas. Verla con sandalias de tacón alto, pendientes y el pelo recogido era todo un cambio.

-Estoy lista para mi noche delictiva-dijo ella, abriendo la puerta y sentándose-. Pensé en traer máscaras para que nadie nos reconociera, pero temí que eso llamara más la atención.

El ignoró la broma y miró la gran casa.

-¿Sales con universitarios?

-¿Salir? Ah, no. Es David, está en el último curso e interpreto para él. Tiene una cita y su coche se ha estropeado, así que le he prestado el mío. No suelo hacerlo, pero piensa declararse esta noche, así que me pareció una buena causa -aclaró ella. Lo miró con una mezcla de exasperación y humor en los ojos.

-Sólo me lo preguntaba -se defendió él.

-Ya. Por eso te has puesto primitivo conmigo.

-¿Primitivo? Qué va, no es mi estilo.

Nunca. Eso requeriría celos y los celos implicaban amor. Marina le gustaba, pero sólo eran amigos.

-Eres raro, Todd -murmuró ella-. ¿Lo sabías?

-Nada de raro. Encantador, guapo, sexy, misterioso.

-Complicado, diría yo, nada más.

-Eso es porque no quieres admitir cuánto te atraigo.

-Será eso -farfulló ella.

-La recepción es en Beverly Hills -dijo él, arrancando-. Entramos, sonreímos, damos la enhorabuena, escuchamos la música y nos vamos.

-Lo que tú digas-aceptó ella-. Tú eres el delincuente profesional. será mi primera vez.

-Sólo vamos a escuchar la música, eso no va contra la ley.

-Los delincuentes siempre tienen una excusa. ¿Está Ryan al tanto de tus ilegalidades? Sois socios, seguramente debería protegerse. Dentro de nada empezarás a sisar dinero de la empresa.

-Yo no siso -dijo él, con expresión dura.

-Claro que no. Eres un santo. Si tu tía Ruth te viera ahora...

-¿Te ha llamado? -aprovechó para preguntar él.

-¿Mi abuela? -Marina lo miró sorprendida-. No. ¿Iba a llamarme?

-No. No te preocupes -dijo él.

-No puedes decir algo así y luego dejarlo pasar. ¿Qué ha ocurrido?

-Me ha llamado un par de veces desde que estuvo en la tienda. Hizo un par de sugerencias poco sutiles para que pasáramos «al siguiente nivel».

-Supongo que no se refería a que volviéramos a acostarnos juntos -Marina hizo una mueca.

-No exactamente -pero su tía había hablado de «pasión» varias veces, llevando la conversación a un tema que Todd no iba a comentar con ella.

-Esto no te va a gustar, pero también se lo cotilleó ajulie, que debe de habérselo dicho a Ryan.

-¿Tu abuela le contó a tu hermana que hemos tenido una relación sexual?

-Sí. He recibido un par de mensajes indignados de Julie. Le fastidia estárselo perdiendo todo.

-¿Qué le contestaste? -él se preguntó a santo de qué quería tener una familia, si funcionaba así.

-Que le daría detalles cuando volviera -le sonrióEstamos muy unidas.

Él supuso que estaba bromeando. Luego se lo pensó mejor. Las mujeres hablaban entre ellas, y sólo Dios sabía de qué. Al igual que cualquier tipo normal, a él no le interesaba saberlo.

-Lamento que Ruth se esté poniendo dificil -dijo-. ¿Puedes ignorarla o quieres que le diga algo?

-No es a mí a quien telefonea, con ignorarla me basta. ¿Supone un problema para ti ignorarla?

-No -quería mucho a Ruth, pero ella no iba a decirle qué hacer.

Sabía que quería verlo casado, pero eso no iba a ocurrir.

-Lo del sexo seguramente fue un error -musitó Marina-. Es buena idea que no vayamos a repetir.

Él pensó en lo fantásticos que habían sido juntos. En cuánto había disfrutado dándole placer, saboreándola y tocándola. En lo fácil que había sido hablar y reír. En cuánto seguía deseándola.

-No podría estar más de acuerdo -dijo.

Marina pensó que el hotel parecía salido de una película, mientras recorría con Todd el pasillo que llevaba al salón de baile con vistas al jardín privado.

Entraron sin que nadie les hiciera preguntas o los acusara de no tener invitación, pero ella se sentía como si toda la sala supiera que eran impostores.

-Relájate -dijo Todd, rodeando su cintura con un brazo-. Debe de haber más de trescientas personas aquí. Nadie se fijará en nosotros.

-Vale, pero nada de comer o beber.

-No te gusta romper las normas, ¿eh? -sonrió él.

-Sólo lo hago en momentos muy específicos. Como cuando sólo dejan meter cuatro prendas en el probador. Esa me la salto siempre que puedo.

Rodearon la pista de baile, evitando las mesas que había al final. Un camarero se acercó y les ofreció un canapé. Todd estiró la mano, pero ella se lo impidió.

-Se supone que no debemos comer -le dijo, con voz grave e intensa-. Mira, se preparan para tocar. Genial, podemos escuchar un rato y marcharnos.

-Cobarde.

-No pienso hacerte caso -miró a la pequeña orquesta sentarse-. Tienes razón, no son muchos. ¿En qué habías pensado? ¿En la sala adjunta al salón de baile de la abuela Ruth?

-O en el hueco que hay entre las columnas. El sonido sería mejor desde allí.

-Buena idea. Ojalá empezaran ya.

Una pareja mayor, muy bien vestida, se acercó.

-Somos KittyyJason Sampson -dijo la mujer, buscando la mano de Marina-. Os agradecemos que hayáis venido.

Marina se quedó helada. ¡Los habían pillado!

-Todo es perfecto -dijo Todd con una sonrisa serena-. Impresionante. Un día tan feliz.

-¿Verdad? -Kitty sonrió de oreja a oreja-. Estamos encantados.

-No me extraña -dijo Todd.

Jason se inclinó hacia Marina, la besó en la mejilla y después le dio una palmada en el hombro a Todd.

-Muchas gracias por estar aquí hoy. Significa mucho para nosotros.

-No nos lo habríamos perdido por nada del mundo.

Los Sampson se marcharon. Marina esperó a que estuvieran lejos y se llevó las manos a la cara.

-Iremos al infierno. Casi oigo cómo escriben nuestro nombre en las sillas.

-¿Van a darnos sillas en el infierno?

-Ya me entiendes -lo fulminó con la mirada.

-No ha pasado nada. Fuimos educados y corteses. Dentro de cinco minutos Kitty y Jason ni se acordarán de nosotros. Venga, puedes con esto. Mira, la orquesta está a punto de empezar.

-No es que quiera sentirme culpable.

-Entonces, no lo hagas. Vamos -a un rincón para evitarnos problemas -mientras hablaba, la agarró de la mano y la condujo a un lateral de la habitación. Aunque su contacto fue casual, el cuerpo de ella reaccionó como si le hubiera arrancado el vestido y tirado sobre una mesa. Mejor… una cama.

Se derritió de dentro afuera. La necesidad de estar con él la sobrecogió, y eso era una locura. Sólo habían estado juntos una noche. Y aunque había sido fantástica, no debería haberle impactado tanto.

Quería estar con él, pero no sólo de forma sexual. Quería estar en sus brazos, charlando y riendo. Viéndolo sonreír, escuchando su voz y su perspectiva sobre el mundo. Quería… más.

-¿Mejor? -preguntó él, cuando se detuvieron en un rincón de la sala, cerca de la orquesta pero apartados del flujo de invitados-. Estamos actuando casi como espías al escondernos tras esta palmera.

-Sí -ella se relajó un poco-. Esto está mucho mejor. Noto cómo se calma mi culpabilidad.

-Excelente -él sonrió.

Ella sintió un cosquilleo que tenía algo que ver con su cercanía, pero también con el mero hecho de que era él. Se preguntó qué le ocurría, aún no había encontrado la respuesta cuando un camarero les ofreció una copa de champán.

-Los novios llegarán en unos minutos -les dijoEsto es para el brindis.

-No podemos -susurró Marina. Se soltó de Todd y colocó las manos tras la espalda.

Todd aceptó las copas y dio las gracias al camarero. Cuando estuvieron solos, le ofreció una.

-Tenemos que hacerlo -le dijo-. No brindar por los novios sería grosero y de mal gusto.

-Esto no está bien -ella se mordió el labio inferior-. De acuerdo, alzaremos las copas pero no beberemos.

-Ya -él sonrió de nuevo-. ¿Crees que cuando dejemos las copas alguien se beberá el contenido? Acéptalo, nena. Tienes que beber.

-Podríamos enterarnos de cuál es la sociedad benéfica favorita de Kitty yjason y hacer una donación -Marina suspiró.

-Eres una tontuela -le dijo él, rodeando su cintura con un brazo-. Me gusta eso de ti.

El cosquilleo que sentía ella se intensificó. Un hombre, que debía de ser el padrino, se acercó al micrófono que había ante la orquesta.

-Damas y caballeros, por favor, únanse a mí para dar la bienvenida al señor y la señora Alex Sampson.

Todos vitorearon cuando entraron los novios.

-Un brindis -siguió el padrino-, por una pareja que es la definición del amor. Por que cada día sea mejor que el anterior -alzó su copa. Todos los invitados hicieron lo mismo.

Marina hizo una mueca, alzó la suya y tomó un sorbo diminuto del ilícito champán.

-Es Dom Pérignon -le susurró Todd.

-¿De verdad? -tomó otro sorbo. Estaba muy bueno. Pensó que si las familias podían permitirse un champán tan caro para esa multitud, dos copas robadas no eran algo tan grave-. Aceptaré el champán -murmuró-, pero no nos quedaremos a cenar.

-Claro que no. Sólo para un baile.

La orquesta empezó a tocar. Los novios salieron a la pista. Marina los ignoró y se concentró en la suave música. Era mucho más elegante que un pinchadiscos, sin llegar a ser cargante.

-Buena elección -dijo-. Me gusta la orquesta. Ahora vámonos.

-No tan rápido -él le quitó la copa y la dejó en una mesita. Luego la condujo a la pista.

-¿Qué? -ella intentó resistirse, sin éxito-. No podemos bailar.

-¿Por qué no? Todo el mundo lo hace.

Era cierto, varias parejas habían salido a la pista para unirse a los novios. Marina decidió que un baile no haría ningún daño. Tampoco era como si estuvieran comiendo. Así que se relajó en brazos de Todd y descubrió que él tenía otro talento más. Bailaba mucho mejor que en el probador de la boutique.

-Eres muy bueno -dijo ella, después de que la hiciera girar sin esfuerzo-. ¿Clases?

-Años de clases -la atrajo hacia sí cuando el ritmo de la música se ralentizó.

Ella apoyó la cabeza en su hombro. Él tenía una mano en la parte baja de su espalda y la apretaba de una manera sensual y excitante.

-Nos iremos cuando acabe la canción -le dijo él al oído-. ¿Quieres ir a comer algo?

-Sí.

-¿Comida para llevar?

Ella alzó la cabeza y lo miró. La pasión tornaba sus ojos oscuros como la noche.

-Sé lo que vas a decir -él apoyó un dedo en sus labios-. Que habíamos acordado no repetir. Que sería un error por muchas razones. Si es lo que deseas, no volveré a pedírtelo. Llevo toda la semana repitiéndome por qué sería mejor olvidarlo, pero no puedo. Te deseo, Marina.

Esas palabras habrían derrumbado muros mucho más fuertes que el de ella.

-Me habías convencido con lo de «comida para llevar» -musitó-. Vámonos.

Fueron a casa de él porque estaba más cerca. Los diecisiete minutos de viaje se hicieron eternos, tal vez porque Todd pasó gran parte del tiempo mordisqueando sus dedos. La combinación de dientes, lengua y labios era muy excitante. Más de una vez se sintió tentada de pedirle que aparcase y hacerlo allí mismo, en el coche.

No lo hizo porque aún era de día, no era una exhibicionista y pasar la noche en la cárcel no entraba en sus planes del día. Tampoco pasarla con Todd, pero intentaba ser flexible en ciertos casos.

Llegaron a su casa y salieron del coche. Él abrió la puerta, la metió dentro, echó el cerrojo y la rodeó con sus brazos. Ella aceptó el abrazo, anticipando el calor de su beso.

No la decepcionó. Tenía la boca firme, hambrienta y sabía a champán. Introdujo la lengua en su boca e inició una danza apasionada.

Trazó círculos, incitándola, tentándola. Ella lo recibió con movimientos propios y después cerró los labios sobre su lengua y succionó con suavidad. gi mió y ella sintió la presión de su erección. Ella ya se sentía húmeda e hinchada. Le dolían los pechos. Sintió una contracción al pensar en lo que estaba por llegar.

-Cama -murmuró él en su cuello-. Arriba. Ya.

Las instrucciones habrían resultado graciosas si ella no lo hubiera deseado tanto. Se obligó a apartarse de sus eróticos besos y fue hacia la escalera.

Antes de subir se quitó los zapatos. Él también.

A mitad de camino se detuvieron y se besaron de nuevo. buscó su

cremallera y la bajó. Ella le quitó la chaqueta y empezó a aflojarle la corbata. se sacó la camisa del pantalón.

Aunque no solía ser agresiva en la cama, Marina no se consideraba tímida. Así que dio un paso atrás y movió los hombros para deshacerse del vestido, que cayó a sus pies.

Debajo llevaba un sujetador de encaje color lavanda y braguitas a juego. Todd jadeó. Ella se llevó las manos a la espalda, desabrochó el sujetador, dejó que cayera al suelo y corrió escaleras arriba.

Él tardó un segundo en seguirla, pero la alcanzó muy pronto. Llegando al descansillo de la segunda planta, se lanzó hacia ella, la agarró y la detuvo. Ella soltó una risa y se volvió hacia él.

Estaba un escalón más abajo. Se arrancó la corbata del cuello, desabrochó la camisa y la tiró al suelo. Después capturó su pezón derecho con la boca.

Chupó, lamió y rodeó hasta que ella apenas pudo mantenerse en pie. Tuvo que apoyarse en sus hombros y, aun así, le temblaban las piernas. Sintió la respuesta de su cuerpo en el vientre.

Cuando él pasó al otro pecho, notó que empeza ba a perder el equilibrio. Él también debió de percibirlo, porque rodeó su cintura con los brazos y la hizo sentarse en el suelo alfombrado del descansillo.

Ella no se quejó, disfrutando del tacto de su piel ardiente.

-Llegaremos a la cama -afirmó él.

-Apruebo ese plan.

-Pero antes... -él sonrió, llevó las manos a sus braguitas y se las quitó de un tirón. Después descendió un par de escalones, la urgió a abrir las piernas y la besó entre ellas.

La íntima caricia la dejó sin aliento. Tuvo que apoyarse en los brazos para no dejarse caer, pero ni siquiera eso fue bastante. Temblaba de deseo.

Era tan bueno como ella recordaba. Exploraba, rodeaba, acariciaba, lamía, llevándola al borde para luego parar y arrancarle un gemido.

Una y otra vez la tocó con su lengua y sus labios. La llevaba más y más alto, y luego la dejaba caer. Hizo que jadeara. Casi consiguió hacerle gritar.

Perdió la noción del mundo que la rodeaba. Sólo existía ese momento, ese hombre y lo que le hacía.

Sus músculos se tensaron más y más. Notaba cómo se hinchaba y se acercaba al orgasmo. Muy, muy cerca, pero aún fuera de su alcance.

Después él empezó a golpear el centro de su placer con la lengua, siguiendo un ritmo ancestral. Al mismo tiempo insertó un dedo en su

interior, luego dos. La llenó, empujando hacia arriba como si también quisiera acariciarla desde dentro.

Una, dos veces más... y ella explotó.

La intensidad del clímax la asaltó con una fuerza inesperada. Perdió el control y gritó. Una y otra vez se rindió al placer, sintiendo la magia de su lengua, sus dedos y su cuerpo. Cuando por fin volvió a la realidad, él estaba sentado a su lado, sonriente.

-Adelante -se irguió y suspiró-. Regodéate. Te lo has ganado.

-Lo haré en un segundo. Espérame en la cama, ¿vale? -se puso en pie.

-¿Dónde vas?

-Es una sorpresa.

Él corrió escaleras abajo. Ella lo contempló hasta que comprendió que estaba sentada desnuda en la escalera y no sabía si ese día su ama de llaves libraba o no. Eso hizo que se moviera.

Fue al dormitorio. Estaba abriendo la cama cuando él llegó con dos copas y una botella de Dom Pérignon.

-Ya dijiste que solías tener una a mano -se rió ella.

Mientras abría la botella, ella se metió en la cama. El sirvió dos copas, terminó de desnudarse y ser reunió con ella.

-Por las sorpresas inesperadas -brindó-. Tú desde luego eres una.

Ella abrió la boca y la cerró. No podía hablar, moverse ni apenas respirar. Era como si se hubiera quedado paralizada.

Y, de pronto, supo por qué. Mirando a Todd, su guapo y ya familiar rostro, escuchando su voz, sentada en su cama después de que él la hubiera conducido por un increíble viaje sensual, comprendió lo que había estado obviando todo el tiempo.

Era perfecto.

Bueno, no perfecto. El hombre tenía fallos. Pero era todo lo que ella había estado buscando. Cariño so, cálido, listo, familiar, afectuoso, intrigante y determinado; y no lo intimidaba en absoluto su gran inteligencia.

Perfecto.

Y, en algún momento, se había enamorado de él.

Capítulo Diez

Una increíble noche de amor hizo que Marina consiguiera no pensar en su descubrimiento. A la mañana siguiente se marchó temprano, alegando una muy legítima reunión con Willow. La aterrorizaba no ser capaz de seguir actuando con normalidad delante de Todd. No iba a poder hacerlo cuando su mente casi daba vueltas por el asombro.

Enamorada de Todd. ¿Cómo? ¿Cuándo? Se suponía que no iba a enamorarse de nadie, y menos aún de un hombre que nunca, bajo ninguna circunstancia, iba a confiar en una mujer.

Fue a casa, se duchó y se cambió. Tal y como había prometido, David había devuelto su coche la noche anterior y dejado las llaves en una maceta, junto a la puerta delantera. Las recogió y condujo a la boutique nupcial, donde Willow y ella iban a elegir un par de vestidos para las damas de honor.

-Nada empalagoso -dijo Willow, cuando Marina aparcó junto a su coche y bajó del suyo-. Nada con volantes y nada que requiera ser alta para lucirlo. No sé si lo habrás notado, pero yo no soy alta.

-¿Desde cuándo? -Marina simuló sorpresa.

-Muy graciosa. Sabes lo que quiero decir. Hay mucha ropa que queda fabulosa si eres alta como una ji rafa, pero que al resto de los mortales nos hace parecer rechonchos. Me niego a parecer rechoncha en la boda de mi hermana.

-Ningún vestido de ésos, lo prometo.

-Más-te vale. No quiero que las dos hermanas altas ganen por mayoría.

-La confianza es una parte básica de nuestra relación.

-No confío en nadie que tenga unas piernas tan largas como las tuyas -rezongó Willow. Entraron a la tienda-. Vi las fotos del vestido de novia. Es genial.

-Estoy segura de que Christie nos enseñará el vestido que ha elegido Julie -afirmó Marina-. Es sin hombros, así que podríamos escoger el mismo estilo o con tirantes finos. Nada que sea largo.

-Gracias a Dios -Willow puso los ojos en blancoTengo muchos vestidos largos de otras bodas. Yla novia siempre dice «Puedes cortarlo». Como si hubiera muchas ocasiones para ponerse un vestido verde lima corto y con relieves de terciopelo. Hablando de verde, sé que es uno de los colores elegidos. Pero somos rubias. Elegiremos tonos rosas, ¿verdad?

-Oh, sí. El verde me recuerda demasiado una reciente intoxicación.

No me pondré ese color.

-¿Ves? Así debería ser -dijo Willow-. Solidaridad entre hermanas.

-Buenos días, señoritas -Christie fue hacia ellas-. Tú debes de ser Willow. Soy Christie.

Se dieron la mano.

-¿Estáis listas para probaros vestidos de dama de honor? -preguntó Christie-. He estado escribiéndome con julie y tiene algunas sugerencias.

Marina miró a Willow, que gimió.

-¿Buenas o malas sugerencias? -preguntó Willow con voz tenue.

-Buenas -sonrió Christie-. Creo que os gustarán. Por cierto, Willow, ¿quieres que saque el vestido de Julie para que lo veas?

-Si no te molesta, me encantaría verlo.

-No es problema -Christie miró a Marina-. Podríamos hacer la primera prueba, si tienes tiempo.

-Estoy disponible.

-Excelente. Seguidme y os enseñaré los vestidos que eligió Julie.

La siguieron a una habitación lateral llena de vestidos de dama de honor. Había dos colgados en la pared. Uno era sin hombros, ajustado a la cintura y luego caía con un poco de vuelo y terminaba en un bajo recto. Por encima llevaba otra capa de tejido transparente con ondas en el borde. El segundo vestido era tipo túnica, con un poco de encaje en el corpiño y el bajo haciendo forma de tulipán.

-Los dos me gustan -dijo Willow-. ¿Qué opinas tú?

-Ninguno da miedo, hay que reconocérselo a julie -contestó Marina.

-Bien -Christie señaló dos probadores-. Tenéis los dos modelos. Probároslos y yo volveré en unos minutos.

-Eso significa que Julie le envió nuestras tallas -murmuró Willow, ya en los probadores-. ¿No te preocupa a veces lo organizada que es?

-No demasiado -Marina se quitó la camiseta y los vaqueros-. Nos prestarán unos zapatos de prueba. Para ver cómo quedan los vestidos con tacones.

La puerta de su vestuario se abrió y Willow entró y la cerró a su espalda.

-Vale -dijo-. ¿Qué es lo que va mal?

-Nada -Marina la miró-. ¿Por qué? Estoy bien.

-No estás bien. Estás... -frunció el ceño-. No lo sé, no puedo definirlo, pero bien no es la palabra. ¿Estás molesta? ¿Ha ocurrido algo malo? ¿Necesitas que Kane mate a alguien?

-Aunque agradezco la oferta, y estoy segura de que él también, estoy bien. En serio.

-No me iré hasta que no lo confieses todo -Willow se cruzó de brazos.

-No hay nada que... -Marina suspiró-. He hecho lo posible por actuar con normalidad.

-Pues no lo has conseguido -Willow torció la boca-. ¿Qué pasó? ¿Es Todd? ¿Te ha hecho daño?

-Claro que no. No. El no ha hecho nada malo. Es sólo...

-No hace falta que hables de ello si no quieres -Willow se acercó y le tocó el brazo.

-Ya, claro. Lo dices ahora -Marina consiguió sonreír-. Es sólo... Nosotros... -tragó saliva-. Estoy enamorada de él.

-¿Y? -Willow siguió mirándola con fijeza.

-Y nada. ¿No te parece bastante? Estoy enamorada de Todd Aston Tercero. ¿No es una locura?

-Nada de locura. Es fantástico -Willow sonrió y la abrazó-. Estás enamorada. Eres soltera y él soltero. Tú eres maravillosa y él alguien a quien el resto de la familia podría tolerar. ¿Cuál es el problema?

-Estoy aterrorizada -Marina se sentó en el banco y se tapó la cara con las manos-. ¿Y si soy igual que mamá? ¿Y si me pierdo? ¿Y si le permito que me trate fatal y finjo que eso me vale, porque es mejor que estar sin él?

-¿Y si no pasa nada de eso? -Willow se sentó a su lado y la rodeó con un brazo-. ¿Y si eres fuerte y madura y te permites ser feliz.

Aunque agradecía el apoyo, ser feliz no le parecía una opción en ese momento.

-Él tiene problemas.

-Claro que los tiene -Willow hizo una mueca-. Como todos los hombres.

-Los suyos son complicados. No confía en las mujeres. Nunca. Jamás. El tipo rico no se fía.

-A mí me parece sencillo -la contradijo Willow-. Bien. No confía. Supongo que otras mujeres le han enseñado a ser así. ¿Pero qué has hecho tú para que no confíe en ti? Nada. Así que puede que lleve algo de tiempo y trabajo, pero lo harás cambiar.

Marina deseó que fuera así de fácil, pero su instinto le decía que Todd no iba a convencerse.

-¿Siempre has sido tan optimista? -preguntó.

-Creo que sí -contestó Willow-. Soy la mediana. Mi función es ver los dos lados de las cosas. Aunque ahora sólo esté viendo el tuyo. Ten un poco de fe. Dudo que no te corresponda. Eres fantástica. Tiene suerte de tenerte en su vida.

-No creo que yo sea el problema. Lo es él, y no sé cómo arreglar eso.

-No tienes que hacerlo. Eso es trabajo suyo.

-¿No seré como mamá? -Marina miró a su hermana-.

¿Enamorándome de un hombre incapaz de comprometerse?

-No te pareces en nada a mamá. Eres tu propia persona. Ten un poco de fe en ti misma.

Sonaba fácil, pero Marina no sabía cómo hacerlo.

-¿Estás bien?

-Sí. Tenemos vestidos que probarnos.

Unos minutos después se reunieron frente al espejo de tres cuerpos.

1 J no es favorecedor -gruñó Willow, colocando los tirantes del vestido-. El bajo con forma de tulipán hace que parezca bajita.

-Eres bajita -pinchó Marina-. Pero el vestido no queda bien. Las dos estábamos mejor con el otro. Espero que ajulie no le importe que sea tan ceñido a la cintura.

-¿Crees que le dará envidia porque su tripa está creciendo? Hum. No lo había pensado -Willow sonrió-. Que rabie un rato. Ella tendrá su bebé -estiró el vestido-. Cuando Kane y yo nos casemos iremos a por niños desde el primer día. Me encanta la idea. Creo que me imaginé cómo sería estar embarazada las dos primeras semanas que tomé la píldora.

-¿Te hinchaste? -preguntó Marina compasiva-. Por eso yo no la tomo. Además, me sienta fatal.

-A mí también. Pero lo peor ya pasó. Es mucho más molesto que el problema de los preservativos.

-¿Qué problema de los preservativos?

-Ya sabes. Que no son seguros al cien por cien. Si se utilizan perfectamente, en pruebas controladas, tienen un noventa y siete por ciento de eficacia. Pero en la utilización normal, eso baja mucho.

Willow siguió hablando, pero Marina no la oía.

Menos eficaces implicaba más riesgo de embarazo. Y Todd y ella sólo habían utilizado preservativos. Ella no tomaba nada y él no había preguntado. Aunque tampoco habría podido hacer mucho más.

Se tocó el estómago e intentó relajarse. Aunque no fueran seguros al cien por cien, Todd y ella sólo habían hecho el amor unas cuantas veces. No podía haber ocurrido nada. En realidad no. ¿O sí?

Dos largas horas y media después, Marina consiguió salir de la tienda. Había tenido que sufrir la prueba del vestido de novia y Willow se había quedado con ella. Fue directa a una farmacia y compró dos pruebas de embarazo distintas. Estaba segura de que no había problema, pero algo de evidencia científica no haría ningún daño.

Había contado los días en su calendario y llevaba un poco de retraso. Sólo un par de días, pero retraso.

Le costaba respirar por la tensión. No podía estar embarazada.

Quería hijos, pero no aún. Ni así.

Recordó todas las historias de horror que Todd le había contado. Si estuviera embarazada, pensaría que era igual que el resto de las mujeres de su vida. Nunca confiaría en ella.

Asustada y temblorosa, abrió las dos cajas e hizo la prueba. Cinco minutos después miró las dos tiras de plástico y gimió.

Una indicaba embarazo y la otra no.

-Típico -dijo, tragándose unas lágrimas de frustración-. Tengo que saberlo.

Miró la primera caja y llamó al teléfono de atención al cliente.

-Hola -dijo, cuando contestó una mujer-. Me he hecho una de sus pruebas de embarazo hace unos minutos. Y también una de otra marca. La suya dice que no estoy embarazada, la otra dice que sí. ¿Cuál debería creer?

-Oh, no -exclamó la mujer-. Eso no es bueno. ¿Cuánto retraso lleva?

-Sólo un par de días.

-Bien, entonces tiene dos opciones. Comprar más pruebas y ver lo que dicen, o esperar; sé que esperar es dificil, pero es mi consejo. Espere una semana y vuelva a hacerse la prueba. O, en última instancia, pida una cita con el médico.

Marina dio las gracias a la mujer y colgó. Ir al médico no era una opción. Era un amigo de la familia y su madre trabajaba en su consulta. Podría buscar otro médico, pero para cuando le dieran cita habría pasado una semana, al menos. Esperar y repetir la prueba era lo más sensato.

Pero la sensatez no aflojó el nudo que tenía en el estómago, ni le devolvió el aliento.

Se debatía entre la excitación maternal de pensar en un bebé y el horror de saber lo que Todd pensaría de ella: que lo había engañado.

Como necesitaba hablar con alguien, llamó a Willow. El móvil de su hermana saltó directo al contestador; Willow debía de estar con Kane, practicando cómo fabricar sus propios bebés.

Inquieta y deseando desahogarse, Marina encendió su ordenador portátil.

Para: Julie_Nelson@SGC.usa

De: Man*na-Nelson@mynetworh.LA.com

Hola. Estamos a mitad del día, así que supongo que allí estás en mitad de la noche. Y es un fastidio porque necesito hablar. No hablaremos y no quiero que llames. Cuesta una fortuna por minuto y además mañana tengo clases casi todo el día. Es sólo que...

Espero que no estés bebiendo café mientras lees esto. Tengo un

retraso. De... retraso. Así que me compré dos pruebas de embarazo. Una dice que estoy embarazada, la otra que no. Una mujer de la empresa me sugirió que esperase una semana y me la volviera a hacer, y tiene sentido. Excepto que esperar una semana me parece imposible.

Quiero tener hijos. No me importaría estar embarazada, excepto por Todd. No es confiado y, aunque no lo culpo, no puedo ni empezar a imaginarme qué diría si le dijese que estoy embarazada. Pensaría que intento manipularlo, o engañarlo. Sería horrible.

Y es peor aún... no puedes contarle esto a nadie, y menos lo que voy a decir ahora. Creo que estoy enamorada de él.

Marina hizo una pausa y suspiró.

No. Eso no es cierto. Sé que estoy enamorada de él. Seguramente desde el principio. Estoy emocionada y también asustada. ¿ Y si soy como mamá? ¿Pero y si no lo soy? Lo malo es que se trata de Todd. ¿Llegaría a confiar en mí lo suficiente para tener una relación? ¿Le interesa algo serio? Y si existe la posibilidad, que esté embarazada lo arruinará todo.

Así que así me va el día. Escríbeme cuando puedas. Me siento mejor ahora que hemos «hablado». Gracias por escucharme.

Marina apenas durmió esa noche, así que la clase sobre los aspectos físicos de la Química Inorgánica le resultó difícil. Hizo lo que pudo para borrar de su mente los problemas personales y concentrarse. De bió de conseguirlo, porque Jason, uno de sus alumnos sordos, sólo la miró extrañado un par de veces.

Después de la clase fue hacia el coche. Mientras sorteaba a los alumnos su mente giraba como un torbellino desbocado, en cientos de direcciones.

Se preguntaba qué haría si estaba embarazada, cómo se lo diría a Todd, y si la entristecería descubrir que no estaba embarazada.

Las emociones la desgarraban. Amaba a Todd y le encantaría tener un bebé suyo. Pero dudaba que él superase su desconfianza inherente en las mujeres, ella incluida. Así que lo más sensato era esperar que no hubiera bebé, pero tampoco conseguía desear eso.

Cuando iba hacia su coche, se dijo que necesitaba dormir. Pero un caro y conocido descapotable paró a su lado. Un Todd muy enfadado bajó la ventanilla.

-Sube -ordenó-. Tenemos que hablar.

Capítulo Once

Lo sabía. Lo leyó en la frialdad de sus ojos.

No la sorprendió demasiado. Julie se lo habría contado a Ryan, y Todd y Ryan eran como hermanos.

-Te seguiré a tu casa -dijo ella, sabiendo que había pocas posibilidades de que la conversación fuera bien. Sería mejor poder marcharse cuando quisiera, sin tener que pedirle que la llevara él.

Él abrió la boca, pero lo interrumpió.

-Te seguiré. Al menos en eso deberías fiarte de mí.

-¿Por qué? -preguntó él. Pero subió la ventanilla y movió el coche unos metros para que ella pudiera sacar el suyo.

Veinte minutos después, ella llegó al camino circular empedrado que había ante la enorme casa. Al bajar del coche sintió una incómoda mezcla de aprensión y de pánico. Basándose en lo que sabía de él, Todd no iba a reaccionar nada bien.

Entraron en la casa sin hablar. Marina supuso que debía ser ella quien iniciara la conversación, pero no sabía cómo. Y tampoco qué sabía él. Así que decidió empezar por ahí.

Siguió a Todd a su despacho y dejó el bolso en uno de los sillones de cuero.

-¿Ryan te hizo un resumen o simplemente te reenvió mi correo? preguntó, recordando que había confesado su amor por él. Julie no podía haberle contado eso a su prometido.

-Me contó los hechos -Todd clavó los ojos en su vientre-. Que piensas que estás embarazada.

Ella no pudo adivinar qué pensaba por su tono de voz. Hasta ese momento, su lenguaje corporal parecía controlado, así que ella debería sentirse mejor. Pero no era así. Había una frialdad y amargura que parecían robarle su calidez a la habitación. Se estremeció.

-No sé si lo estoy -dijo-. ¿Te explicó que me hice dos pruebas de embarazo distintas?

Todd rodeó su escritorio y se volvió hacia ella.

-Seré muy claro. He sido manipulado por mujeres con mucha más experiencia que tú, Marina. No ganarás este juego.

-No estoy jugando a nada -se sentía como si la hubiera abofeteado-. No soy así y tú lo sabes. Me conoces, Todd.

-¿Ah, sí? Tú eres quien se ha metido en esto por un millón de dólares.

-No seas ridículo -lo miró fijamente-. Eso no es más que una alocada idea de Ruth.

-Ofreció retirar el dinero, pero le dijiste que no.

-Bromeaba. Fue una broma.

Nada en la expresión de él demostraba que la creyera. Las paredes parecieron estrecharse y sintió un frío intenso recorrer su espalda.

-Esto es una locura -dio un paso hacia él-. Nos hemos hecho amigos. Nos hemos reído, hemos hablado de nuestras esperanzas y sueños. No soy ningu na manipuladora en busca de dinero. Cielos, Todd, no te tendí una trampa. Tú también querías que hiciéramos el amor. Participaste con gusto.

-Si sigues alegando estar embarazada, pediré que lo confirme una prueba independiente, realizada por el médico que yo elija. Estaré allí para la prueba, con mi abogado.

-¿Alegando estar embarazada? -la voz de ella sonó baja y temblorosa-. Estoy diciendo que no lo sé. No se puede ser más honesta.

Él ignoró sus palabras.

-Si estás embarazada, pediré un análisis de ADN al nacer el niño. Si se demuestra mi paternidad, tendremos que negociar un acuerdo de custodia -la miró con dureza-. En tu lugar, yo no contaría con ganar esa batalla.

Ella se sintió como si estuviera encerrada en un congelador. El frío le cortaba la respiración. Cerró los ojos y recordó sus palabras sobre querer hijos pero no una madre para ellos. Se preguntó si ése sería su plan, quitarle al bebé.

-Esto no tiene que ver conmigo dijo-. Nada de esto. Es sobre tu pasado. Quieres hacerme pagar por lo que esas otras mujeres te hicieron.

-¿Te ofreció mi tía retirar el millón de dólares? -preguntó él.

-Sí -admitió ella, sabiendo que no podía ganar. no iba a permitírselo.

No serviría de nada explicarle que había estado bromeando. Que no había considerado la posibilidad de que él le gustara, y menos aún de enamorarse.

-Es como pedir la luna -dijo, aunque sabía que era una pérdida de tiempo-. Claro que dije que lo aceptaría, pero es como si hubiera aceptado sacar el Titanic del mar. No va a ocurrir. El dinero no es real.

Dio un paso hacia él, aunque era un gesto inútil con el enorme escritorio interponiéndose entre ellos.

-Quería organizar una gran boda para mi hermana -dijo-. Igual que tú para Ryan. Teníamos que hacerlo juntos. Al principio no me caías muy bien, pero luego nos hicimos amigos y fue fantástico. Eso es todo, Todd. No lo conviertas en algo feo, sin más.

-Dame una razón por la que deba creerte.
-No se puede argumentar la confianza. Se gana con el paso del tiempo. Dime una cosa que haya hecho yo para defraudar tu confianza.
-Puedo darte un millón de ellas. El que te quedes embarazada sólo confirma lo que querías desde el principio.
-Fue en broma -empezó ella, horrorizada. Después se calló. No serviría de nada.
Agarró el bolso y sacó su teléfono móvil. Marcó el teléfono de Ruth.
-Hola, soy Marina -dijo, cuando Ruth contestóNecesito decirte que no me interesa el millón de dólares. Pase lo que pase, no lo quiero.
-Nunca lo quisiste, cariño -su abuela suspiró-. Eso ya lo sabía.
-Todd no lo sabe.
-Oh, sí. Es muy testarudo. Pero entrará en razón.
-Yo no estoy tan segura de eso -dijo Marina, contemplando su rostro serio y su ojos acerados.
-Sé que parece demasiado trabajo, pero al final merecerá la pena. Ten un poco de fe.
-Lo intentaré -colgó. Por lo visto había mucha necesidad de fe en el mundo.
-Eso no significa nada -dijo él-. Sabes que puedes conseguir aún más dinero de mí.
Entonces ella comprendió que no podía ganar.
-Si no hubiera sido el posible embarazo habría sido otra cosa -dijo, más para ella que para él-. Estás empeñado en no confiar en mí y la gente siempre encuentra lo que busca. Si esperas lo peor, lo encontrarás.
Tomó aire para darse fuerzas.
-Algún día apreciaré la ironía de esta situación. He estado muy preocupada por ser como mi madre, me aterrorizaba perderme por un hombre. Nunca pensé en la posibilidad de enamorarme de alguien incapaz de amarme. En mi mente, era yo quien tenía un problema grave.
Metió el móvil en el bolsillo de los vaqueros y agarró su bolso.
-Pero no lo soy. Estaba dispuesta a arriesgarme contigo. Estaba asustada y preocupada, pero aun así dispuesta a dar ese paso. Nunca me detuve a pensar que mis miedos no tenían importancia. Porque tú no te atreverás.
La expresión de él no cambió. Ella no sabía bien por qué se estaba explicando; tal vez a modo de despedida y conclusión.
-La única manera de convencerte de que no lo hago por dinero es no estar embarazada y no volver a verte -dijo-. No puedo hacer nada sobre lo primero, ya se verá, pero sí puedo salir de tu vida. Si estoy

embarazada, acordaremos algo. Algo justo. No vas a quitarme a mi hijo sin más. Si no lo estoy, entonces tendremos que vernos en la boda y luego procurar evitarnos en la medida de lo posible.

Fue hacia la puerta, se detuvo y lo miró.

-Sé que estás asustado, Todd. Yo también lo estoy. Pero después de enamorarme de ti estoy dispuesta a enfrentarme a mis miedos. Puede que yo no sea la persona indicada para ti. Tal vez no quieras que yo te importe, y eso está bien. Pero si nunca te importa nadie, las mujeres malas del mundo ganan la partida. Puede que ellas no te tengan, pero se habrán asegurado de que tampoco te tenga nadie. Es una manera infernal de vivir.

Él esperó hasta que se cerró la puerta delantera para salir del despacho. Sentía el peso del vacío de la casa, pero no era nada comparado con la furia que sentía por su traición. Si había una mujer en la que podría haber llegado a confiar, era Marina. Pero había resultado ser igual que todas ellas.

Embarazada. Pensó, amargamente, que si quería jugar a eso, él le devolvería la pelota. Se quedaría con el bebé e iniciaría la familia que siempre había deseado. Ella recibiría una compensación y nada más.

Era una buena candidata genética como madre. Inteligente, sana y determinada. Contrataría a una niñera y sería padre.

Era un plan y siempre se sentía mejor cuando tenía un plan. Pero no ese día. Sentía un agujero ardiente en el pecho. Deseó tirar algo o atravesar la pared de un puñetazo. Había querido que no fuera como las demás. Había querido confiar en ella.

Pero no lo haría.

Quizá le habría dado una segunda oportunidad si hubiera confesado y suplicado su comprensión. Si no hubiera dicho que lo amaba. era la mayor traición de todas. Utilizar lo único que realmente deseaba para manipularlo. Eso no se lo perdonaría nunca.

Marina pensó que iba a ahogarse en sus propias lágrimas. Brotaban y brotaban, empapándole el rostro, mientras los sollozos convulsionaban su cuerpo. Nunca había sentido un dolor tan intenso. Era como si le hubieran quitado el aire que necesitaba para sobrevivir. Pero no había muerto. Sólo sufría y lloraba, rezando por sentirse mejor.

Willow la sujetaba y calmaba con sonidos y susurros, no palabras. No había palabras.

-¿Cómo dejo de quererlo? -preguntó Marina, con la garganta irritada y exhausta-. Dime cómo.

Casi una semana después, Todd fue a la florista a finalizar el pedido de las flores. Aunque quería que todo estuviera perfecto en la boda de Ryan y Julie, no dejaba de pensar en que iba a ver a Marina de nuevo.

Había esperado que le telefoneara y no lo había hecho. Se preguntaba qué significaba eso. Había dicho que lo amaba y desaparecido. Si lo amaba de verdad, lo normal sería que intentase recuperarlo.

Él quería que lo intentase y lo irritaba sobremanera que no se hubiera puesto en contacto con él ni una vez. Como era él quien había encontrado a la florista, había tenido que llamar a Marina para con certar la cita. Y peor aún, había sentido una gran decepción cuando saltó el contestador.

Había hecho lo correcto, dejar un mensaje en vez de intentarlo más tarde. Pero ella no le había devuelto la llamada y en ese momento, rodeado de flores, descubrió que anhelaba verla de nuevo.

No debería ser así. Sabía que ella estaba jugando con él. Pero no podía evitarlo.

Marina entró, justo a la hora de su cita.

Aunque se quedó inmóvil y no dijo nada, su cuerpo reaccionó al verla. Era preciosa, con una palidez etérea. Sus dedos ardían por perderse en su largo cabello dorado. Deseaba tocarla, escuchar su voz y su risa. Inclinarse hacia ella e inhalar su aroma.

Maldijo para sí. Debería ser más inteligente, después de lo que ella había hecho.

Se encontró preguntándose qué había hecho exactamente. Pensar que podía estar embarazada. Como ella había señalado, él había estado más que dispuesto a acostarse con ella. Habían utilizado protección, pero no siempre funcionaba. Tal vez los dos eran igual de culpables. Ya no estaba tan seguro de que Marina hubiera intentado engañarlo.

-Tengo una clase dentro de una hora -le dijo ella-. ¿Por qué no haces tú la selección final? -le entregó unas hojas impresas-. son las ideas dejulie para los ramos. Estoy segura de que Beatrice diseñará algo precioso.

-¿No vas a quedarte? -preguntó él, sabiendo que sonaba como un idiota. Había contado con pasar el resto de la mañana con ella.

-No puedo faltar a la clase. Sé que la boda es la semana que viene, pero todo lo demás está organizado. Julie y Ryan vuelven este fin de semana -miró a su alrededor, comprobando que estaban solos, y bajó la voz-. La duda está resuelta. No estoy embarazada.

-¿Volviste a hacerte la prueba?

-No hizo falta.

No había bebé. La expresión de ella no mostraba sus sentimientos, pero a él lo asombró sentir una oleada de tristeza. Estaba triste y se preguntó si era porque, inconscientemente, había deseado tener un bebé con Marina.

-Estoy segura de que sientes un gran alivio -le dijo ella-. Yo sí, desde luego. Me habría encantado tener un bebé. Pero no tuyo.

Las palabras tuvieron el efecto esperado. Lo cortaron como un cuchillo.

-Dadas las circunstancias -empezó él.

Ella negó con la cabeza.

-Acepto que estuvieras molesto. Cualquiera lo estaría. Incluso acepto que tengas problemas, pero no hay excusa para lo que me dijiste ni cómo me trataste. Me amenazaste con quitarme al bebé. Me acusaste de mentir a propósito para obtener dinero. Juzgaste y tomaste decisiones antes de conocer todos los datos. Te equivocaste conmigo, Todd. Y mucho. Nunca me interesó el dinero.

Cuadró los hombros.

-Lo que más me duele es que sabías que estabas equivocado. Creo que en el fondo me creías, pero eras incapaz de admitirlo. Y atacaste. Eso no es algo que pueda superar. Supongo que lo único bueno de todo esto es que yo también me equivoqué contigo. Me equivoqué al creer que eras especial. Que eras el tipo de hombre del que podía enamorarme.

Como la vez anterior, se fue y lo dejó solo.

Pero esa vez fue diferente. Esa vez, cuando se iba, él comprendió la enormidad de lo que había perdido. Que a pesar del embarazo, de su pasado, los miedos de ella y de todo lo ocurrido, se había enamorado.

Y se había dado cuenta demasiado tarde. Como ella le había dicho, lo ocurrido era imperdonable.

Capítulo Doce

El martes, después del trabajo, Todd revisó la correspondencia. Había un sobre grande y rígido sin remite debajo del montón.

Lo abrió y sacó varias fotos. Eran las que había sacado Belinda. Las muestras que había enviado ajulie y a Ryan. Por lo visto, la fotógrafa había decidido enviarle copias.

Estudió las fotos. Marina estaba en sus brazos, mirándolo, sonriente. El la miraba con tal intensidad que se preguntó qué había estado pensando.

Había fluidez en su postura y una conexión. La cámara había captado lo que él no se había permitido ver: Marina y él parecían encajar juntos.

Vio algo más en los ojos azules de ella. Amor.

Llevó las seis fotografías a su despacho y se sentó tras el escritorio. Encendió la lámpara, extendió las fotografías y dejó que las imágenes hablaran.

En una se veía risa, en otra deseo sexual. Sus sonrisas sugerían un secreto compartido.

El dolor lo golpeó como un rayo. Lo desgarró, dejándolo expuesto y sangrante. Algo oscuro y feo rodeó su alma y empezó a exprimirle la vida.

La había perdido. Había estado tan seguro de que nunca querría a nadie que había decidido dejarla mar char antes de saber lo que era tenerla. Había asumido que ella no importaría, que no podía ser especial. Había rechazado su regalo de amor sin darse cuenta de que podía cambiarlo para siempre.

En ese momento, solo, sintió su pérdida. Anheló oír su risa, ver sus labios, tocarla, abrazarla. Quería que ella lo necesitara, no sólo en su cama sino también en su vida. Quería que lo echase de menos y envejeciera con él. Que lo amara.

Guardó las fotos. Ella había dejado muy claro que ya no estaba interesada. Que no lo quería.

Cerró los ojos un segundo y los abrió. Marina no era una persona que entregase su corazón a la ligera. Tal vez sólo había echado la llave a sus sentimientos porque todo lo demás dolía demasiado. Se preguntó si aún tendría alguna posibilidad.

Se puso en pie comprendiendo que posibilidades, esperanzas y deseos no importaban. Siempre había sido un hombre que se partía la espalda para conseguir lo que quería. Si había dado tanto por algo tan poco significativo como un negocio, estaba dispuesto a mucho más

para convencer a la única mujer a la que había amado de que le diera una oportunidad.

Marina estaba preparando café cuando llamaron a la puerta. Inmediatamente pensó que era Todd, volviendo de rodillas para suplicarle otra oportunidad. La imagen le habría hecho gracia si no le hubiera provocado tanta tristeza. Aun sabiendo lo que él era y lo mal que había llevado la situación, deseaba con desesperación darle otra oportunidad.

Abrió la puerta y aunque no era Todd, se alegró muchísimo.

-Julie! ¡Has vuelto!

Las hermanas se abrazaron, gritaron y bailaron ante la puerta. Después, Marina dio un paso atrás para estudiar los cambios de las últimas seis semanas.

-Apenas se te nota -dijo, mirando el inexistente bulto de su vientre-. Pero pareces muy feliz.

Era verdad. El rostro de Julie resplandecía.

-Soy feliz -le dijo su hermana-. Ryan y yo regresamos anoche y lo primero que he hecho es venir a verte. ¿Cómo estás?

-Estoy bien. De maravilla -entraron al piso.

-No puedes estar bien -Julie la miró poco convencida.

-De acuerdo, digamos que estoy adaptándome. ¿Qué te parece eso?

-Mejor -Julie la abrazó de nuevo-. ¿Sientes lo del bebé?

-Sí y no. Me emocionó la idea de estar embarazada. Me aterrorizaba y excitaba a un tiempo. Después, cuando Todd reaccionó así, supe que tener un hijo con él sería un gran error. No está preparado para confiar en nadie. No puedo tener una relación con un tipo que está tan dispuesto a pensar lo peor de mí. Y menos un bebé suyo. Así que no estar embarazada es una buena noticia, ¿no crees?

Marina hacía lo posible por hablar con calma, ser lógica, racional y sensata respecto al tema. Pero en realidad le dolía el corazón. Echaba de menos a Todd y al inexistente bebé; era una locura porque no sabía cuándo volvería a sentirse como antes.

-Oh, Marina -murmuró julie-. Lo siento mucho. Todo. No debería haberos pedido que organizarais juntos la boda.

Marina le dio la mano y la condujo al sofá.

-Tú no tienes nada que ver con esto -dijo Marina con toda sinceridad-. Todd y yo somos responsables de lo ocurrido. Pensé que estaba a salvo de alguien como él. No es mi tipo en absoluto.

-Por lo visto sí -la contradijo Julie.

-Ya. Lo cierto es que nos sentimos atraídos, yo me dejé llevar por esa atracción y metí la pata. Pensé que era más de lo que era. Acabó mal, pero al menos sé la verdad sobre él. No me pasaré el tiempo

echando de menos a un hombre que nunca podría ser lo que yo necesito.

-Entonces, ¿lo has superado? -preguntó Julie, con voz dubitativa.

-Estoy trabajando en ello. La buena noticia es que si me enamoré de él, puedo enamorarme de otra persona. Sólo será cuestión de tiempo.

-¿Así de fácil?

-No creo que vaya a ser fácil -pensó en Todd, en lo bien que lo pasaban juntos y en cuánto se parecían-. Lo echo de menos. Lo echaré de menos mucho tiempo, pero me recuperaré y seguiré adelante con mi vida.

La verdad era que no se imaginaba queriendo a nadie como quería a Todd. Peor aún, aunque nunca lo confesaría, por fin entendía a su madre. Ella también se conformaría con un trocito de Todd, si no podía tenerlo entero. Gracias a Dios, no tenía esa opción.

-¿Qué me dices de la boda, del ensayo y de la ce na preliminar? -preguntó Julie-. ¿Será demasiado horrible para ti? ¿Preferirías no participar?

-Es tu boda -Marina movió la cabeza-. Claro que iré. Te quiero y quiero ver cómo Ryan y tú os casáis. Además, he invertido mucho tiempo en la organización.

-Pero Todd...

-Podré soportarlo -prometió ella, esperando que fuera verdad-. Es una noche y un día. Soy dura. No te preocupes por mí. Concéntrate en ti misma y en tu día feliz. Vas a casarte con Ryan.

-Lo sé. No puedo creer que haya tenido la suerte de encontrarlo Julie sonrió con tanto amor que iluminó la habitación-. Gracias por todo lo que has hecho. Gracias por hacer que sea una boda perfecta.

Marina parpadeó para contener las lágrimas.

-No me des las gracias todavía. Aún no has visto nada. Dijiste que querías algo relacionado con la selva como tema, ¿verdad? Porque hemos encontrado unas preciosas jirafas de peluche como regalo para los invitados, por no hablar de un CD de «sonidos de la jungla» para ponerlo en la recepción.

-No es posible -Julie tragó saliva-. ¿Bromeas?

-Espera y verás.

La cena de ensayo se celebraba el jueves antes de la boda. Marina pasó la mayor parte de la tarde con rulos puestos, intentando que su largo pelo no pareciese tan liso.

Normalmente no se molestaba, pero ese día se sentía obligada. Tal vez porque iba a tener que pasar varias horas en compañía de Todd, y sentía la suficiente amargura como para querer estar guapa y

hacérselo pasar mal. No se sentía orgullosa de ello.

También tenía miedo de verlo. En la floristería la reunión había sido breve y había podido mantener el control. El ensayo de la boda no la preocupaba, pero la cena era otra cuestión. Sólo estaría la familia: Julie, Ryan, Willow, Kane, Todd, ella, su madre, Ruth y los padres de Todd y de Ryan.

Eso implicaba una mesa pequeña y mucha conversación. Todos lo notarían si estaba demasiado callada o si Todd y ella no se hablaban. Podía ser incómodo y embarazoso. Además, su madre no sabía nada de su relación con Todd..., a no ser que Ruth hubiera compartido esa información con ella. Marina gimió al pensarlo.

Se puso el vestido y subió la cremallera. El tejido azul oscuro resaltaba el color de sus ojos y el corte entallado hacía que se sintiera muy delgada. Ya se había maquillado y sólo le faltaba peinarse.

Se quitó los rulos, dobló la cintura y empezó a peinar los rizos con los dedos. Cuando quedaron sueltos y, esperaba, seductores, estiró el brazo hacia la laca, pero se encontró con una mano.

Dio un grito, se enderezó y saltó hacia atrás.

Todd estaba junto a la cómoda, en su dormitorio. Su desordenado dormitorio, con la cama sin hacer y ropa tirada por todas partes. Supuso que eso no importaba mucho si lo comparaba con cómo se le había desbocado el corazón.

Tuvo una breve percepción de lo guapo que estaba con pantalones sueltos y camisa de seda. Después recordó su pelo y se llevó las manos a la cabeza.

-¿Qué haces aquí? -exigió saber-. ¿Cómo has entrado? ¿No podías haber llamado a la puerta?

Pensó que, al menos, estaba vestida.

-Llamé varias veces y luego probé la puerta. Estaba abierta. ¿Estás bien?

Ella no lo estaba. Se arriesgó a mirarse en el espejo, comprobó que no tenía el pelo demasiado mal y bajó los brazos.

-No deberías dejar la puerta abierta -dijo él.

-¿Has venido hasta aquí para decirme eso? De acuerdo. No debería. No suelo hacerlo. No sé por qué lo hice hoy.

Por distracción. Había estado absorta con la idea de verlo. Y teniéndolo delante entendía por qué.

Aún lo quería. A pesar de todo lo que había dicho y de todo lo ocurrido, lo amaba. En ese momento deseaba lanzarse a sus brazos y oírlo decir que todo había sido un malentendido.

-¿Por qué estás aquí? -preguntó.

-Quería hablar contigo -dijo él-. Tenemos que aclarar algunas cosas.

Ella pensó que se refería a la cena familiar.

-Yo no tengo problema -dijo-. Será incómodo con toda la familia allí. Pero lo he pensado y creo que podemos manejar la situación. No es como si lleváramos años saliendo juntos. Nadie lo sabe. Bueno, mis hermanas y Ruth, pero no dirán nada. Organizamos la boda juntos, nada más.

-¿Es eso todo lo que ocurrió? -él la miró a los ojos.

-Es cuanto estoy dispuesta a admitir.

-Voy a hacer un brindis esta noche. En la cena. Me gustaría que lo escucharas y me dijeras si se puede mejorar.

Quería su consejo y, lo que era aún peor, ella era lo bastante patética como para dárselo.

-Bien. Lee.

El sacó un papel del bolsillo y lo desdobló.

-La Biblia dice que el amor es bueno. Los académicos, que puede cambiar el curso de la historia. Los científicos, que es algo químico. Los poetas, que es eterno. Pero el amor verdadero es mucho más que eso. Implica creer y arriesgarse. Es comprometerse a estar siempre disponible para una persona y a creer que esa persona lo estará para uno. Es aferrarse a algo en la montaña rusa que es la vida. Amor es tener fe, en uno mismo y en la persona a quien se ama. Brindemos por julie y Ryan, ellos son amor.

Sus palabras la rodearon como un abrazo. Deseó reír y llorar pero, sobre todo, deseó ir hacia él y decirle que, pasara lo que pasara, lo amaría siempre. Que eso era el amor para ella. Pero no lo hizo.

-Es precioso. Los emocionará mucho.

-Lo digo de corazón -dio un paso hacia ella-. Durante mucho tiempo no supe qué decir de la boda. Pensé que Ryan era tonto por confiar en Julie. Al final, creí en ella y me alegré por él. Pero no sentí envidia. Nunca deseé lo que él tenía... hasta ahora -sonrió irónico-. No ajulie... sino estar enamorado.

-Es bueno saberlo -consiguió decir ella, aunque tenía un nudo en la garganta. Se preguntó si estaba diciéndole que ella le importaba.

-Conoces mi pasado -dijo él-. Sabes por qué me retraigo y nunca me involucro emocionalmente. Sabes lo que me asusta -movió la cabeza-. Me parece increíble haber admitido que tengo miedo.

-Sé por qué lo tienes.

-Cuando dijiste que estabas embarazada pensé que eras como las demás -la miró a los ojos-. Me enfadé, pero más conmigo que contigo. Me airó desear que fueras distinta. Desear creer que no me habías engañado. Dije un montón de cosas que no debería haber dicho. Me equivoqué. Porque no eres como ellas.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas, pero parpadeó para evitarlas. Él se acercó más.

-Marina, cuando me dijiste que no había bebé, me sentí devastado. Quiero tener hijos contigo. Te quiero. Quiero casarme contigo y que envejezcamos juntos. Quiero que vivas conmigo en esa enorme casa y cambies mi mundo. Quiero creer en «para siempre».

Ella ya estaba al límite de la emoción, oyéndole decir esas cosas. la sorprendió aún más, poniendo una rodilla en el suelo y agarrando su mano.

-¿Puedes perdonarme? ¿Puedes darme otra oportunidad? ¿Darás ese paso de fe y confiarás en mí? ¿Quieres casarte conmigo?

Marina no pretendía estallar en lágrimas, pero lo hizo. También consiguió asentir con la cabeza. Debió de ser suficiente porque Todd se puso en pie de un salto y la rodeó con sus brazos. Ella supo que siempre se sentiría segura estando con él.

-Te quiero -le susurró él al oído, apretándola contra sí-. Creo que te quiero desde el primer día. Era seguro ser amigos, así que bajé la guardia. Un día me desperté y eras parte de mí. Siento mucho lo que dije, cómo reaccioné.

-Está bien. Lo entiendo -lo miró y sonrió entre lágrimas-. Yo también te quiero.

Él le secó las lágrimas con los dedos. Después la besó. Con el primer roce de sus labios, el mundo de ella volvió a ponerse en su lugar.

-Tenemos que ir al ensayo -dijo él, cuando pararon para tomar aire-. Pero antes...

Sacó una cajita del bolsillo del pantalón.

-Esto pertenecía a mi abuela. Si no te gusta, podemos elegir otra cosa.

Abrió la caja y ella soltó un gritito. Sobre el terciopelo azul había un anillo de diamantes. Una enorme piedra central rodeada de otras más pequeñas. La luz que reflejaban las facetas casi la cegó.

-Es precioso -susurró-, pero es muy...

-¿Grande? -él sonrió-. Los Aston no hacemos nada a medias. Son unos ocho quilates en total.

-Vaya.

-¿Demasiado?

-Podré adaptarme.

le puso el anillo. Le quedaba perfecto.

-Estaba hecho para ti -dijo, antes de volver a besarla-. Te quiero, Marina.

-Yo también te quiero -se rindió a su abrazo y luego lo miró-.

¿Significa esto que habrá un Todd Aston Cuarto?

-Probablemente.

-Me gusta la idea -miró el anillo y se lo quitó.

-¿Después de la boda? -preguntó él, perceptivo.

-Si no te importa. No quiero quitarles protagonismo ajulie y a Ryan.

-Me parece bien. Tenemos toda la vida por delante para celebrarlo.

Ella metió el anillo en la caja y la dejó sobre la cómoda. Luego salieron juntos.

-Tengo ideas muy específicas sobre nuestra boda -dijo él-. Colores, decoración de las mesas...

Marina se echó a reír.

-Entonces, ¿crees que deberíamos organizarlajuntos?

-Hicimos un buen trabajo con ésta. Somos un gran equipo.

-Sí que lo somos.